

## **PELDAÑOS DEL DISCIPULADO**

**Un enfoque distinto, plenamente aplicable  
a todo buen sistema de discipulado**

**Ricardo Hussey**

**“Conocerán...que sois mis discípulos”**

**(Juan 13:35)**

**Dedicado con sincero amor  
a cada discípulo y seguidor de Cristo con ganas de progresar, y  
a cuyas manos, por la providencia divina,  
llegue este libro.**

**Ricardo Hussey, Julio de 2004.-**

**Depósito Legal: VG-730-2004**

**I.S.B.N.: 84-609-6769-7**

## **ÍNDICE**

**Prólogo – Por José Luis García Taboada.**

**Nuestra portada.**

**Introducción.**

**Capítulo I.- ¿Por el ascensor o por la escalera?**

**Capítulo II.- El camino más excelente del amor.**

**Capítulo III.- ¿Responsable o irresponsable? ¿Por ley o por gracia?**

**Capítulo IV.- Ganador de almas para Cristo.**

**Capítulo V.- La santidad – no una postura teológica, sino una realidad práctica.**

**Capítulo VI.- La palabra – la herramienta de trabajo clave de todo discípulo.**

**Capítulo VII.- La oración.**

**Capítulo VIII.- La laboriosidad y generosidad.**

**Capítulo IX.- La fe.- “Dadme un punto de apoyo y levantaré el mundo.”**

**Capítulo X.- La humildad.**

**Capítulo XI.- Discreción y prudencia.**

**Capítulo XII.- Conocer su verdadero lugar.**

**Capítulo XIII.- Sumiso.**

**Capítulo XIV.- Celoso por su testimonio.**

**Capítulo XV.- La gentileza.**

**Capítulo XVI.- Ansias de superarse y paciencia.**

**Capítulo XVII.- Sensibilidad y discernimiento espiritual.**

**Capítulo XVIII.-Solicito en perseverar en la unidad, la oración y el ministerio.**

**Capítulo XIX.- El taller de las cruces.**

**Capítulo XX.- Autoridad espiritual.**

**Capítulo XXI.- El fuego celestial.**

**Capítulo XXII.- El hálito de la inspiración divina.**

**Capítulo XXIII.- El aceite de la santa unción.**

**Capítulo XXIV.- La plenitud del Espíritu.**

**Capítulo XXV.- Venciendo en la prueba y la tentación.**

**Capítulo XVI.- El álbum de fotografías.**

----- ( ) -----

## **PRÓLOGO**

En estos tiempos en que han proliferado tantos sistemas y métodos en torno al discipulado, estimo muy oportuna y necesaria la aparición de este trabajo sobre el mismo tema.

El discipulado bíblico es mucho más que formas o técnicas. Antes bien, se trata de una relación vital entre el creyente y el Maestro e Instructor que es nuestro Señor Jesucristo. Además, implica una relación adecuada entre discípulo y discipulador, para que pueda darse una transferencia de verdades y valores de carácter bíblico y eterno.

Al lado de este énfasis fundamental, reiterado en este libro, encontramos el elenco de

principios y cualidades espirituales y humanas que, tomados en conjunto, nos describen el perfil de un discípulo de Cristo verdadero y maduro. Los ingredientes y peldaños aquí reseñados trascienden el tiempo, las culturas y las circunstancias, ya que se trata de cualidades y rasgos que deben configurar y adornar la vida de todo seguidor de Jesucristo.

Cabría ver todo esto como algo ideal o inalcanzable; sin embargo, sobre la base de una búsqueda consistente y constante de Dios, sometidos y rendidos plenamente a la obra del Espíritu Santo, y en una correcta ubicación en el Cuerpo de Cristo, a su medida y en su tiempo todo este perfil se desarrollará expresando en forma real, la vida y el carácter de Cristo mismo.

No se debe ignorar la necesidad de una constante y firme disponibilidad a pagar el precio reseñado por nuestro Señor Jesucristo. El mismo dijo: “...*si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame.*” (Lucas 9:23) Esto ha sido el caminar del autor por muchos años, y me consta que todavía lo sigue siendo. En efecto, todas las verdades enseñadas en este volumen, han sido abrazadas y desarrolladas con sacrificio, paciencia y también con entusiasmo por nuestro amado hermano.

No debiera finalizar este prólogo sin destacar la gran versatilidad de este trabajo, ya que servirá tanto para el que recién comienza en el camino del discipulado cristiano, como para el que ya es veterano en Sus pasos. Para unos y para otros, encontramos verdades y fundamentos sanos, aderezados con aplicaciones y testimonios de orden práctico, y esto último hace que las enseñanzas sean ilustradas y más comprensibles al lector.

Puesto que la voluntad de Dios es que cada verdadero nacido de nuevo en Cristo Jesús se transforme también en verdadero discípulo, animémonos unos a otros a proseguir en Sus pasos para ser VERDADEROS Y FIELES DISCÍPULOS DE JESUCRISTO.

José Luis García Taboada

*José Luis García Taboada es licenciado en derecho por la universidad de Santiago de Compostela. En 1978 sintió el llamado del Señor al ministerio a tiempo pleno. Reside en Umbrete (Sevilla) y supervisa dos importantes iglesias, una en la ciudad de Sevilla y la otra en Huelva.*

*Su ministerio trasciende los límites locales y regionales, siendo reconocido y valorado en el resto de España y en el extranjero.*

----- ( ) -----

**NUESTRA PORTADA**

.....  
**“...Ansias de noble ciencia, nunca saciadas;  
Ojos puestos en rutas, en rutas del más allá.”**

...  
**...Los que lo son, los que lo fueron antes,  
Los que por dicha tienen de estudiantes,(discípulos)  
Para toda la vida el corazón.”**

En la portada vemos el cuadro de una pareja de recién casados, dispuestos a emprender un largo recorrido que tienen por delante, con sus muchas vicisitudes y sus grandes desafíos.

La mirada de ambos se centra en el primer objetivo que están divisando, y hacia el cual apunta el brazo extendido del varón. Más allá habrá muchos más, y más lejos todavía, en lontananza, otros más que todavía no logran distinguir, aunque saben que están allá y que les aguardan en un futuro todavía indefinido.

Y así comienzan la marcha por un sendero que les ha de demandar esfuerzo, tesón, sacrificio y mucho más. Pero algo hay en sus corazones que no quiere renunciar a ello, para quedarse en el llano del confort y la mediocridad. Y les mueven en todo esto unas ansias de noble ciencia, nunca saciadas, con los ojos puestos en las rutas del más allá.

Los años han de seguir su curso veloz. Muchos de los desafíos y de las metas se habrán de ir alcanzando uno a uno, pero en el corazón siempre habrá el deseo de aprender y avanzar más, aún cuando las canas de los años emblanquezcan sus cabezas.

De ahí los versos de un par de estrofas de la canción del estudiante, aprendida por el autor cuando sólo contaba trece añitos, y que hemos puesto al principio.

Porque el verdadero discípulo es eso: un aprendiz, un estudiante en la arena de la vida práctica, de las múltiples verdades de los eternos caminos de Dios, inagotables en alturas y profundidades de las más variadas y sublimes.

Dichoso el varón – agraciada la mujer, que siguiendo en pos del Maestro de los maestros, continúa y persevera en la marcha ascendente, conservando el brío y la ilusión del ¡Excelsior! ¡Excelsior! (más alto – más alto)

Que estos veinticinco peldaños de nuestra escalera del discipulado sirvan para incentivar a cada querido lector, encendiendo en su pecho ansias de noble ciencia – la celestial, la ciencia por excelencia – y a fijar firmemente la mirada en las gloriosas y eternas rutas del más allá.

----- ( ) -----

## **PELDAÑOS DEL DISCIPULADO**

### **Introducción**

En la gran comisión del último capítulo de Mateo, Jesús mandó a los once discípulos que fueran a todas las naciones a hacer discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

A eso agregó que debían hacerlo enseñándoles a guardar todo lo que Él les había mandado. Desde luego, esto suponía un desafío formidable y una tarea gigantesca. Consecuentemente, y para animar y alentarlos, terminó con la maravillosa promesa de que Él estaría con ellos todos los días, *hasta el fin del mundo*.

Estas últimas palabras – *hasta el fin del mundo* – dan a entender con claridad que Jesús veía la labor que les encomendaba, como algo que iba a continuar a lo largo de toda la historia, desde Su ascensión hasta el final de los tiempos.

Y efectivamente, cerca de veinte siglos más tarde, al encontrarnos en los albores del siglo XXI, ese desafío formidable sigue en pie, y esa tarea gigantesca sigue en plena marcha.

En muchas partes del mundo la iglesia universal de Cristo está movilizando generosamente sus recursos para llevar adelante su misión, con el deseo de que la misma pueda alcanzar un cumplimiento pleno cuanto antes.

Se podrá argumentar que son muchos los lugares de nuestro globo terráqueo adonde todavía no se ha llegado. No obstante, con la bendición de lo alto en muchas partes, y con los avances tecnológicos de las últimas décadas, resulta indudable que ha habido últimamente un progreso considerable.

Y un factor que está redundando para bien en ese sentido, es el cada vez mayor número de inmigrantes que, dejando su tierra en el tercer mundo, vienen a radicarse en los países más prósperos de lo que comúnmente llamamos el mundo occidental.

En efecto: muchos de ellos llegan de países donde no han conocido ni tal vez oído el evangelio, y por la gracia de Dios están respondiendo al mensaje de perdón y vida eterna. Esto los convierte en campo propicio para esta labor tan importante de lo que solemos llamar, en nuestro lenguaje eclesial, *el discipulado*.

La urgencia que nos presenta el tiempo en que vivimos, ha movido a muchos – sin duda inspirados por el Espíritu Santo – a idear y poner en funcionamiento nuevas formas y métodos para acometerlo. Muchos de ellos están dando resultados altamente satisfactorios, y tienen entre otras virtudes, la de motivar y movilizar a creyentes que de otra manera muy bien podrían estar inactivos y faltos de visión.

El propósito de este libro no es por cierto el de presentar un nuevo modelo o patrón para el discipulado. Como queda dicho, ya hay muchos que se están utilizando con muy buenos resultados.

En cambio, lo que nos mueve a escribir es el deseo y la aspiración de presentar una aportación aplicable a todos los métodos. La misma va dirigida, *no a la forma de llevar a cabo la tarea, sino a los principios, virtudes y cualidades que se han de buscar inculcar a cada discípulo*.

Por cierto que no se nos pasa por alto que este aspecto, seguramente que ya estará cubierto – por lo menos en parte – por cada método vigente, siempre y cuando haya sido creado y proyectado sobre bases bíblicas claras y sanas.

No obstante, el tema es muy vasto. Y así como en el estudio de casi todas las asignaturas

importantes, un profesor consciente aconseja la lectura de determinados libros de texto por tener una aportación valiosa sobre lo que se está estudiando, confiamos en que esta obra merezca la aprobación de muchos discipuladores, y la misma los mueva a recomendarla a sus discípulos.

El lector no encontrará en sus páginas nada que contraríe a ningún sistema sano de discipulado, ni que pretenda rivalizar o competir con él. En cambio, verá en cada capítulo cosas que confiamos que encontrará de peso y valor, y que, presentadas quizá en una forma o estilo distinto, han de resultar una confirmación, y tal vez una ampliación, de verdades y principios contenidos en el curso o sistema que se esté empleando.

Así, pues, lo presentamos con el anhelo y la oración de que pueda resultar para muchos un complemento sano y útil para esta gran tarea que tantos están realizando, en cumplimiento de la gran comisión.

*Y desde luego que en nuestro anhelo y en la presentación de este libro, no nos limitamos tan sólo a los que en una manera u otra están involucrados en cursos específicos de discipulado, cualquiera sea su forma y estilo.*

Por el contrario, procuramos que el texto entero tenga la flexibilidad y adaptabilidad que lo hagan aplicable y útil para todo creyente con deseos de aprender y progresar, y aun para cada siervo o sierva con ánimo de ampliar su visión y enriquecer su vida espiritual.

En tal sentido, no debemos perder de vista la vasta amplitud de la herencia y los privilegios que nos corresponden a todos los redimidos del Señor. De hecho pasamos a ser, entre otras cosas, creyentes, hermanos en Cristo, corderos y ovejas de Su redil, hijos de Dios, santos, reyes y sacerdotes. Y claro está, mientras dure nuestra vida terrenal, bajo la tutela máxima de nuestro gran Maestro, todos sin excepción también somos llamados a ser auténticos discípulos – de los buenos de verdad.

Que este libro pueda aportar para muchos, valiosos granitos de arena con ese fin, es nuestra íntima aspiración. A ella unimos la humilde pero ferviente oración de que así sea, para la gloria de Dios y el cumplimiento cabal de la gran comisión que Jesús dejó a los Suyos, antes de ascender y sentarse a la diestra de la Majestad en las alturas.

Y ¿cómo no? – antes de pasar al primer capítulo, una breve definición de lo que es un discípulo. Es un estudiante, alumno o aprendiz que está bajo la tutela de un maestro, deseando aprender de él y emular su ejemplo.

Y agreguemos que no puede haber otro como Jesús, el Maestro Supremo por excelencia, cuyo ejemplo es en todo el más digno de emularse. Ser Sus discípulos constituye una gran honra y un privilegio inefable.

¡Que sepamos corresponder a esa honra y ese privilegio que nos presenta nuestro amado Señor!

--- () -----

## **LOS 25 PELDAÑOS DE NUESTRA ESCALERA**

**El camino más excelente del amor.**

**La responsabilidad.**

**Ganador de almas.**

**La santidad.**

**La palabra de Dios.**

**La oración.**

**La laboriosidad y generosidad.**

**La fe.**

**La humildad.**

**10) La discreción.**

**11) La prudencia.**

**12) Conocer su verdadero lugar.**

**13) Sumiso.**

**14) Celoso por su testimonio.**

**15) La gentileza.**

**16) Ansias de superación y paciencia.**

**17) Sensibilidad y discernimiento espiritual.**

**18) Solícito en perseverar en la unidad, la oración y el ministerio.**

**19) El taller de las cruces.**

**20) Autoridad espiritual.**

**21) La llama del fuego celestial.**

**22) El hálito de la inspiración divina.**

**23) La santa unción.**

**24) La plenitud del Espíritu.**

**25) Venciendo en la prueba y la tentación.**

----- ( ) -----

### **CAPÍTULO I - ¿Por el ascensor o por la escalera?**

El comienzo del libro de Los Hechos nos hace pensar en el correr del telón, para dejarnos ver un escenario nuevo que se presenta inmediatamente después de la ascensión del Señor. ¡Con cuánta expectativa e ilusión estarían los discípulos pensando en esta grandiosa aventura que

se les presentaba delante! El Maestro los había comisionado a ir por todo el mundo, empezando por Jerusalén, para hacer discípulos.

En realidad, nunca habían hecho semejante cosa, pero eso no los desanimaba en absoluto. La tristeza y desorientación al ser Jesús apresado, crucificado y sepultado, habían dado lugar a un gozo indescriptible al verlo gloriosamente resucitado.

Verdad que habiendo ascendido, ahora ya no estaba físicamente presente con ellos. Pero les había dado la promesa de no dejarlos huérfanos, asegurándoles que les enviaría otro Consolador – el Espíritu de verdad.

Más aún, si bien esta promesa no se había cumplido en plenitud, pues eso estaba reservado para el día de Pentecostés, habían recibido sin embargo un anticipo, por así decirlo, al soplar Él sobre ellos y decirles “Recibid el Espíritu Santo”, según leemos en Juan 20:22.

Todo esto, y la promesa que ya hemos visto que Él mismo también estaría con ellos hasta el fin del mundo, habían servido como un tónico muy eficaz para llenarlos de buen ánimo.

Además, no bien ascendido el Señor y ser ocultado de sus ojos por una nube, estando ellos todavía con la mirada fija en el cielo, se les aparecieron dos ángeles con vestiduras blancas, afirmando que de la misma manera en que le habían visto ser transportado de ellos al cielo, así habría de venir otra vez . (Los Hechos 1:11)

Así las cosas, y habiendo ellos emprendido el camino de regreso a Jerusalén, nos encontramos con el texto del versículo 13 del primer capítulo, que nos ha de servir de base y trampolín para proyectarnos específicamente hacia el tema, a través del prisma particular del título que le hemos dado a nuestro libro – Peldaños del Discipulado.

*“Y entrados, subieron al aposento alto, donde moraban Pedro y Jacobo, Juan, Andrés,*

*Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, Jacobo hijo de Alfeo, Simón el Zelote y Judas, hermano de Jacobo.*”

Aquí tenemos en figura algo que debe estar latente en el espíritu de todo discipulado que aspire a producir resultados sólidos, vivos y duraderos. *Y aquí está lo del enfoque distinto que figura en la portada debajo del título: no se trata de impartir un curso de discipulado porque es lo que se suele hacer, sino algo que brota por la fuerza de la inspiración y la gravitación de vidas ejemplares, que, sin procurarlo, ejercen un atractivo especial.*

Nos explicamos: allí había once varones que *moraban en un lugar alto*. Esta palabra *moraban* nos hace entender que no se trataba de algo transitorio o pasajero, sino permanente. Y al tomar conocimiento de ello los demás, se sintieron movidos por una gravitación interior espontánea, a subir a ese lugar elevado y estar junto a ellos.

Como decimos, en esto hay algo importantísimo que –expresado en otra forma – constituye la espina dorsal del verdadero discipulado: una persona o un grupo de personas que, por el talante de sus vidas y su relación con el Señor, moran no en el llano de la mediocridad por donde transita la mayoría, sino en un lugar más alto – más elevado.

Ellos no hacen ningún alarde de ello – sencillamente *moran en ese nivel*; pero otros lo notan y bien pronto les brota en su interior un deseo muy grande de subir, para estar con ellos y ser como ellos, dejando atrás el lugar bajo que ya hemos llamado el llano de la mediocridad.

En cierto modo, eso fué lo que les pasó a los primeros once. Al tomar contacto con Jesús y verlo como un personaje tan especial, que vivía en un nivel tan superior a todo cuanto habían conocido, les nació un anhelo muy grande de estar con Él – de ser como él – de subir de ese lugar en que siempre habían estado, a ese otro lugar alto en que veían con toda claridad que Él moraba siempre.

Los dos discípulos que al ver pasar a Jesús le oyeron a Juan el Bautista pronunciar las palabras *“He aquí el Cordero de Dios”*, en seguida, dejándolo a Juan, que hasta entonces había sido su maestro, comenzaron a seguir a Jesús.

Advertido de esto, el Maestro les preguntó:

*“¿Qué buscáis?”*

A lo cual respondieron:

*“Rabí (que traducido es, Maestro) ¿dónde moras? (Juan 1:36 y 38)*

Aquí lo tenemos, sencilla y perfectamente ejemplificado. La persona, el semblante y la presencia de Jesús, constituían un imán tan poderoso, que, dejando a Juan el Bautista, espontáneamente se dispusieron a seguir a Jesús. Y a muy poco de comenzar a hacerlo, con su pregunta *“¿dónde moras?”* denotaron claramente su deseo, no solamente de seguirlo, sino de *morar con Él*, cosa que de hecho hicieron aquel día, según vemos en el versículo 39.

Hay una diferencia abismal entre esto y rutinariamente introducir unos cursos de enseñanza sistemática, para adoctrinar a los que se desea que pasen a ser discípulos. Lo uno brota de una vida o vidas que irradian luz y exhalan fragancia divina; lo otro lleva impreso en sí algo mecánico, quizá con una sana ortodoxia bíblica, pero falto de ese hálito celestial, que sólo pueden infundir quienes viven cerca de Dios, y saben bien por experiencia propia

lo que es estar impregnados del Espíritu Santo.

De todo esto surge la necesidad de discipuladores cuyas vidas sean ejemplares y sirvan de inspiración y motivación para otros. Esto de por sí ha de crear y forjar una relación viva y cristalina entre cada uno de ellos y los discípulos que se sientan atraídos hacia ellos.

El ejemplo y la calidad de su vida les dará una autoridad espiritual que resultará en una sana obediencia y sumisión por parte de los discípulos. Debemos recalcar que *esta sumisión nunca deberá ser impuesta*, pues en nada de esto debe haber un espíritu autoritario que busque crear una obligatoriedad absoluta de obediencia en todo.

Tristemente, muchos son los casos en que se ha hecho un hincapié excesivo e incorrecto en la autoridad, con resultados altamente contraproducentes. Generalmente, quienes lo hacen, quizá sin darse cuenta de ello, están demostrando a las claras su falta de verdadera autoridad espiritual, que los lleva al uso de medios carnales para procurársela. El resultado inevitablemente será caer en un autoritarismo, que a la postre tendrá derivaciones negativas, y a veces bastante nefastas.

En cambio, la verdadera autoridad espiritual siempre tenderá a crear una relación basada en el amor y el buen ejemplo. Así, el discípulo no tendrá normalmente ningún inconveniente en atenerse a los consejos, enseñanzas y exhortaciones que se le hagan, comprendiendo que brotan de una vida digna y ejemplar y sólo son para su propio bien.

También cabe señalar que el buen discipulador no habrá de ser indebidamente posesivo con su discípulo o discípulos. Por el contrario, será lo suficientemente sabio y desinteresado como para desear y buscar que maduren lo antes posible, para así quedar *destetados* – valga la expresión – y pasar a desenvolverse como cristianos responsables y con mayoría de edad, espiritualmente hablando. Esto, al mismo tiempo, a él le dejará libre para dedicar su tiempo para el discipulado de otros nuevos que irán surgiendo y viniendo.

Pero volvamos ahora a lo que veníamos diciendo. Se trataba del ejemplo que tomamos en Los Hechos 1:13 de *subir al lugar alto donde otros ya moraban*. Y siguiendo con nuestra analogía, hemos de ver cómo se desarrolla en la práctica cotidiana este subir del llano a un lugar más alto.

### **¡No se sube por el ascensor!**

La comodidad y la rapidez del ascensor son indudables, y hoy día quien tenga que subir varias plantas, habiendo ascensor no lo piensa dos veces.

¡Es tan cómodo pulsar el botón y dejar que nos transporte en muy poco tiempo a la vigésima planta, por ejemplo – o a la tercera o cualquier otra!

Pero en el cristianismo auténtico que nos legó Jesús no hay lugar para el ascensor – es decir, la subida a las alturas, rápida y sin esfuerzos. Algunos lo han intentado, pero sólo han alcanzado alturas falsas que los han mareado y llevado tristemente a caídas catastróficas.

Con la sabiduría propia de Su amor para con nosotros, que siempre busca nuestro más alto bien, Dios ha dispuesto *la ley del crecimiento*. Esto supone algo gradual, que va paso a paso, día a día. Y por esto, a los fines nuestros, la comparación de la escalera – poco a poco, peldaño tras peldaño, y exigiendo un esfuerzo de nuestra parte – se presta muy bien.

Quien sube por la escalera, por prudencia debe cuidar bien sus pasos para no tropezar y caerse. Como precaución adicional, viene bien tomarse de la baranda. En un plano muy sencillo pero bien práctico, en lo que nos ocupa no puede haber mejor baranda que nuestro propio Señor Jesús. Tomados firme y continuamente de Él, de principio a fin, no será fácil ni probable que tropecemos o caigamos.

En los capítulos venideros iremos tomando uno a uno los veinticinco peldaños de nuestra escalera imaginaria. Cada uno representa una virtud que ha de encontrarse en la vida de todo auténtico discípulo.

No obstante, la comparación de la escalera no debe tomarse en forma literal, pensando que antes de pasar al peldaño siguiente – el de la humildad por ejemplo – se deberá completar plenamente el anterior.

En realidad, cada peldaño representa un valor o rasgo de carácter distinto, y algunos se pueden plasmar en el discípulo con cierta rapidez, mientras que otros llevan más tiempo. Y en éstos, el crecimiento y desarrollo gradual será de varios, o aun muchos, desarrollándose simultánea y acompasadamente.

En otras palabras y dicho con más sencillez: no será el caso de decir “Este peldaño del amor ya lo completé; ahora paso al de la santidad.” Como ya hemos señalado, buena parte de ellos estarán en marcha progresiva al mismo tiempo, y muy posiblemente en unos el avance será mayor o más rápido que en otros.

Y una aclaración final antes de ir al grano en el capítulo siguiente. Aun completados los veinticinco peldaños de nuestra obra, ningún discípulo deberá ni podrá pensar que *ya ha llegado* – es decir, que ha alcanzado la meta final.

Ni siquiera podrá hacerlo el discipulador, aun cuando se encuentre en el lugar alto que sirve de inspiración y motivación para otros.

En cambio, tanto el uno como el otro sí que tendrán un grado de madurez que los califique como siervos idóneos y responsables. Ubicados en su debido lugar en el amplio ámbito de la iglesia de Cristo, y con lazos de relación correcta con otros siervos, seguirán siempre aspirando a niveles más altos, con un ansia de superación muy grande, emanada de su relación personal con el Señor Jesús. Él es el Maestro perfecto, a quien cada verdadero discípulo querrá asemejarse más cada día. Y en esta proyección – la de ser como Él y andar en este mundo como Él anduvo – la meta es muy alta. Mientras dure nuestra carrera terrenal, siempre se pensará con justa razón que todavía queda mucho por andar.

Con todo, esto nunca ha de servir para desanimarnos. Muy por el contrario, iluminados y alentados por el Espíritu Santo, todos hemos de divisar la meta con más claridad cada vez, y comprender mejor los incalculables valores que encierra. Y así cobraremos nuevos bríos que nos permitirán seguir escalando posiciones, hasta que terminemos siendo “*semejantes a Él, porque le veremos tal como Él es.*” (I Juan 3:2)

---- ( ) -----

## **CAPÍTULO II – El camino más excelente del amor (I Corintios 12:31)**

Antes de comenzar a desarrollar cada peldaño, no está de más que enfatizamos que *todo*

*discípulo deberá necesariamente contar con una genuina experiencia de conversión o renacimiento por el Espíritu.* Trabajar con uno que no la tenga, equivaldría a edificar sin haber puesto el fundamento, o a pretender que haya crecimiento sin que en realidad haya vida.

Entrando ahora en materia, éste es el primer peldaño que distinguimos: el del verdadero amor. Más de uno podrá pensar o decirse para sus adentros:

“¡Qué raro esto! Se suele empezar por el bautismo, la comunión de la Santa Cena o por los diezmos y las ofrendas.”

Desde luego que no dejamos de reconocer el lugar y el valor de estas cosas, y más adelante, a su debido tiempo, hemos de hablar sobre algunas de ellas.

Pero antes debemos señalar la importancia de distinguir claramente la diferencia *entre causa y efecto*. En lo que atañe a la vida cristiana en la dispensación de la gracia en que nos encontramos, esto es absolutamente fundamental.

Nos tememos que muchas veces hay quienes dan muestras de no tenerlo bien comprendido. Así, cuando algunos se encuentran con una situación de desgano e incumplimiento por parte de la grey – por ejemplo, falta de asistencia a las reuniones de oración y una merma en los diezmos y las ofrendas – se disponen a contrarrestarla con fuertes llamadas de atención, o bien con exhortaciones en tono recriminatorio.

Lamentablemente, por lo general esto sólo produce resultados contraproducentes y refleja una falta de discernimiento correcto de las cosas.

Jesús dijo en Juan 14:23-24:

*“El que me ama, mi palabra guardará...”*

*“El que no me ama, no guarda mis palabras.”*

Aquí, con claridad cristalina, el Maestro nos señala que *el amor hacia Su persona, o la falta de él, constituye el factor determinante de nuestras acciones en la vida cotidiana*

Son muy bien conocidas las sentencias de Pablo en 1ª. Corintios 13, afirmando que si no tengo amor, por más cosas virtuosas que haga, vengo a ser como metal que resuena o címbalo que retiñe, y nada soy, y de nada me sirve.

Sin embargo, a la hora de la verdad, una gran proporción de la actividad dentro del marco de la iglesia se desenvuelve sin que tenga al amor como la fuerza motriz que la impulsa. Otros factores, tales como la búsqueda del éxito, el alcanzar metas numéricas, o bien justificar el cargo que se ostenta, pasan a ser el móvil que pone y mantiene esa actividad en funcionamiento.

Como no podría ser de otra forma, los resultados reales y duraderos en términos de auténticos valores espirituales, a menudo son muy magros y desalentadores.

El reino de Dios es esencialmente un reino de amor, siendo Él como es en esencia un Dios de amor. Cuando Él de veras llama y envía a alguien, siempre lo hace infundiéndole un genuino amor hacia aquéllos a quienes le envía.

Si este principio hubiese sido bien comprendido, muchos que han salido al campo misionero por ejemplo, pero sin un verdadero llamado, no habrían salido, y así se habrían evitado el tener que volver después de un tiempo, fracasados y a menudo con mucho dolor y desaliento.

Todo esto y mucho más que podríamos agregar, pone de relieve la necesidad ineludible

de que al discípulo se le enseñe y comunique el lugar prioritario del amor, como fuerza vital que lo mueva tanto en su relación con el Señor, como en toda su labor para Él.

En realidad, siendo el discípulo un verdadero hijo de Dios, nacido de lo alto, como dijimos al principio del capítulo, tendrá una buena base sobre la cual edificar. La base será el hecho sencillo y maravilloso de que al nacer de nuevo, nació del amor, pues *“todo aquél que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios.”* (1ª Juan 4:7) Y esto de por sí le dará una propensión natural a amar y desenvolverse en el amor.

Pero sobre esa base habrá que sobreedificar, inculcando en la enseñanza la preeminencia del amor, que deberá estar implícita en cada cosa que se haga o diga.

Notemos que este amor no es algo meloso o meramente sentimental. Desde luego que donde haya verdadero amor habrá sentimientos tiernos y sanos; pero el mismo también se manifestará con rasgos de firmeza para corregir cuando sea necesario, e insistir en que se siga fielmente por el camino correcto de la verdad y de la estricta honradez en todo. Al mismo tiempo, le exigirá al discípulo la puntualidad y que sea muy consciente y responsable en toda su conducta, lo cual, claro está, será para su propio bien y para una correcta formación.

En todo esto también será muy importante comprender las posibilidades de cada discípulo, para no exigir demasiado, sabiendo que no todos pueden aprender y progresar al mismo ritmo. Y se da por sentado que cada exhortación o enseñanza que se dé, deber ser algo que se vea plenamente reflejado en la vida y conducta del discipulador, no sólo en este terreno del amor, sino en todos los demás.

### ¿Me amas?

Ésta es la pregunta que Jesús le hizo a Pedro en tres oportunidades en esa conocidísima ocasión que se nos narra en Juan 21. Tenía relación directa con el pastoreo de las ovejas y los corderos, pero fundadamente podemos hacerla extensiva a todas las demás áreas del servicio cristiano.

Sin entrar a fondo en el pasaje, podemos extraer como conclusión muy importante que la tarea de apacentar a las ovejas y corderos, Pedro la iba a llevar a cabo por una razón principalísima. La misma no iba a ser la fama, el éxito, la buena imagen ante los demás, la recompensa económica y ni siquiera el hacer bien a los demás, por más encomiable que fuese esto último.

En cambio, la causa o el móvil que lo había de impulsar a esa tarea sería sencillamente el hecho de amar de veras a Jesús. De cómo desarrolló fiel y cabalmente esa labor tenemos claras evidencias en dos pasajes, entre otros, que citamos a continuación:

*“Aconteció que Pedro, visitando a todos, vino también a los santos que habitaban en Lida.”* (Los Hechos 9:32)

*“Por esto, yo no dejaré de recordaros siempre estas cosas, aunque vosotros las sepáis, y estéis confirmados en la verdad presente.”*

*“Pues tengo por justo, en tanto que estoy en este cuerpo, el despertaros con amonestación; sabiendo que en breve debo abandonar el cuerpo, como nuestro Señor Jesucristo me ha declarado. También yo procuraré con diligencia que después de mi partida vosotros podáis en todo momento tener memoria de estas cosas.”* (2ª. Pedro 1:12-15)

Jesús, como el Maestro y Discipulador modelo, en aquella ocasión puso en la vida de Pedro el fundamento firme e imprescindible del amor. Ese fundamento le sirvió muy bien a Pedro para todo el resto de su trayectoria.

En el primer versículo citado, lo vemos en una época temprana de la iglesia primitiva visitando y pastoreando a todos los santos, por todo el largo y ancho de la tierra que era su parcela por entonces – Judea, Galilea y Samaria.

En cuanto al pasaje de 2<sup>a</sup>. Pedro, nos lo muestra todavía dándose de lleno a la misma labor hacia el final de su vida, pero en forma escrita, y en una proyección mucho más amplia y que había de continuar aún después de su partida.

Como vemos, era un fundamento muy sólido el que le había dado Jesús, y que demostró ser plenamente consistente y satisfactorio para superar todas las pruebas y dificultades que le tocó enfrentar, y llegar airoso al final de su carrera.

Esto último nos lleva a un punto que no debemos omitir. Cuando no se ha puesto en la vida de uno ese fundamento indispensable del amor, a la larga al venir los vendavales y las tormentas se correrá un serio riesgo de que todo se derrumbe y se llegue a un mal fin.

Por medio de la gracia del Espíritu, el amor se vuelve en una fuerza muy contagiosa. El buen discipulador siempre ha de buscar comunicárselo a su discípulo e inculcarle la necesidad de que él a su vez haga lo propio con cada persona que se cruce en su camino. Así se establecerá una hermosa cadena de amor, con eslabones vivos que se irán extendiendo más y más.

Es cierto que el amor a veces exige sacrificios y negarse a sí mismo, y que en más de una ocasión puede ser rechazado, despreciado y aun traicionado. Sin embargo, quien persevere en el amor, inevitablemente cosechará sus dulces y hermosas recompensas.

Y no debemos olvidar, claro está, que el verdadero amor es lo que nos trae más dicha y felicidad en la vida. Quien ama de veras vive en la luz y la verdad, que se vuelven así en un cielo totalmente diáfano y con el sol brillando en todo su esplendor. Por otra parte, quien vive albergando amargura, rencor, recelos, suspicacia y descontento en su corazón, es como si estuviese envuelto en una densa bruma que le impide ver – “... *anda en tinieblas, y no sabe a dónde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos.*” (1<sup>a</sup>. Juan 2:11)

Nuestro Dios, que como ya hemos dicho es en esencia amor, sabe muy bien lo que es para nuestro bien, y lo que por el contrario es para nuestro mal. Y por algo, el primer y más grande mandamiento que nos ha dado es el del amor.

Amando nos realizamos en la vida y alcanzamos plena mayoría de edad y madurez. Asimismo, nos abrimos paso como vencedores en medio de todas las fuerzas contrarias al amor. Y por sobre todas las cosas, amando de verdad reflejamos fielmente, por lo menos en alguna medida, la imagen del Maestro, el Rey Supremo del amor.

*“El discípulo no es superior a su maestro; mas todo el que fuere perfeccionado, será como su maestro.”* (Lucas 6:40)

*Discipulador – discípulo: por encima de todas las cosas, en todo cuanto hagáis para el Señor, buscad hacerlo por la vía más excelente del amor.*

### **Preguntas:-**

En la lista de las virtudes que constituyen el fruto del Espíritu que se nos da en Gálatas

5:22-23 ¿cuál es la primera que se consigna?

En 1ª. Juan 4:16 se nos dice que “*Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios y Dios en él.*” ¿En qué manera ha notado Ud que su relación con el Señor ha sido afectada al salirse transitoriamente de la órbita del amor?

Explique la diferencia que ha experimentado entre hacer las cosas por obligación y para cumplir, y hacerlas movido por el amor.

**Oración:-**

Señor, te doy gracias que como hijo Tuyo he sido engendrado por Tu amor. También te agradezco que comprendo mejor que nunca que por ser Tu reino un reino de amor, todo cuanto se haga en él deberá ser bajo el impulso del amor.

Reconozco mi incapacidad total para potenciarlo en mi vida y en mis labores por mis propios recursos. Pero te estoy muy agradecido que me has dado el Espíritu Santo, al igual que a todos Tus verdaderos hijos. Y te pido, en una manera muy especial, que me ayudes a estar cada día ante Ti , la verdadera y eterna fuente del amor, para así poder renovarme y siempre en él. Lo anhele de verdad, Señor. Amén.

----- ( ) -----

**PARA RESPUESTAS A LAS PREGUNTAS**

**1)**

**2)**

**3)**

**PARA REFLEXIONES DEL LECTOR**

### **CAPÍTULO III.- ¿Responsable o irresponsable? ¿Por ley o por gracia?**

¡Cuán grande es la diferencia entre una persona responsable y una que no lo es!

Son dos polos opuestos que con su comportamiento están reflejando su estado interior – de orden, estabilidad y buena conciencia el uno – de desorden, inestabilidad e inconciencia el otro.

Decir que un buen discípulo debe ser necesariamente una persona altamente responsable puede parecer innecesario, pues todo cristiano criterioso lo debe dar por sentado, sintiendo que casi ni hace falta mencionarlo.

Sin embargo, con ser esto así, encontramos que muchos que tácitamente aprueban esta verdad, y hasta la afirman ellos mismos, en la práctica a menudo se desdican con una conducta llena de lagunas de omisión, olvido, informalidad, incumplimiento de compromisos contraídos verbalmente o por escrito y un largo etc.

Quien esto escribe, en su infancia y temprana adolescencia tendía, por su carácter más bien contemplativo, a ser distraído y dado a olvidar o perder cosas, como por ejemplo dejar su abrigo en el tren o cosas semejantes.

A la temprana edad de 17 años comenzó su primer trabajo como secretario administrativo en una sociedad de beneficencia en Buenos Aires. Transcurridos escasamente diez días desde su incorporación, su jefe, que le había estado enseñando el teje y maneje de algunas de las cosas, cayó enfermo y estuvo de baja por varios meses.

En esta forma se encontró con la gran responsabilidad sobre sus hombros de llevar adelante él solo las múltiples tareas de la oficina entera. Éstas incluían, entre muchas otras, la correspondencia, el manejo de considerables fondos de dinero que se pagaba a muchas personas en concepto de subsidios, pensiones y demás beneficios, ya sea mensual o semanalmente. Además estaban las muchas llamadas telefónicas, algunas de ellas de parte de donantes de ropa para necesitados, que debía recogerse de sus domicilios y traerse a la sociedad para su oportuna distribución.

A esas tempranas alturas, y coincidiendo con el principio de mes en que había la mayor acumulación de labores, recibió una llamada pidiendo que se mandase a buscar uno de esos donativos a una hora determinada.

Sin embargo, totalmente absorbido por la tarea de ensobrar el dinero correspondiente para cada beneficiario, realizar el arqueo de caja y mucho más que había que atender, se olvidó por completo del pedido que había recibido.

La donante de la ropa, irritada por esto, llamó a una de las damas de la Comisión Directiva, exteriorizándole su desagrado, tras lo cual, esta última entró en la oficina, recriminándolo ásperamente por la omisión incurrida, que calificó de imperdonable.

Aunque podría haber protestado, argumentando la tremenda y pesada responsabilidad que estaba afrontando, con tantas otras obligaciones de mucha mayor importancia, algo le indujo a callar y aceptar la fuerte corrección sin decir una sola palabra.

Y la mano de Dios se valió de esto, que se podría calificar de injusto en cierto modo, para dejarle grabado muy hondo el verdadero sentido de la responsabilidad. En efecto:

desde aquella ocasión se hizo la norma de tomar nota minuciosamente de cada pedido recibido y cada compromiso contraído, para así evitar en lo posible toda futura omisión o incumplimiento.

Desde luego que como seres humanos siempre tenemos un cierto grado de falibilidad, mayor o menor según el caso. No obstante, esa experiencia y su reacción ulterior, le sirvieron para corregir su tendencia anterior de ser algo distraído y olvidadizo, y volverse en cambio bastante metódico y metucioso en su actividad cotidiana y en el cumplimiento de sus diversas obligaciones.

En realidad, la responsabilidad o falta de ella se refleja en todos los aspectos prácticos de la vida. Uno de ellos es la puntualidad, y cuando el llegar tarde se hace una norma en alguien, creemos no equivocarnos en decir que es un síntoma de un desorden interior o de una debilidad en el carácter.

Por supuesto que no podemos ser extremistas ni inflexibles en esto. A veces un pinchazo en una cubierta del vehículo, o bien una llamada telefónica urgente que nos llega cuando estamos a punto de salir, puede provocar una demora forzosa y que no podemos evitar. En esos casos de fuerza mayor y que escapan al control de uno, normalmente sucede que el Señor se encarga de cuidar que no haya ningún perjuicio indebido.

No obstante, y hecha esta salvedad, todo buen discípulo deber hacerse un deber de tratar de no tener a nadie esperando por su llegada tarde. Es más, habrá de preferir tener que esperar él y no hacer esperar al otro.

Otro aspecto práctico es el que no se le tengan que decir las cosas dos veces. Uno que aspira a servir al Señor debidamente, mostrará siempre su buena disposición con el cumplimiento puntual de un encargo u obligación, y bastará que se le haya dicho una sola vez. Y en una escala de mayor crecimiento y madurez, alcanzará el grado óptimo de que no se le tenga que decir nada, pues su propio sentido de responsabilidad se lo indicará claramente, y lo hará por iniciativa propia y con todo tino y esmero.

Ser una persona formal que cumple siempre con la palabra empeñada, es otro rasgo característico del discípulo verdaderamente responsable. Por el contrario, volverse atrás en cuanto a algo que se ha prometido, o a lo cual uno se había comprometido, es una muestra de inestabilidad y a veces hasta de un estado de contradicción interior.

También debemos recalcar especialmente que esta formalidad de que estamos hablando abarca desde luego el ámbito de las finanzas. Un buen discípulo no andará desordenadamente en este sentido, dejando cuentas impagas o tomando compromisos de pagos que al poco tiempo se vea que no los puede solventar. Muy por el contrario, habrá de ser muy cauto en este aspecto, y además cuidará de cumplir cada pago rigurosamente y dentro del plazo establecido, ya sea por el alquiler, viajes o compras de cualquier índole.

Aunque parezca algo tan material y externo, el manejo del dinero y la economía en general es algo que reviste la mayor importancia. Es cierto que puede haber quien maneje muy bien las finanzas y sin embargo en otros aspectos, como por ejemplo la oración, el amor y la fe, deje mucho que desear. Pero eso no quita que quien sea incumplidor e informal en lo del dinero, de hecho estará descalificado para servir debidamente al Señor, y hasta tanto no se corrija cabalmente no será un buen discípulo.

Quizá corresponda aquí señalar que en algunas oportunidades, por diversas

circunstancias, un cristiano bien puede estar atravesando por dificultades económicas. No debemos ser inmisericordes ni excesivamente rígidos descartando por completo esta posibilidad. No obstante, el buen discípulo siempre dará señales de estar muy preocupado por cualquier compromiso incumplido, y demostrará por los hechos que está haciendo cuanto esté a su alcance para remediar las cosas lo antes posible, incluso privándose de todo lo que no sea estrictamente indispensable, con el fin de regularizar la situación cuanto antes.

La responsabilidad también presupone que a uno se le puede encomendar una determinada labor u obligación y que la habrá de cumplir conscientemente, se le vea o se le esté supervisando, o no.

Un siervo de Dios en una época de su vida pasada, hace varios decenios, se desempeñaba como Gerente de Ventas de una importante empresa, con responsabilidad por un territorio considerable que le tocaba cubrir. Para hacerlo debía efectuar frecuentes desplazamientos a diario, a menudo pernoctando en diferentes ciudades. En ese entonces el teléfono móvil no existía, de manera que era muy difícil o casi imposible que su labor fuese controlada de cerca por sus superiores.

Otros colegas, le constaba que a veces invertían su tiempo dándose con exceso a la bebida o tal vez aun jugando al golf o dedicándose a otras actividades en horas de trabajo. Sin embargo, él era muy consciente de que los ojos de su Señor y Maestro no le perdían pisada. Como se sabía llamado a servirle y que un día habría de dejar el trabajo seglar para dedicarse plenamente al ministerio, se sentía comprometido a trabajar fiel y conscientemente para su empresa y rendirle el mejor servicio posible. De otro modo, comprendía que no estaría aprobado, por aquello que dijo Jesús:

*“Pues si en las riquezas injustas no fuisteis fieles ¿quién os confiará lo verdadero? Y si en lo ajeno no fuisteis fieles ¿quién os dará lo que es vuestro? (Lucas 16:11-12)*

Así trabajó con el mejor empeño en esa función, logrando rendir muy buenos resultados para su empresa, y a su debido tiempo se abrieron las puertas para que renunciase a su cargo y abrazase de lleno el servicio del Señor. Y hasta el día de hoy ese sentido de responsabilidad sigue latente en su vida, comprendiendo bien que mientras tenga salud y fuerzas para seguir adelante, nada más consecuente y al mismo tiempo dichoso que poder continuar sirviendo a Dios con todo ahinco y esmero.

Todo discípulo deberá cuidarse del engaño en que a veces caen algunos, despreciando el valor y la importancia del trabajo seglar que están realizando. Piensan equivocadamente que por ser algo material y temporal, no merece el mejor esfuerzo y empeño, pero que una vez que estén sirviendo al Señor, por ser eso algo de mayor importancia, habrán de hacerlo mejor, trabajando con toda voluntad y eficacia.

En esto, la misma máxima dada por Jesús también tiene plena aplicación. Quien no haga bien y consciente y cumplidamente su labor cotidiana para ganarse el pan – que no nos quede ninguna duda – nunca será apto para el reino de Dios.

Damos a continuación, y sin comentarios, algunas áreas más en que el buen discípulo también debe ser consecuente y responsable.

En su relación personal con el Señor.  
En darse diariamente al estudio de la palabra de Dios.  
En orar por otros hermanos y por familiares, amigos o vecinos inconversos.  
En preocuparse por los inconversos, procurando hablarles del Señor cuando se presenten oportunidades.  
En ejercer una sana mayordomía del tiempo, evitando malgastarlo con cosas innecesarias o que no son edificantes ni provechosas.  
En ser fiel en la iglesia a que pertenece, honrando, apoyando y obedeciendo al pastor o al liderazgo de la misma.  
En el cuidado de su salud, evitando desarreglos tales como trasnochar innecesariamente y comer con exceso.  
En la conversación, cuidándose de no entrar en charlas huecas, chismes y críticas malsanas o comentarios de mal gusto.

Algunas de estas cosas se habrán de tratar con más detalle más adelante, y es por eso que ahora no entramos en consideraciones sobre ellas.

Como reflexión final de este capítulo, deseamos puntualizar que al presentar todos estos puntos prácticos sobre la responsabilidad, no lo hacemos pensando que por el cumplimiento metódico de todos ellos uno se ha de convertir en un buen discípulo. Eso sería confundir causa y efecto, a lo que ya nos referimos en el capítulo II.

Evidentemente, será necesario ser movido por la fuerza interior del amor, con la gracia de Dios que la acompañe, la cual creará una buena disposición para todo lo que hemos venido diciendo. Si ese amor y esa gracia no están presentes, se entrará en un legalismo, tratando de cumplir con los deberes de la responsabilidad, pero sin que lo propulsen esas dos fuerzas vitales.

Sin embargo, la enseñanza y definición práctica de las cosas siempre es necesaria, a fin de que se las tenga bien claras y puedan servir de guía y orientación.

Es por eso que primeramente hemos puesto el amor, como la causa básica y motivadora en el capítulo anterior. Y en éste hemos fijado algunos de los aspectos prácticos que constituyen en realidad *los efectos o resultados* que ha de producir esa causa fundamental y principalísima.

Es el mismo orden que aplicó Jesús:

*“Simón – hijo de Jonás ¿me amas?...Apacienta mis corderos.”*

En cada una de las cosas que hemos detallado, nos podemos hacer la misma composición de lugar. Es como si el Señor a cada uno nos hiciese la misma pregunta – “¿Me amas?” Y al darle nosotros una respuesta afirmativa, oír de Sus labios aquellas cosas que son Su voluntad para nosotros.

*“Sé puntual y un buen ejemplo para los demás.”*

*“No me deshonres nunca, dejando cuentas impagas o siendo incumplidor con tus compromisos económicos.”*

*“Busca mi rostro con ahinco cada día,” etc. etc.*

Y en fin – todo lo que hace a una vida digna y ordenada – pero regido por la virtud del

amor, y no por nuestro esfuerzo por cumplir o quedar bien.

----- ( ) -----

Ejercicio práctico.-

En este capítulo se señalan catorce puntos en que el discípulo debe reflejar el ser plenamente responsable. Coloque en una columna aquéllos en los cuales estima que su comportamiento es satisfactorio, y en otra aquéllos en los cuales no lo es.

Buscando la gracia del Espíritu, propóngase corregirse y mejorar en todos los aspectos donde hasta ahora no ha funcionado satisfactoriamente.

- 1) ¿Piensa que en alguno de ellos le será muy difícil?
- 2) ¿Estaría dispuesto a compartirlo con su pastor o discipulador, buscando su consejo y ayuda?
- 3) ¿Considera que en el cumplimiento de sus obligaciones como discípulo está regido por el amor al Señor como la fuerza motriz que lo motiva? ¿o es por el sentido del deber y la necesidad de que otros vean que Ud. cumple?

Oración.-

Señor, Tú nos has dicho que aun cuando hayamos hecho todo lo que nos ha sido encomendado, hemos de decir que somos siervos inútiles.

Reconozco ante Ti que en no pocas oportunidades he dejado mucho que desear, y de veras me considero un siervo inútil en muchos sentidos. Pero te agradezco que Tu palabra y Tu Espíritu me animan a perseverar y ponen en mí un ansia de mejorar – de superar mis debilidades – de avanzar y escalar posiciones.

Te suplico que con Tus cuerdas de amor me sigas atrayendo hacia Ti. Necesito bañarme y empaparme en el amor Tuyo, que estoy seguro que me impulsará hacia adelante y hacia arriba. Y así, en las cosas prácticas de la vida he de poder, paulatinamente, ir convirtiéndome en un discípulo verdaderamente responsable..

Ese es mi anhelo sincero, Señor, y confío en Tu gracia para ayudarme a alcanzarlo.  
Amén.

----- ( ) -----

**PARA RESPUESTAS A LAS PREGUNTAS**

**Espacio para las dos columnas.**

**1)**

**2)**

3)

## **PAARA REFLEXIONES DEL LECTOR**

### **CAPÍTULO IV – Ganador de almas para Cristo**

Lo normal será que todo discípulo, desde muy poco después de su conversión, tenga un deseo grande de llevar a otros a los pies del Señor.

A esa altura, muy posiblemente tenga amistad con muchas personas inconversas y tendrá oportunidad de testificarles y de ganar algunas de ellas para Cristo. También debe considerarse que con el correr del tiempo, irá teniendo cada vez menos amistades de incrédulos, de manera que sus posibilidades en ese terreno se verán reducidas.

En muchas iglesias de todas partes del mundo se ha comprobado que el evangelismo personal, de uno a uno, es el que da resultados mejores y más duraderos. Desde luego que esto no supone dejar de reconocer en ninguna manera el buen fruto que ha llevado, con el correr de la historia - y sigue llevando hasta el día de hoy - la labor de muchos buenos evangelistas, que en cruzadas y campañas han sido usados para la conversión de muchas almas.

Sin embargo, el evangelismo personal, además de sus frutos directos, tiene otra virtud que no se encuentra en la misma forma en el trabajo masivo de campañas: la de motivar, movilizar y madurar al creyente normal. El gozo de ganar almas para Cristo es maravilloso y le da la ilusión de seguir trabajando para su iglesia, y de sentirse útil y valorado por su buena labor, con los incalculables beneficios que esto conlleva. Además, como alguien ha comentado muy acertadamente, ¡es el método más económico!

El discipulador habrá de tratar de comunicar a cada discípulo un sano deseo de testificar a otros y llevarlos a una auténtica conversión. Además, deberá impartirle enseñanzas prácticas sobre cómo hacer la tarea evangelística y también ¡cómo no hacerla!

Entre muchas otras cosas, se ha de buscar tener amor a las almas y tratarlas con tacto y sabiduría. También se habrá de inculcar la importancia de la oración preparatoria y del saber

encontrar el momento y la forma propicia de abordar el tema; el no ser tajante en contradecir al que le plantea reparos o posturas equivocadas, sino con gracia y bondad presentarle la verdad bíblica sobre el tema o los temas a que se está refiriendo.

Esto último es muy importante. En efecto, en muchos casos, con celo no conforme a ciencia ni al amor, cada vez que el incrédulo afirma algo que es incorrecto, se le rebate con versículos de las Escrituras, pensando tal vez que así se triunfa en el debate, y el incrédulo tendrá que terminar por darle a uno la razón y convertirse.

Si en lugar de hacerlo en ese espíritu, las respuestas se dan con la debida gracia y mansedumbre, esa forma evidentemente podrá resultar de provecho en algunas oportunidades. Pero en no pocas ocasiones se comprueba que la forma y el tono en que se lo hace no son los correctos, y el inconverso, después de ser corregido o contradicho en dos o tres oportunidades, se siente molesto y tal vez dolido, pensando cosas como éstas:

“Éste me trata como si yo fuese un tonto que no sabe nada; él tiene todas las respuestas y piensa saberlo todo.” Y aunque, por su desconocimiento de la Biblia, no podrá ni sabrá rebatir, terminará con un malestar que quizá hasta le haga querer no tener más nada que ver con la persona ni con el asunto.

Por cierto que se han conocido casos de personas tocadas por la palabra, que han respondido al mensaje de salvación, o bien otras que asistían regularmente a las reuniones y les agradaban, que, al ser acosadas por quienes no han tenido ni la sabiduría ni el tacto necesarios, se han marchado, tristemente, por lo que se sabe, para no volver.

Como bien se nos dice en Proverbios 11:30 “*el que gana almas es sabio.*” Y una parte muy importante de la labor del discipulador es la de inculcarle a cada discípulo esa sabiduría que viene de lo alto, que sabe amar y adaptar sus palabras a cada caso particular; que sabe también escuchar y dejar que el otro hable y exprese su inquietud, dudas, problemas o incluso su dolor, para pasar a su debido tiempo al consejo o la palabra en sazón que corresponda.

El interesarse por las almas también deberá encontrar una expresión correcta antes, durante y sobre todo después de las reuniones a las que asistan inconversos. Antes, buscando traerlos a las reuniones de evangelización; durante, orando a favor de ellos; y después, procurando apersonarse a ellos para darles amistad y simpatía, y no dejarlos de lado para hablar en vez con los hermanos más cercanos o íntimos, como hacen algunos.

Asimismo, al hacerse el llamado para recibir al Señor, es conveniente que uno o más hermanos estén ubicados atrás de todo para poder identificar bien a los que levantan la mano o se ponen de pie. Y es muy importante que cada uno sea posteriormente bien atendido por *alguien con tacto y don* para guiarlo, y asegurarse que el mensaje y la decisión tomada sean bien entendidos.

En otro orden más avanzado, pero sobre el mismo tema, cuando se lleve a alguien a recibir a Jesucristo en su corazón como Salvador y Señor, se deberá cerciorar de que lo hace sobre la base de sentirse y saberse un pecador arrepentido y necesitado del perdón de Dios.

Esto es importante, pues a menudo se presenta el evangelio sobre otras bases incorrectas. Éstas pueden ser, entre otras, la paz y bienestar que Cristo puede dar, a cambio de la tristeza y soledad que se padecen; o bien, prosperidad material para el que está en la indigencia, la

sanidad para el enfermo, la restauración de un matrimonio en crisis, la liberación de la droga, etc. etc.

Naturalmente que todas estas cosas, en un plano normal, quien las necesite ha de lograrlas al entrar y seguir en la vida cristiana con pie firme. Sin embargo, debe puntualizarse que serán *los productos derivados*, resultantes de una vida nueva que imparte Cristo al venir de veras a nuestros corazones.

Este venir *de veras* necesita imprescindiblemente del requisito del reconocimiento de la culpa y el pecado de cada uno que acude a Él.

Sin querer abundar en demasía sobre esto, nos limitamos a citar el mensaje que traía Jesús en Marcos 1:14-15 y Pablo en Los Hechos 20:21:

*“...Jesús vino a Galilea predicando el reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios se ha acercado; **arrepentíos y creed en el evangelio.**”*

*“...testificando a judíos y a gentiles acerca del **arrepentimiento** para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo.”*

Igualmente, en su discurso en el Areópago en Atenas, Pablo afirmó:

*“Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda **a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan.**”* (Los Hechos 17:30)

Lo normal y correcto es que este arrepentimiento tenga lugar antes de recibir a Cristo y en el momento de hacerlo. No obstante, se ha de tener la flexibilidad de comprender que en algunos casos, la persona abrumada por su tristeza, enfermedad, necesidad material o crisis matrimonial, no podrá comprenderlo en un principio.

En tales casos habrá que orar y buscar que el Espíritu Santo los redarguya de su pecado y les dé la gracia del arrepentimiento. Ésta es una parte importante de la obra que ha venido a hacer (ver Juan 16:8) y debemos tener presente que no debemos tratar de hacerla nosotros en lugar Suyo - que la haremos muy mal – sino orar y esperar que Él la haga. Sin embargo, en su momento debemos colaborar con Él, señalando con cortesía y tacto que esa base del arrepentimiento es imprescindible y aplicable a todos por igual. De otro modo, si no se llega a ello, seguirá pensando que es una víctima inocente, y no un pecador culpable y necesitado del perdón divino.

Debemos tener muy presente lo que nos enseña la parábola del hijo pródigo en cuanto a todo esto. Al volver, si bien se encontraba triste, maltrecho y hambriento, no le dijo nada a su padre sobre ello. Eran los síntomas, pero la raíz de todos sus problemas era su pecado y su rebeldía en abandonar su hogar para irse al mundo. Por lo tanto, lo que dijo fue:

*“...Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo.”* (Lucas 15:21)

Nos tememos que en muchos casos esta base indispensable no se pone debidamente, y como consecuencia de ello, a la postre, vienen muchos desengaños.

#### *Conversiones aparentes e irreales.-*

Quizá más que nunca, en estos últimos tiempos se están viendo supuestas conversiones, que, pasado un tiempo, demuestran no haber sido genuinas. Será necesario alentar y adiestrar al discípulo sobre esto a fin de encaminarlo en sus labores evangelísticas sobre líneas sanas y correctas.

Las supuestas conversiones que después de un tiempo se comprueba que no eran verdaderas, pueden deberse a una gran variedad de razones. En la misma parábola del sembrador Jesús nos hace saber que hay los que en seguida reciben la palabra con gozo y tienen toda la apariencia de ser sinceros y auténticos, pero una vez que surgen la persecución y las dificultades, se secan y se apartan, presumiblemente para no volver. Esto lo podemos considerar como algo normal y que siempre habrá de esperarse en un cierto porcentaje.

Sin embargo, aquí se hace necesario hacer una importante distinción. En efecto: en la parábola, todas las cuatro clases de tierra recibieron la misma semilla, Y Jesús nos señala claramente que esa semilla es la palabra de Dios. (Lucas 8:11)

Ahora bien, en muchas partes, teniendo en cuenta que el mensaje de arrepentimiento y salvación en este mundo materialista resulta muy inatractivo para la mayoría, con el fin de atraer a las almas se recurre a otros medios, pensando que posteriormente, al dárseles el verdadero mensaje del evangelio, lo habrán de comprender y recibir de lleno.

Entre estos medios, entre otros podemos citar principalmente la acción social, que consiste en dar ropa, víveres y medicamentos a los necesitados, y la promesa de sanidad física y milagros. A continuación pasamos a considerarlos por separado.

#### *Ayuda material (ropa, comida y asistencia médica) a los necesitados.*

Actuando en países o zonas donde imperan la pobreza y el hambre, los siervos de Dios se encuentran con un problema delicado y difícil. Al hablar a la gente de la necesidad de arrepentirse y creer en el evangelio, su gran necesidad material – a veces la de un trozo de pan para llevarse a la boca – les hace difícil pensar en la necesidad de su alma y de su espíritu, cuando la de su cuerpo es tan grande y urgente.

El problema no es nuevo, sino que data ya de mucho tiempo. Misioneros que han ido por ejemplo a la China o al África en siglos pasados, ya se han encontrado con esto. Movidos por un amor normal y natural, han procurado ayudar a gente tan pobre y desnutrida, pues hasta les ha parecido fuera de lugar, y hasta casi cruel, hablarles del evangelio, pero no hacer nada práctico para paliar su hambre y falta de ropa y medicamentos.

Como consecuencia directa han atraído hacia sí muchos que podríamos llamar adherentes, con una aparente aceptación del evangelio, pero sin que, en la inmensa mayoría, hubiera esos frutos dignos de arrepentimiento que son propios de la verdadera conversión.

Así, en la China surgieron los que más tarde fueron llamados “*rice Christians*” (cristianos del arroz), mientras que en otros países con características parecidas se los conoce como cristianos de los panes y los peces.

Con el correr del tiempo, siempre se ha visto que los resultados en cuanto a una transformación de la vida y el abrazar la fe de lleno y en verdad, han sido francamente decepcionantes.

Verdad es que Jesús alimentó a las multitudes con la multiplicación de los panes y los peces. Sin embargo, debemos tener en cuenta que eran dos ocasiones especiales: en la de los cuatro mil, hacía tres días que estaban con Él y no tenían qué comer y no quería enviarlos ayunos, no fuera que desmayasen en el camino. (Mateo 15:32) En la de los cinco

mil estaban en un lugar desierto y empezaba a anochecer. (Mateo 14: 15-16)

No obstante, en Juan 6:26-27, cuando estos últimos buscaban más tarde a Jesús, vemos que el Maestro les dijo:

*“...de cierto, de cierto os digo que me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y os saciasteis.”*

*“Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre os dará...”*

Y a continuación Él pasó a hablarles de esa comida espiritual y de los valores eternos del Pan de Vida y de Su sangre, la verdadera bebida. Siguiendo en la lectura vemos que al final muchos, aun de sus discípulos, se volvieron atrás y ya no andaban con Él, y se quedó prácticamente solo con los doce.

Creemos que esto es algo que hay que tener muy en cuenta al sopesar el tema. Además, debe agregarse que en el ministerio de Pablo en Los Hechos, si bien vemos su preocupación por los pobres en Judea, éstos ya eran creyentes convertidos, y que nunca lo encontramos usando la ayuda material como medio para alcanzar a los inconversos, sino que siempre les daba el mensaje de arrepentimiento hacia Dios y fe en el Señor Jesucristo.

Con todo, hemos de reconocer que como hijos de Dios, no podemos ni debemos dejar de ser misericordiosos para con los que padecen verdadera necesidad, y por las condiciones imperantes no pueden ganarse el pan trabajando.

Quizá lo más sabio debe ser separar las dos cosas, no usando el edificio de reuniones para el reparto de víveres y ropa o el comedor familiar, sino hacerlo en otro lugar. Atraerlos hacia el evangelio por medio de la ayuda material, en realidad es hacerles un daño espiritual, al ponerlos sobre una base falsa que les hará muy difícil llegar a vivir una auténtica vida cristiana.

También debe considerarse que las demandas de esa obra social de caridad, con sus muchos trámites y actividades de diversos órdenes para potenciarla y sustentarla, muchas veces han absorbido la mayor parte del tiempo y las fuerzas de siervos de Dios llamados a la oración y a la palabra. Así, insensiblemente han llegado a descuidar o aun traicionar su verdadera vocación.

En definitiva, que uno tiene que tener muy claro a qué Dios lo llama - si a predicar Su palabra y darse debidamente a ella y a la oración, o a socorrer materialmente a los pobres y necesitados. Y tener en cuenta que el mejor servicio que se les puede dar a éstos, siempre que sea posible, será ayudarles a conseguir un trabajo que les permita ganarse dignamente su propio pan.

#### *Campañas o cruzadas de sanidades y milagros.-*

En muchas partes se planifican y anuncian las campañas o cruzadas en esta forma, con el natural deseo de atraer a la gente, sabiendo que en esta manera es más fácil lograrlo que si se les presenta como enfocadas solamente al mensaje de salvación y vida eterna.

Volviendo a la parábola del sembrador, como ya vimos, la semilla es la palabra de Dios. En 1ª. Pedro 1:25 se nos la define claramente como la palabra del evangelio:

*“Mas la palabra del Señor permanece para siempre. Y ésta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada.”*

Es decir, la palabra que proclama que Cristo murió por nuestros pecados y que resucitó al tercer día, según 1ª. Corintios 15:1-4.

Por las razones apuntadas, en el tipo de campañas a que nos estamos refiriendo, si bien en determinado momento se suele anunciar este mensaje de salvación, la “punta de lanza” que se utiliza es otra semilla – la de Cristo que sana y hace milagros.

Personalmente no tenemos ninguna reserva en cuanto a esto en sí, pero en su debido lugar. Tanto mi esposa como yo hemos vivido y experimentado la sanidad del Señor y Sus milagros en diversas formas, y sabemos que Su poder y disposición para ellos siguen inalterables.

No obstante, consideramos un error ponerlos primero en lugar del mensaje del evangelio, pues es éste el que debe ir en primer lugar y tener la preeminencia. Si leemos con atención, entre otras, las predicaciones de Pedro en Los Hechos capítulos 2 y 10, y Pablo en los capítulos 13 y 17, vemos que siempre enfocan su mensaje hacia el arrepentimiento y la fe en la obra expiatoria de Cristo - no hacia las sanidades y milagros.

Cierto es que éstos tuvieron lugar a posteriori en muchos casos, pero siempre digamos como productos derivados, no como el centro y tema principal del mensaje. Echar primero la semilla de la sanidad y los milagros supone salirse del camino claramente trazado por las Escrituras, y siempre tenderá a poner a los nuevos adherentes sobre una base incorrecta y dificultarles el llegar a una auténtica conversión.

Por otra parte, esto no significa que al testificarle a un inconverso que está enfermo o padeciendo un dolor físico, no podamos ni debemos ofrecerle orar al Señor para que lo sane o aplaque su dolor. Sin embargo, siempre hemos de cuidar de darle prioridad a la necesidad de su alma, que es mayor y tiene proyecciones eternas.

Para algunos esto podrá parecer un camino duro y estrecho, pero es sin duda el que la palabra nos marca en forma inequívoca. Y el correr del tiempo demuestra a las claras que es el que deja los resultados mejores y más duraderos.

#### Testimonio personal a personas del sexo opuesto.-

Esto es algo que también merece comentarse con cierto detalle.

Como norma general, lo más sabio y aconsejable es que el testimonio personal sea de varón a varón y mujer a mujer.

La razón es que a menudo las cuerdas sentimentales de la otra parte, siendo del sexo contrario, pueden ser tocadas – aun inconscientemente – y no haya lo que realmente debe haber: un llegar limpiamente a su conciencia. Así habrá de producirse, quizá inadvertidamente, una atracción personal al que está testificando, y esto, a la postre, habrá de desembocar en una conversión ficticia.

Naturalmente que en muchas ocasiones podrá darse que un discípulo o discípula testifique a alguien del sexo opuesto. En algunas oportunidades incluso puede haber una clara conversión, y, siendo ambos solteros, eventualmente las cosas pueden derivar en el matrimonio y eso dentro de la voluntad de Dios. Esto es algo que hemos visto en más de una ocasión, y justo es reconocerlo como una posibilidad concreta.

Sin embargo, con mayor frecuencia sucede lo contrario, es decir que una atracción humana hace que el o la persona inconversa responda al mensaje, profese aceptar a Cristo y

comience a asistir a la iglesia, e incluso llegue a bautizarse.

Eso también – siendo ambos solteros – puede derivar en el matrimonio en algunos casos, y en otros no; pero lo concreto es que, o se dé o no se dé el matrimonio, los resultados serán siempre muy desalentadores, y a veces se crearán problemas serios dentro de la iglesia.

¿Cómo proceder entonces cuando un hombre, por ejemplo, le testifica a una mujer – o vice-versa – y hay señales aparentes de conversión, y empieza a asistir a las reuniones, y, por lo que parece, a integrarse a la vida congregacional?

Lo que corresponde en tales casos es proceder a lo que llamamos *destetarla espiritualmente* de quien le ha testificado y traído a la iglesia. Si siendo mujer por ejemplo, acepta de buen grado que en adelante sea otra mujer quien la discipule y guíe, en vez del hombre que le habló del Señor inicialmente, ello podría tomarse como una buena señal.

En cambio, si se advierte que se siente molesta y manifiesta directa o indirectamente que prefiere seguir con el hombre que la trajo, argumentando que se entiende mejor con él, o lo que fuere, eso será de seguro una mala señal. Habrá que insistir con firmeza en el cambio y allí se verá si persevera o se retira.

#### *Jesús, el evangelista personal modelo.-*

Como en todas las demás facetas de la vida cristiana y el ministerio, Jesús es nuestro modelo perfecto como evangelista personal. De Él podemos y debemos aprender muchísimo que es de sumo valor.

El caso de la mujer samaritana que se nos narra en Juan 4 es muy aleccionador. Entre otras cosas, debemos notar que Jesús no se dejaba llevar por los números ni por las apariencias. La guía y dirección de Su Padre era el factor fundamental que lo animaba.

Quizá algún evangelista de masas de hoy día, enterándose de un caso como ése – una mujer necesitada pero con una triste trayectoria moral, y a gran distancia – podría haber optado por enviarle un diácono a visitarla con unos folletos, o bien por desentenderse del caso totalmente por sus muchas otras prioridades.

¡No así Jesús! A pesar de lo largo y fatigoso del trayecto, sabedor de que era la voluntad del Padre, lo emprendió gustoso y con toda nobleza.

En el diálogo con ella podemos ver algo de mucha importancia, precisamente en el terreno en que estamos de testificar a alguien del sexo opuesto.

Un tipo de ministerio que a veces se presenta en estos últimos tiempos, buscando llegar a las almas en un nivel “más elevado y profundo” a la vez, podría dirigirse a una mujer en una situación semejante, en términos como éstos, o parecidos:

“Mujer, el problema suyo es que Ud. nunca ha conocido el verdadero amor. Varios hombres se le han acercado e intimado con Ud., pero ninguno le ha sabido dar eso que Ud. tanto necesita: el verdadero amor.”

“Cuando Ud. reciba el evangelio, el amor entrará en su vida – Ud. se sentirá aceptada, amada y valorada, y así será una mujer dichosa y realizada...” etc. etc.

Esta clase de “ministración”, melosa y claramente anímica, casi seguramente produciría una respuesta afirmativa. Pensaría la mujer:

“Este hombre que me habla tan bonito, que tiene tanta dulzura, y que con sus palabras tan

lindas me hace sentir tan bien ¿cómo voy a rechazar su mensaje? Por supuesto que recibo a Cristo, tal como él me lo ha estado diciendo.”

Y el resultado sería una aparente conversión, pero que por debajo ocultaría un claro enamoramiento del hombre que le habló en esa manera, y sin el menor vestigio de estar redargüida de su pecado y arrepentida de verdad.

¡Cuán distinto el proceder de Jesús!

Siendo el evangelio de Juan eminentemente el evangelio del amor, con la palabra amor y sus derivados apareciendo en el texto una y otra vez, hay algo que llama poderosamente la atención: Jesús, en su diálogo con ella, en ningún momento usó ni la palabra amor, ni amada, ni cariño, ni cariñito, ni nada por el estilo.

En cambio, le habló de una fuente de agua que salta para vida eterna, de adorar a Dios que es Espíritu, y hacerlo, no en función externa de un lugar geográfico, sino en espíritu y verdad.

En otras palabras, un ministerio limpio y honrado, que llegó a la conciencia y a lo hondo de su ser, no a sus cuerdas sentimentales femeninas. Y su conversión fue totalmente auténtica – sin nada ficticio.

Además, a través de ella vinieron los hombres de la, y ellos también creyeron que Él era el Salvador del mundo – el Cristo. De manera que, lo que dijimos antes de no fijarse en los números ni en las apariencias, sino en hacer la voluntad del Padre, en este caso trajo a la postre resultados mucho mayores y mejores que la táctica de buscar a las masas.

*“Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres.” ( 1ª. Corintios 1:25)*

#### Preguntas.-

¿Ha experimentado Ud. el gozo de llevar a algún alma al Señor?

En caso negativo, busque de veras al Señor para que le conceda ese privilegio.

2) ¿Ha tenido Ud. alguna experiencia negativa de alguien que parecía haberse convertido y después se vio que no era así?

3) En caso afirmativo ¿qué lecciones recogió de ello?

4) ¿Piensa Ud que una persona que se interesa por el evangelio debido a que se le da ayuda material;

a que se le habla de la sanidad física que puede recibir;

a que está atraída por una persona del sexo opuesto,

tendrá mayores o menores posibilidades de alcanzar una verdadera conversión, que una a la que se le explica prioritariamente y desde un principio, su necesidad de arrepentimiento y de recibir con fe a Jesucristo?

5) ¿En cuál de los casos a) b) y c) de la pregunta anterior piensa que puede haber alguna excepción que igualmente conduzca a una buena conversión? Dé uno o más casos concretos que Ud. conozca en que eso se haya comprobado.

#### Oración.-

Querido Padre Celestial, gracias por el inmenso privilegio que se me concede, como hijo de Dios, de poder llevar a otros al conocimiento de la luz y la verdad que están en la

persona de Tu Hijo Jesucristo. También te agradezco por la medida en que, por Tu gracia, he podido lograr algún éxito en ese sentido.

Ayúdame para que esto se incremente y dame un mayor celo porque así sea.

También te pido que me ilumines y sensibilices, para que mi labor como ganador de almas discorra sobre las líneas claras y sanas que Tu palabra nos ha trazado. No quiero conversiones espurias que han de traer malos resultados y se presten para dar una mala imagen del evangelio – por el contrario, Padre, que sean auténticas y perduren por la eternidad. Amén.

----- ( ) -----

### **PARA RESPUESTAS A LAS PREGUNTAS**

- 1)**
- 2)**
- 3)**
- a)
- b)
- c)
- 5)**

### **PARA REFLEXIONES DEL LECTOR**

### **CAPÍTULO V – LA SANTIDAD**

**No una postura teológica, sino una realidad práctica.**

Más de un lector, que quizá gusta de la comicidad, estará pensando a estas alturas:

*“¡Qué libro serio! Hasta hora ni un solo chiste – nada para hacerme reír.”*

La verdad es que al autor también le agrada el buen humor – lo cómico de la vida, siempre que sea sano y limpio. No obstante, en un plano realista, en la Biblia no encontramos la página cómica, tal cual se la presente en algunas revistas y publicaciones, ni nada por el estilo.

Aquí y allá aparece algún destello de comicidad. Por ejemplo el caso del gran profeta Elías, que en la versión de Casiodoro de Reina, Revisión 1909, es descrito en 2ª. Reyes 1:8 como un varón velloso. Bien podemos imaginar a los hijos de los profetas, como tantas veces sucede, procurar asemejarse a él en lo posible, muy probablemente ostentando poderosas cabelleras, amén de imitar sus gestos y rasgos característicos – todo con la aspiración de llegar quizá algún día a ser sus sucesores.

¡Y el genio divino los sorprende eligiendo en vez a Eliseo, un calvito humilde y, hasta entonces, de muy poco hablar!

También tenemos el nacimiento de Isaac que se nos narra en Génesis 21. Su madre Sara, en parte por no poder tener hijos propios, y en parte por las burlas de su sierva Agar, por lo que sabemos no había dado muestras hasta entonces de estar alegre ni risueña.

Pero al alcanzar la venerable edad de noventa años, Dios le concede que dé a luz un hijo, y su marido Abraham, todo un centenario a esas alturas, decide que se ha de llamar Isaac, que significa *risa*. Y Sara exclama que Dios *la ha hecho reír* – y ella, la que antes se mostraba muy seria y tal vez taciturna también, ahora pasa a reírse y reírse – sola y también en compañía de cuantos oyen la gran noticia del alumbramiento del hijo prometido muchos años antes.

No obstante, creemos que en el resto de la Biblia habrá que hilar muy fino y usar mucho la imaginación si se quiere entresacar algo que sea verdaderamente cómico. Y la razón no es otra que ésta: la Biblia es esencialmente un libro serio – muy serio – y que trata sobre valores sagrados y eternos, que en ninguna forma han de tomarse en broma, sino en la manera más seria y reverente.

Y el tema de este capítulo – la santidad – es un tema serio de verdad.

#### *Las palabras de Hebreos 12:14.-*

*“Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor.”*

Posiblemente por estar incluidas en himnos y canciones y ser tan bien conocidas, estas palabras con frecuencia parecen quedar privadas de la enorme solemnidad que en realidad tienen. Ése es el efecto que surge, lamentablemente, de citar y repetir verdades solemnes y sagradas en forma ligera o rutinaria.

También nos consta que cuando se transige con el pecado y se lo consiente, el mismo resulta tan engañoso (ver Hebreos 3:13b) que uno queda endurecido y se justifica con argumentos ficticios y mal fundados. Y así, al oír la solemne advertencia que va más arriba, se la desestima con razonamientos tales como:

*“Sé que esto no está del todo bien, pero a su tiempo dejaré de hacerlo y me podré arrepentir y arreglar cuentas.”*

*“Después de todo, no hay quien nunca peque, y ninguno es completamente santo;*

*además, hay muchos peores que yo, y no creo que Dios me pueda condenar a mí.”*

*“Si ese versículo se ha de tomar al pie de la letra, entonces no se escapa nadie, porque uno que viva siempre en verdadera y completa santidad yo todavía no lo he visto”*

Todo esto es lo que Isaías tan bien define como *“el refugio de la mentira”* y *“el escondrijo”* -(Isaías 28:17). Es sólo el contundente obrar del Espíritu Santo, trayendo la más profunda convicción de pecado, que puede arrasar con todo eso y llevar al alma a desnudarse delante de Dios, en pleno reconocimiento de su maldad y culpabilidad, y en el más tierno arrepentimiento por cada pecado cometido.

Quizá una de las formas más seguras de abrazar genuinamente la santidad en la vida es tener una revelación de la santidad sublime, a la par que terrible, del Dios al cual con toda razón llamamos el **Tres Veces Santo**.

Entre los muchos pasajes que nos ayudan a tener esa revelación, tenemos dos en el Antiguo Testamento con sus correspondientes paralelos en el Nuevo. Veámoslos:

*“Y uno al otro daba voces, diciendo: Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria.” (Isaías 6:3)*

*“Y los cuatro seres vivientes...no cesaban día y noche de decir: Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es y el que ha de venir.” (Apocalipsis 4:8)*

En el primer acaso los serafines, y en el segundo los seres vivientes – que generalmente se considera que eran los mismos querubines de Ezequiel 1:5-10 y 10:20 – estaban profundamente impactados por la grandeza y la gloria de ese Ser Supremo ante cuyo trono se encontraban.

De Sus muchos atributos muy bien podrían haber elegido, y con buena razón, el de Su amor y misericordia; o bien Su formidable omnipotencia, o Su sabiduría infinita e insondable, o Su majestad suprema.

Todos éstos, y sin duda muchos más, eran tan gloriosos, que, como decimos, muy bien se podrían haber centrado en cualquiera de ellos. Sin embargo, había uno que sobresalía por encima de todos los demás, y que les impresionaba de tal manera que no podían menos que proclamarlo a viva voz: era *Su santidad, suprema y terrible*. Y así exclamaban con los acentos más potentes y solemnes:

*“**Santo, santo, santo**”.*

*b) “Estuve mirando hasta que fueron puestos tronos, y se sentó un Anciano de días, cuyo vestido era blanco como la nieve...” (Daniel 7:9)*

*“Y sus vestidos se volvieron resplandecientes, muy blancos, como la nieve, tanto que ningún lavador en la tierra los puede hacer tan blancos.” (Marcos 9:3)*

Aquí hay otra coincidencia muy significativa. En las dos manifestaciones, tanto el Anciano de días a Daniel, como el Señor Jesús a Pedro, Jacobo y Juan, muy bien se podrían haber presentado con vestimentas de otros colores.

Entre ellos podríamos citar el púrpura, que nos habla de la realeza del Señor, el celeste que denota Su morada celestial, el dorado de Su deidad, el carmesí que simboliza la sangre de la redención, y seguramente algún otro.

Todos darían una representación veraz de atributos esencialmente divinos, pero otra vez,

en Su sabiduría tan lógica y cristalina, elige vestirse de *blanco como la nieve*, como la forma más clara y elocuente de volver a subrayar Su santidad inmaculada.

De estos dos pasajes paralelos, por cierto que podemos y debemos absorber, ayudados por la gracia del Espíritu Santo, algo y aun mucho de esa blancura tan maravillosa de nuestro Dios.

El último versículo citado – el de Marcos 9:3 relacionado con la transfiguración del Señor Jesús – en alguna manera podemos hilarlo con el que tomamos de Los Hechos 1:12-14 en nuestro primer capítulo.

Debemos recordar que el Señor, al bajar del monte de la transfiguración, les había mandado que a nadie dijese lo que habían visto hasta después de resucitar Él de los muertos. (Marcos 9:9)

A esta altura, resucitado el Señor, evidentemente Pedro, Jacobo y Juan, Sus tres principales apóstoles, ya habían compartido con los demás en todos sus detalles esa gloriosa experiencia.

Ahora bien: – apenas ascendido el Señor y ocultado de sus ojos por una nube, se les aparecieron dos varones – evidentemente ángeles – *con vestiduras blancas*. Era como para volver a recordarles y subrayarles ese blanco blanquísimo que habían visto los tres en el monte de la transfiguración, y que debía señalarles el rumbo que habrían de seguir siempre en el cumplimiento de la gran comisión.

Bien podemos imaginar cómo los ciento veinte discípulos que perseveraban unánimes en oración y ruego, habrían oído, comentado y asimilado todo esto esos diez días en el aposento alto. Seguramente debe haberles dejado huellas indelebles, y así quedaron idealmente preparados para el momento cumbre en que el Espíritu Santo habría de descender sobre ellos con fuego celestial para purificar sus corazones (ver Los Hechos 15:8-9)

Como bien sabemos, existen diversas posturas en cuanto a la santidad, hablando ahora desde un punto de vista teológico. Debemos partir de la base de que *ya somos santos* por el hecho de haber nacido de lo alto y ser hijos de Dios. Esto es algo indudable y no hace falta citar versículos para respaldarlo, pues está clarísimo y – confiamos - bien comprendido.

Pero cremos que donde yerran algunos es en afirmarlo en una manera tal – como *si ya hubiesen llegado* – desechando toda necesidad de aspirar a una mayor santidad – sostienen que por fe ya la tienen y no es necesario buscar más. Esto da lugar a que cuando cometen faltas no las reconozcan como pecado, pues eso iría contra su teología, y en cambio las denominen omisiones, errores o imperfecciones. Siguiendo este curso, inevitablemente se ha de desembocar en una esfera de irrealidad, y a menudo también de falta de verdadera sinceridad y transparencia.

No deseamos extendernos sobre esto, dado que ya lo hemos comentado bastante en obras anteriores. Solamente añadimos que todo discípulo verdadero y sincero, con saber que está en un nivel de santidad básica por el renacimiento, debe aspirar a un avance y perfeccionamiento (2ª. Corintios 7:1), teniendo por delante la noble y hermosa meta de asemejarse al Maestro cada vez más.

Por encima de todo debemos guardarnos de ser meramente teólogos en cuanto a la santidad. En cambio, la verdad de nuestro Dios blanco blanquísimo y puro purísimo, debe penetrar en cada rincón de nuestra vida, desterrando cuanto no condiga con nuestra profesión de ser Sus siervos e hijos.

Si le amamos de verdad y nos tomamos el discipulado bien en serio, lo tendremos muy claro que no debemos enredarnos para nada en asuntos turbios en cuanto al dinero y los negocios; que tampoco nos debemos liar en politiquerías ni darnos a charlas huecas, lenguaje grosero, chismes o chistes de mal gusto, etc. etc. La lista se hace interminable y no queremos abundar más, redondeando con decir que, en todo y por todo, la conducta y vivencia deben ser limpias y decorosas, al par que propias de la mayor rectitud, honradez y transparencia.

Nos parece oportuno concluir el capítulo, consignando algunos de los beneficios derivados de vivir verdaderamente de blanco delante de Dios y de los hombres.

Le quitamos lugar la diablo en nuestra vida.

Nuestra comunión con el Señor se robustece.

El Espíritu Santo nos da un sello aprobatorio en nuestra conciencia.

Esto último nos da mucha confianza en nuestro servicio al Señor, y un sentir de íntima satisfacción.

También nos da una mayor autoridad espiritual.

Al acometer una tarea determinada – orar por un descarriado o por un enfermo o necesitado, o enfrentar a algún demonio – estaremos mejor capacitados para ella.

Nos asemejaremos más al Señor mismo, que es, al final de cuentas, el propósito para el cual hemos sido creados y redimidos.

No obstante, debemos dar aquí una advertencia importante. En todo lo anterior siempre hemos de cuidar mucho de no envanecernos ni pensarnos superiores a otros que en este aspecto quizá han progresado menos. Eso sería caer en orgullo espiritual, el cual es muy perjudicial y peligroso. La verdadera santidad siempre contiene un sano ingrediente de *humildad no fingida*. Sobre esta última virtud no agregamos nada por ahora, pues por su gran importancia le dedicamos un capítulo entero más adelante.

### Preguntas.-

La iglesia de los efesios había disfrutado del ministerio y la enseñanza de Pablo por tres largos años, y no sólo habían recibido el Espíritu Santo, sino que daban muestras de ser espirituales por su fe en el Señor Jesús y su amor para con todos los santos. (Efesios 1:15)

¿Por qué cree Ud. entonces que Pablo les exhorta, entre otras cosas, a desechar la mentira (4:25), a no hurtar (4:28), a que no saliese ninguna palabra corrompida de su boca (4:29), que no contristasen al Espíritu Santo (4:30) y se quitasen toda amargura, enojo, ira, gritería, maledicencia y toda malicia (4:31) ? ¿No era innecesario eso, estando tan bien enseñados y siendo una iglesia muy sana?

La Biblia nos da ejemplos de siervos de Dios que en la hora de la prueba resistieron firmemente la tentación, cuidando bien de no mancharse ni contaminarse.

¿En qué fueron tentados, y no cedieron en absoluto, los siguientes?

José, (el hijo de Jacob) – Daniel – Nabot ( 1ª. Reyes 21) – Sadrac, Mesac y

Abednego (Daniel 3) – Abraham, todavía llamado Abram en ese tiempo (Génesis 14:21-24) – Pedro y Juan (Los Hechos 4:18-20)

Oración.-

Señor, deseo guardarme celosamente para Ti en limpieza, rectitud y santidad. Sé que como todo verdadero siervo Tuyo, en más de una ocasión deberé enfrentar la prueba y la tentación. Sé también que para ser un siervo aprobado por Ti, me será necesario vencer y nunca claudicar en la hora crucial.

Por lo tanto, te pido Tu gracia y fortaleza, para no ceder por el temor del hombre, la burla de los demás, ni ante el engaño de las riquezas, el placer momentáneo del pecado, o cualquier otra cosa que signifique traicionarte y manchar mis vestiduras.

Que Tu gracia me infunde un odio santo a todo lo sucio y vil, de manera que siempre pueda vivir y andar en limpieza y transparencia, y muy cerca de Ti, mi amado Dios y Señor. Amén.

----- () -----

**PARA RESPUESTAS A LAS PREGUNTAS**

**1)**

**2)**

**PARA REFLEXIONES DEL LECTOR**

**CAPÍTULO VI – LA PALABRA.**  
**La herramienta de trabajo clave de todo discípulo**

Éste es el cuarto peldaño que tratamos. El orden en que los vamos desarrollando no debe tomarse en forma estricta, ni tampoco debe utilizárselo para intentar establecer la mayor importancia de uno sobre otro.

En realidad cada uno es imprescindible, y así como en una escalera no se debe ni puede dejar un peldaño sin colocar, en nuestra escalera imaginaria hemos de cuidar bien de no dejar ninguno sin levantar, pues todos son indispensables para alcanzar resultados plenamente satisfactorios.

La palabra de Dios – la Biblia – es, como decimos en el título, la herramienta de trabajo clave de todo discípulo. Se puede afirmar sin temor a equivocarse que el trato diario que le damos a la Biblia es un índice, si no exacto, por lo menos bastante aproximado, de nuestra relación con el Señor. Todo discípulo debe darse a su lectura y estudio cada día, si es que ha de enraizarse y afirmarse sólidamente en la fe.

Dios ha dispuesto las Escrituras en una forma tal que, sin la iluminación del Espíritu Santo, que en realidad es su inspirador y autor, cualquiera que las lee las encuentra difíciles de comprender y halla en ellas cosas que parecen o bien contradictorias, o aun totalmente desconcertantes e inaceptables.

En Mateo 11:25 tenemos estas palabras de Jesús:

*“Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños.”*

Esto nos confirma que es por la revelación divina que se comprenden y reciben las cosas de Dios. Pero además nos añade que la tierra fértil para esa revelación la constituyen los corazones de personas sencillas, que se sienten y saben pequeñas y necesitadas, y que en una actitud humilde y sumisa escuchan o leen la palabra.

Esto no quiere decir que una persona inteligente y con una mente lúcida y perceptiva quede de por sí descalificada. Se dan por cierto muchos casos de esa índole que reciben dicha revelación, pero ello no se debe a su capacidad o inteligencia, sino por la disposición tierna y mansa que han de tener en su corazón, y que a la postre resulta el factor determinante para el Señor.

Con todo, en la práctica no son muchos por cierto los doctos y eruditos eminentes que tienen tal disposición de corazón. Es por eso que en 1ª. Corintios 1:26 Pablo nos dice:

*“Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles.”*

Y lo que recogemos de todo esto es que en el estudio y manejo de las Escrituras debemos tener una actitud de humilde y tierna dependencia del Espíritu Santo. Así le permitiremos a Él edificarnos, fortalecernos y enriquecer nuestro caudal de la sabiduría y el conocimiento de lo alto que fluye a través de las Escrituras.

En 2ª. Timoteo 2:15, relacionándolo con el obrero aprobado, Pablo hace referencia al buen uso de la palabra de verdad como una de sus virtudes características. En el original griego el término que se emplea significa literalmente *cortar*, usado en la acepción de *trazar* correctamente.

Una parte muy importante de ese trazado correcto es comprender que la Biblia es una revelación progresiva, que a través de todos los pactos que contiene en el Antiguo

Testamento, nos va llevando hasta el Pacto Nuevo, actualmente en plena vigencia. El mismo es inmensamente mejor que el antiguo de la ley mosaica, por estar basado en mejores promesas, cumplidas a través de la obra redentora de nuestro Señor Jesucristo.

Sería demasiado extenso tratar esto con amplitud, pero remitimos al lector estudioso a nuestro libro “Las Sendas Antiguas y el Nuevo Pacto”, particularmente a los capítulos IV al X, y el XI, que consigna una tabla que sintetiza los principales contrastes y diferencias entre el Antiguo y el Nuevo Pacto. El estudio cuidadoso de este material le ayudará a una comprensión correcta y criteriosa de este tema, y contribuirá también a aportarle una visión panorámica amplia y acertada.

Hoy día se advierte un incremento de toda suerte de enseñanza tendiente a socavar la fe y confianza en las Sagradas Escrituras. Siempre ha sido así, pero actualmente la proliferación insidiosa de esta corriente está penetrando más que nunca en muchos lugares de la iglesia. Doctores en Teología y Filosofía y Letras, ya sea por la prédica oral o por sus escritos, dan claras muestras de que no creen que toda la Escritura sea divinamente inspirada, intimando tácitamente que tanto Cristo como Pablo estaban equivocados al afirmarlo (ver Juan 10:35 y 2ª. Timoteo 3:16).

En estos días de tanta apostasía y engaño, todo buen discípulo debe aferrarse firmemente a la palabra de verdad, para no caer en herejías ni desviarse del santo camino que nos ha trazado el Señor en la maravillosa Biblia.

El hecho de que hay cosas en ella que nos resultan difíciles, e incluso que parecen contradictorias, no ha de minar en ninguna forma nuestra fe inquebrantable en la palabra de verdad. Hay por cierto cosas que no entendemos, pero el hecho más importante es que aquello que realmente necesitamos saber en cuanto a la vida cristiana y cómo conducirnos en ella, está por demás claro y puesto totalmente a nuestro alcance. Lo demás – lo que escapa a nuestra comprensión – lo dejamos en las buenas manos del Señor, que a su debido tiempo nos hará entender todas las cosas.

Recordemos la sabia sentencia de Deuteronomio 29:29

*“Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios; mas las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre, para que cumplamos todas las palabras de esta ley.”*

No está demás que concluyamos este breve pero importante capítulo con un consejo muy importante.

Algunos, para interiorizarse y así poder rebatir corrientes erróneas, ya sea de falsa doctrina, sectas falsas o el ocultismo en sus diversas ramas, se han dado a un estudio detallado de ellas. Tristemente, en más de un caso han caído presos en el error y terminado completamente apartados de la verdad y la sana doctrina.

El argumento que se esgrime para animar a que se hagan esos estudios es muy sutil: antes de poder hablar con conocimiento de causa sobre una secta, doctrina o práctica, se la debe conocer debidamente – de otra forma uno está opinando sobre lo que no conoce.

Muy sutil como decimos. Pero siguiendo ese razonamiento nos pasaríamos la vida entera indagando en las mil y una corrientes falsas en boga en la actualidad. Y de hecho, dejaríamos de lado la labor primordial a que hemos sido llamados.

Al conocer de veras la verdad, sabemos que todo el mundo yace bajo el maligno, y que toda doctrina que no concuerda con la Biblia y la enseñanza de Cristo, proviene de un humanismo que prescinde de Dios y que, en muchos casos, responde a la inspiración satánica.

Y el consejo más sano es dedicarnos cada día con el mayor ahinco a la lectura y el estudio de la palabra de Dios. Así nos llenaremos de la verdad, lo cual nos ayudará más que ninguna otra cosa a detectar lo que es falso y erróneo, a la vez que nos inoculará contra todas las nefastas corrientes de error en estos días tan trascendentes y peligrosos.

Preguntas.-

¿Cree Ud. que es aconsejable o contraindicado que un discípulo se dé a un estudio minucioso de la enseñanza de sectas falsas y de las distintas ramas del ocultismo?

¿Por qué?

¿Qué piensa Ud. que es la forma más sabia de proceder en cuanto a pasajes de la Biblia que le resultan difíciles de entender, o que le parecen contradictorios?

Oración.-

Padre Celestial, ¡cuánto te agradezco por darnos el regalo maravilloso de la Biblia, Tu libro incomparable! Muchas gracias por las veces que a través de ella me has hablado, advirtiéndome de peligros, confirmándome Tu voluntad, o bien corrigiendo, animando o consolándome.

Te pido que me ayudes a valorarla debidamente, de tal manera que sea sin lugar a dudas el primer y más importante libro de mi vida.

Y también concédeme la gracia de leerla y estudiarla con la disposición tierna de un niño, totalmente necesitado y dependiente de Ti, tanto para comprenderla como para encontrar en ella perlas y joyas Tuyas que habrán de enriquecer mi vida, y, a su tiempo, la de otros también. Amén.

----- ( ) -----

**PARA RESPUESTAS A LAS PREGUNTAS**

**1)**

**2)**

**3)**

**PARA REFLEXIONES DEL LECTOR**

## **CAPÍTULO VII – LA ORACION**

Hemos puesto estos dos peldaños – el de la palabra y la oración – el uno inmediatamente después del otro, por estar estrechamente vinculados y complementarse mutuamente en todos los órdenes de la vida cristiana.

Nuestra oración adquiere solidez y consistencia con el apoyo y respaldo de la palabra. Al mismo tiempo, nuestra lectura y estudio de las Escrituras reciben inspiración, vida y frescura cuando se los sustenta y fortalece con la oración. Las dos cosas se necesitan entre sí, y todo discípulo debe comprenderlo claramente y habituarse al cultivo asiduo de ambas.

Hace unos buenos años, un siervo de Dios, estando de vacaciones, descuidó la oración dedicándole poco tiempo. En parte lo hizo por cansancio y el deseo, como pensaba, de relajarse; pero en parte también por tantas otras cosas atractivas e interesantes que encontraba que podía hacer.

Al segundo o tercer día empezó a sentir pesadez y un estado de ánimo decaído. Preocupado por ello, inquirió del Señor sobre la causa, y bien pronto pudo entender que se debía a haber dejado de lado lo más importante de su vida: el cultivo de la oración y su relación personal con el Señor.

Con el correr de los años, en varias ocasiones le sucedió algo parecido, aunque no necesariamente estando de vacaciones, sino abrumado por muchas diversas tareas y obligaciones. El toque de atención del Señor en cada caso se fue repitiendo fielmente, ante el olvido, generalmente involuntario o provocado insensiblemente por las exigencias de deberes y quehaceres materiales.

Pero por fin la lección quedó cabalmente aprendida – a veces ¡cuán lentos y torpes somos para aprender! – y desde hace ya un buen tiempo, se ha hecho la norma de anteponer a toda actividad, salvo casos de absoluta fuerza mayor, esa hora de oración y comunión como una regla constante, aun durante sus vacaciones.

Ni qué decir que los beneficios que esto le ha traído han sido y son considerables, y además, sus vacaciones, lejos de entorpecerse o hacerse pesadas, se han vuelto más completas y de mayor contenido.

Sí, la oración, debidamente acometida, es una fuente de bendición – no una labor árida y pesada – y aunque a través de ella indudablemente que otros son tocados y bendecidos, debemos entender que el primer beneficiado es el que la practica.

En realidad, no podría ser de otra manera, puesto que orar de veras supone acercarnos a Dios y tocarlo, a la par que permitir que Él nos toque a nosotros. Esto de por sí nos garantiza un beneficio seguro, junto con la dicha y el alto bien de experimentar que el Eterno Dios ponga sobre nosotros Su mano potente, sabia y amorosa. ¡Qué privilegio insondable!

La verdad es que no hace falta insistir mucho sobre la necesidad primordial de orar. Es algo que está tan rotundamente subrayado y enfatizado, sobretodo en los evangelios y las epístolas del Nuevo Testamento, que cada discípulo, sin excepción, lo tiene que tener bien claro.

Donde radica el problema es en llevarlo a cabo. Las muchas actividades y múltiples demandas de la vida en estos tiempos de continuo ajeteo, hacen que la mayoría queden envueltos en un círculo vicioso, que a la postre les deja muy poco o ningún tiempo – y a veces apetito – para la tarea más importante de todas: estar dedicado a comunicarse con el Trono Celestial en forma exclusiva y sin interrupciones de ninguna índole.

Presentamos aquí tres puntos tendientes a corregir esa gran deficiencia.

Primeramente, comprender con toda claridad que la medida de nuestra utilidad, a los fines de alcanzar resultados que perduren por la eternidad, estará dada por el mayor o menor grado en que nos demos a la oración.

En segundo lugar, en virtud de lo anterior, tomar ante el Señor una decisión seria, responsable y consecuente, de apartar un buen rato cada día para dedicarnos exclusivamente a la oración. No queremos ser puntuales en cuanto a la duración de ese tiempo, pues entendemos que el Señor da medidas distintas de capacidad para orar, y cada uno debe saber la suya, pero esto se deberá hacer siempre con miras de ir logrando un crecimiento y un aumento progresivo, y recordando que aquí también se aplican las palabras de 2a. Corintios 9:6:

*“...El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará.”*

Y en tercer lugar, reconociendo la absoluta incapacidad de orar como conviene librados a nuestros propios recursos, buscar sinceramente y en tierna dependencia, la ayuda y gracia del Espíritu Santo.

Nuestra experiencia en este sentido es que, cuando le buscamos de verdad, Él no tarda en responder.

----- ( ) -----

#### Como no se debe orar.-

Interrumpimos ahora la tónica seria de lo que venimos diciendo, para ilustrar varios puntos prácticos con algunas anécdotas algo risibles.

Hace varias décadas, un misionero canadiense que había levantado una congregación en el Sur del Paraguay, notó que en las reuniones de oración sucedía algo que le desagradaba mucho. Cada uno de los creyentes, después de orar en voz alta, aprovechando el momento oportuno, salía sigilosamente del local de reunión y se marchaba. El resultado era que después de una media hora, aparte de él y su esposa, sólo quedaba un puñadito de fieles - ¡el grueso de la congregación había desaparecido!

Evidentemente, esto demostraba una franca falta de espiritualidad. En lugar de ello, había

una mezcla de querer “quedar bien” cumpliendo ante el misionero, con un deseo todavía mayor de marchar para atender a otras cosas que les interesaban más que la oración.

No cabe duda que este proceder era incorrecto, pero fue muy curiosa la forma en que el misionero intentó remediarlo.

*¡Encerrados en el local!*

Anticipándose a los acontecimientos, en una reunión siguiente, a una altura muy temprana de la misma y cuando todos estaban con los ojos cerrados, sin hacer el menor ruido, se deslizó hasta la puerta de entrada ¡y le echó llave!

A continuación, uno de los primeros “fugitivos”, muy pronto después de pronunciar su oración, encontró lo que le parecía el momento oportuno para marcharse. Sin saber lo que había pasado, se dirigió en puntas de pie hacia la puerta. Al llegar a ella y encontrar que no la podía abrir, hizo un intento vano de empujarla, y dándose cuenta que estaba con llave, volvió a su asiento muy contrariado.

Muy pocos minutos más tarde sucedió lo mismo con un segundo y luego con un tercero, hasta que por fin los demás cayeron en la cuenta de lo que había pasado y ¡tuvieron que resignarse a seguir encerrados hasta el final de la reunión!

No creemos que este método, que equivalía a obligarlos a quedarse a orar en contra de su voluntad, haya dado resultados verdaderamente satisfactorios. Pero el misionero, que conocía bien a su congregación, posiblemente había tratado infructuosamente de impartirles un espíritu de oración, y como último recurso, decidió tratar de subsanar la deficiencia con las mismas armas carnales que empleaban ellos.

Vemos en esto, sin embargo, una analogía interesante y provechosa. A veces discípulos del Señor que debieran estar orando, dejan de hacerlo para entregarse a otros quehaceres. Entonces, no son pocas las ocasiones en que Dios permite que se les presenten contrariedades, frustraciones y problemas en los cuales, a la postre, quedan atrapados y encerrados. Y es ahí donde forzosamente no les queda otro remedio que buscar al Señor, clamar y ponerse a cuentas con Él. Así aprenden, a las malas, lo que no han podido aprender a las buenas – que la oración asidua y perseverante nunca debe ser abandonada o dejada de lado por quien aspire a ser un buen discípulo.

También recuerda el autor un comentario risueño de un condiscípulo suyo en tiempos en que estudiaba en un centro de enseñanza bíblica, hace ya más de medio siglo. Resulta que este hermanito festejaba el hecho de que una hermana, en las reuniones de oración ponía su mano sobre su rostro mientras se estaba orando, pero con los dedos separados uno de otro, de manera que con los ojos abiertos disimuladamente observaba a los demás.

Casi no hace falta señalar que la pregunta que había que hacerle a este hermanito condiscípulo fuera:

“Y tú ¿cómo sabes que la hermana hace eso?”

Lo que nos lleva a otro recuerdo más reciente. En la ciudad de Sevilla, hace unos diez o doce años, un joven, muy preocupado, le planteó al autor una inquietud. Había leído un libro en el que se afirmaba – al parecer como un importante descubrimiento – que en ninguna parte de la Biblia se nos dice que debemos orar con los ojos cerrados. Quería saber entonces qué opinaba al respecto.

La respuesta no pudo ser otra que la de exhortarlo a no preocuparse por el tema, como si fuera algo de gran trascendencia. Sencillamente que determinase para sí cómo oraba mejor él – con los ojos abiertos o cerrados - y procediera en consecuencia.

A veces, por pequeñeces insignificantes se puede entrar en polémicas totalmente infructuosas y perjudiciales. Si se le diese a este punto tan sencillo y elemental una importancia desmedida, muy bien se podría desembocar en una división totalmente innecesaria y absurda: los que oran con los ojos cerrados y los que lo hacen con los ojos abiertos!

Cosas externas y superficiales como ésa poco y nada edifican, y pueden desviarnos de lo que más interesa: acercarnos al Señor en verdadera oración y comunión, en la forma en que a cada uno le resulte más propicia o favorable.

Hace unos buenos años, en una determinada etapa, el autor tenía el ligero problema de tener la vista un poco cansada – problema que afortunadamente quedó superado más tarde. Pero en ese entonces, el esfuerzo para su vista de leer la palabra lo compensaba con el descanso que le daba al mantener los ojos cerrados en la oración. Era una razón más para él, añadida al hecho de que en esa forma encontraba y encuentra hasta el día de hoy, más fácil el concentrarse y tener comunión con el Señor. Así que para él, orar con los ojos cerrados es la mejor manera.

No obstante, si otros *de verdad* encuentran que lo hacen mejor con los ojos abiertos, nadie se lo debe ni puede impedir, ni tampoco debe ser juzgado o criticado por ello.

Un tercer recuerdo data del año 1951 – ¡hace más de cincuenta años!

En la iglesia donde se congregaba quien esto escribe, se habían convocado reuniones extraordinarias de oración. Un hermano, no enterado del por qué de esas reuniones, y en cierto desacuerdo, preguntó al principio de una de ellas:

“Yo quisiera saber cuál es el propósito de estas reuniones.”

El anciano que la presidía era una persona muy tierna y entrañable – un verdadero osito Panda – pero padecía de sordera parcial. No entendiendo la pregunta, pensó que sería algún otro tema que se presentaba para la oración, y con una sonrisa inocente y amorosa replicó:

“También podemos orar por eso.”

En realidad, inconscientemente había acertado con la respuesta. Debido a la situación imperante, habría sido contraproducente tratar de entrar en detalles y explicaciones, y nada más sabio que pasar a orar dejando de lado la pregunta.

Desde entonces, el autor y su esposa, que en ese tiempo también se congregaba en la misma iglesia, si bien todavía no habían contraído matrimonio, han retenido esa respuesta de ese querido anciano, como algo célebre, aunque con algún matiz de comicidad.

Cada vez que se presenta una pregunta o cuestión sobre algún tema escabroso, o bien que se estima oportuno evitar, o por lo menos postergar, se pronuncian con énfasis las famosas palabras del querido anciano:

**¡TAMBIÉN PODEMOS ORAR POR ESO!**

Y la moraleja derivada de esta anécdota es que hay situaciones embarazosas, o bien que parecen insolubles o difíciles de encarar al presente. En tales casos no es aconsejable precipitarse a buscar una rápida respuesta, sino encomendarlas en oración y esperar el

momento en que el Señor madure las cosas para darle solución.

Dejando de lado las anécdotas, pasamos ahora a agregar que la oración también constituye una actitud de tierna y confiada dependencia del Señor en todos los aspectos de la vida.

En lo material como en lo espiritual; en lo grande como en lo pequeño; en lo que es público como en lo privado e íntimo, nos sirve como vía de comunicación para compartir nuestras necesidades y aspiraciones, nuestros éxitos y fracasos, nuestras tristezas y alegrías – en fin, todo lo que hace a la vida – con el Ser al cual amamos, del cual somos y al cual servimos y honramos por encima de todos los demás.

Como en todas las demás facetas de la vida cristiana, en la oración Jesús es nuestro modelo perfecto, en el más amplio sentido de la palabra.

Esto se comprueba en los cuatro evangelios, todos los cuales nos dan muchas muestras del lugar fundamental que ocupaba la oración en Su vida.

De los cuatro es quizá Lucas el que más lo hace resaltar. El discípulo estudioso y con verdadero anhelo de progresar y ahondar, podrá estudiar este evangelio con mucho provecho desde ese punto de vista – el de la vida de oración del Maestro y Su enseñanza sobre el tema.

Aquí va una lista de algunas formas que aparecen en Lucas, en que nos enseñó que se debe orar, ya sea por Su prédica o por Su ejemplo:

- 1) El Padre nuestro;
  - 2) Siempre y no desmayar;
  - 3) Con perseverancia;
  - 4) Con importunidad;
  - 5) Sin rencor contra nadie;
  - 6) Con fe;
  - 7) Prolongadamente, especialmente antes de las decisiones importantes;
  - 8) Con intensidad, sobretodo en la prueba;
  - 9) Al ser bautizado;
  - 10) Para que el Espíritu Santo nos sea dado (en primera instancia, y posteriormente para cada tarea que tengamos que acometer);
  - 11) Velando y no descuidándonos;
- Con contrición y reconocimiento de nuestro pecado y no aduciendo méritos propios.

Adicionalmente, en el pasaje de la transfiguración (9:28-36), vemos entre otras cosas, dos de mucha importancia.

La primera es que al subir al monte con Pedro, Juan y Jacobo, lo hizo con el fin de orar allí. Esto echa de ver que hay ocasiones especiales en que es aconsejable aislarse por completo del bullicio y el ajetreo, para darse a la oración en las condiciones más propicias.

En segundo lugar, y siempre en el relato de Lucas, vemos que la transfiguración fue la consecuencia que en ese caso se derivó de la oración. Es decir que no subió al monte para transfigurarse, sino para orar, y así la transfiguración fue un resultado de Su oración.

De esto, como un principio vivo, podemos afirmar que la oración real y ferviente, siempre acarrea beneficios inmediatos para el que la practica, aun cuando ore por otros y no por sí mismo.

Notemos lo que nos dice el texto:

*“Y entretanto que oraba, la apariencia de su rostro se hizo otra, y su vestido blanco y resplandeciente.”(9:29)*

Vemos aquí el poder transformador de la oración. En la práctica ¡cuántas veces la oración nos cambia la apariencia del rostro! Vamos a orar tal vez abrumados por las cargas, o tristes, preocupados y llenos de ansiedad – con caras que lo están reflejando a las claras. Pero al ponerse en funcionamiento ese poder liberador y transformador, las cargas, tristezas, preocupaciones o ansiedades desaparecen, y nuestros semblantes pasan a reflejar la paz, confianza y alegría que la oración nos ha procurado, por supuesto que, por la virtud del Espíritu Santo.

En cuanto a lo del vestido blanco y resplandeciente, está claro que denota el poder santificador y glorificador de la auténtica oración en el Espíritu. Como no podría ser de otra forma, al tocarlo al Dios santo y glorioso, y Él tocarnos a nosotros, algo más de Su santidad y de Su gloria se nos va impartiendo.

Todo esto tiene necesariamente que ser un incentivo poderoso para que nos demos a la oración cada día con amor y perseverancia. Así, y sólo así, seremos auténticos discípulos – de los buenos de verdad...

### Preguntas.-

¿Encuentra Ud. que la oración es una necesidad diaria en su vida, o puede pasar algunos días sin orar mayormente y no notar gran diferencia?

¿Cree que ha llegado al punto de que no puede vivir sin orar y buscar a diario la comunión con el Señor?

Cuando se presentan problemas agudos o escabrosos ¿prefiere Ud. enfrentarlos frontalmente para darles solución, o encomendarlos al Señor esperando que Él madure y resuelva las cosas?

¿Cuándo le parece que hay que aplicar el primer criterio y cuándo el segundo?

Identifique el versículo o pasaje de Lucas que corresponde a cada una de las doce formas en que Jesús nos enseñó que se debe orar, listadas en este capítulo.

### Oración.-

Señor, te confieso que muchas veces he sido remiso a buscarte en oración como debiera, y que también me encuentro muy torpe en la oración cuando la practico. Por eso te suplico con toda sinceridad que Tu Espíritu ponga en mi corazón un anhelo santo de buscarte de veras cada día, y de empapar mi ser interior en Tu presencia. Gracias por las veces que ya lo he experimentado en alguna medida, pero quiero vivirlo mucho más que hasta ahora.

Sé que sólo así podré irradiar a otros una mayor dimensión de Tu gracia y Tu gloria.

Espero y confío en Ti, Señor. Amén.

-----()-----

**PARA RESPUESTAS A LAS PREGUNTAS**

**1)**

**2)**

**3)**

**4)**

**5)**

**PARA REFLEXIONES DEL LECTOR**

**CAPÍTULO VIII – La laboriosidad y generosidad**

En este capítulo añadimos un peldaño más a la escalera que estamos construyendo. Todos, absolutamente todos, tienen suma importancia, por no decir que son completamente imprescindibles, y reiteramos que el orden en que los vamos presentando, no necesariamente le da preferencia ni superioridad a uno sobre otro.

### La laboriosidad.-

Huelga decir que quien sea haragán o perezoso nunca llegará a ser un buen discípulo, a menos que se enmiende y se convierta en una persona diligente y activa.

Como muchas veces se ha señalado, no encontramos en la Biblia ningún caso de alguien que el Señor haya llamado a Su servicio estando ocioso o de brazos cruzados.

La parábola del padre de familia que salió a contratar obreros para su viña (ver Mateo 20:1-16) podría parecer a primera vista una excepción. Sin embargo, si leemos con cuidado notaremos que los obreros de la parábola estaban desocupados *porque nadie los había contratado* (versículo 7), pero al ofrecérseles trabajo todos aceptaron de buen grado.

En realidad, nuestra laboriosidad y diligencia en la labor cotidiana que nos toca, es un requisito indispensable para poder incorporarnos al discipulado con una buena base.

Sabemos por la experiencia, que el trabajo honrado y consecuente es algo que nos hace mucho bien, dándonos la dignidad mínima pero muy deseada, de ganarnos el pan limpio y honestamente.

Por el contrario, cuando uno no se lo gana – salvo circunstancias muy especiales, como de incapacidad física o alguna otra - se cae en la indignidad de vivir en dependencia de algún otro para el sostén. Si esto se prolonga indefinidamente, las consecuencias a la larga siempre serán muy negativas.

En el caso de la liberación y rehabilitación de droga-adictos esto es algo a tenerse muy en cuenta. A menudo se celebra que uno de ellos quede liberado de la droga al convertirse, y es lógico que así sea, pero ése sólo es el primer paso.

A veces hemos visto casos como éstos, en que muy pronto después de convertirse se les da lugar para que den su testimonio dentro de la iglesia o en reuniones de evangelismo al aire libre, etc. Paralelamente a eso, aprenden a tocar la guitarra y van entonando canciones y hasta liderando la alabanza en las reuniones, lo que les da un sentir de tener ya, a esa temprana altura, un ministerio espiritual, incluso con aspiraciones de pasar directamente al servicio a tiempo completo.

Algo que debe comprenderse con toda claridad, es la necesidad de que, antes de nada, *se les restaure en el área de la capacidad y la voluntad de trabajar para su propio sostén*, que es algo que la droga en la inmensa mayoría de los casos le quita a sus víctimas. Y no sólo eso, sino que también sepan administrar correctamente el dinero ganado, venciendo en forma clara y definida la tentación de gastarlo en drogas, cigarrillos, el alcohol u otras cosas indebidas.

Sin esto que llamamos *la dignidad mínima* de ganarse el pan limpio y responsablemente, y administrar correctamente y con pleno dominio propio el dinero percibido, nunca habrá una base sólida sobre la cual edificar.

Como una excepción muy especial e inusual, debemos citar casos particulares de personas claramente llamadas por el Señor para Su servicio desde una edad temprana. Se da por

sentado que no se trata para nada de personas que hayan estado atrapadas en la droga o vivido un pasado turbio y disoluto, sino que por el contrario, desde la niñez han tenido una trayectoria limpia y recta, humanamente hablando. Llamados por el Señor al terminar sus estudios, darán muestras inequívocas de la legitimidad de su llamado con una laboriosidad consciente y esmerada, que habrá de ser manifiesta a cuantos les rodeen y conozcan.

Casi todo lo dicho hasta ahora ha sido con relación al trabajo seglar para ganarse la vida, y la razón, claro está, es que solamente habrá una base firme para la labor de un discípulo del Señor, si

ha andado y anda con pie firme en ese terreno. Lo reiteramos: quien aspire a ser un buen discípulo, pero su desempeño en la tarea cotidiana no ha sido satisfactorio, tendrá primeramente que corregirse plenamente en esto último – de otro modo sus aspiraciones nunca se verán bien cristalizadas.

Ahora bien – la verdadera laboriosidad de un discípulo no ha de entenderse como un activismo incesante, corriendo de aquí para allá para cumplir un gran número de tareas o compromisos.

Debemos puntualizar que a todos Dios nos ha hecho distintos, y Su propósito con unos no es el mismo que con otros. Así por ejemplo, de algunos que tengan un auténtico llamado a la oración e intercesión, no deberá esperarse lo mismo que de otros con vocación al evangelismo, o a las visitas pastorales, o a la enseñanza.

Lo importante y fundamental es que no se malgaste el tiempo, ni se desperdicien las oportunidades que se presentan para llevar adelante la tarea que a cada uno le corresponde. En este último sentido, cada discipulador deberá ayudar a sus discípulos a descubrir su función y llamado, entre otras razones para evitar derroche de tiempo y energías en labores a las cuales en verdad no han sido llamados.

Esto es muy importante, y en el capítulo XII – *Conocer su verdadero lugar y función* – hemos de tratarlo con cierta amplitud.

El servicio del Señor presenta una gran variedad de matices en todos los aspectos, incluyendo el que nos ocupa de la laboriosidad. Así tenemos, por ejemplo, días, semanas, o aún etapas de mayor duración, con intenso trabajo, en la disciplina del combate, y, como solemos decir, al pie del cañón.

No obstante, esto no puede darse como una constante ininterrumpida, pues nuestro organismo físico y emocional y nuestro sistema nervioso no lo podrían sobrellevar. Y así el Señor sabiamente dispone para nosotros tiempos de menor intensidad y presión en las labores, y también intervalos de descanso y aun de recreo – todo esto con el fin de refrescarnos y renovarnos.

También en cuanto a los tiempos de descanso o vacaciones, tenemos diferencias marcadas entre unos que siendo predicadores, por ejemplo, necesitan descansar del púlpito dos, tres o cuatro semanas, mientras que otros encuentran que aun en esos tiempos necesitan predicar y lo disfrutan, aun cuando lo hagan en menor medida que la normal.

En fin, que debemos reconocer que a cada uno Dios nos ha dado una función, una medida y un grado de salud y fuerzas, que muy bien pueden ser distintas – mayores o menores que las de los demás – pero que constituyen, al final de cuentas, lo que Dios en verdad nos ha

dado a cada uno.

Extralimitándonos, queriendo hacer más de lo que corresponde, es un error contraproducente, como también lo es el quedarnos cortos y no cumplir con lo que en realidad somos llamados a hacer.

### Ejemplos prácticos.-

Encolumnar cada uno de los siguientes ejemplos prácticos, identificándolos por su número correspondiente, bajo el encabezamiento que crea más adecuado de entre los siguientes:

INADMISIBLE – ADMISIBLE – DESACONSEJABLE – ACONSEJABLE – JUSTIFICADO – ENCOMIABLE

Pasarse horas en el internet y así quedar agotado y sin fuerzas ni ganas para orar o estudiar la palabra.

- 2) Asistir puntualmente, aun en días de lluvia.
- 3) No asistir a una reunión de discipulado (o de iglesia) o pedir que se la postergue o deje sin efecto, porque a esa misma hora el equipo favorito ha de jugar un partido muy importante.
- 4) Interrumpir el programa de trabajo por no sentirse “en la onda”, o más bien desganado.
- 5) Cumplir cada compromiso de visita a un hermano o a un inconverso interesado, preparándose en oración y llegando con puntualidad.
- 6) Faltar a la clase por agotamiento físico y nervioso.
- 7) No llamar de antemano pidiendo disculpas por no poder asistir.
- 8) Obsesionarse con el fútbol, o cualquier otro deporte, hobby o pasatiempo, al punto que se va a la ocupación propia de un discípulo a la disparada, y con la mente llena de lo que se ha estado haciendo o mirando
- 9) No asistir a la clase de discipulado por malestar debido a una corrección que le hizo el discipulador en la clase anterior.
- 10) Visitar a un enlutado y quedarse un buen rato a su lado para consolarlo.
- 11) Estudiar superficialmente y con prisa los temas de las últimas clases.
- 12) Dedicarse a estudiar escatología a fondo para poder rebatir a condiscípulos que considera que tienen posturas equivocadas.
- 13) Estudiar escatología con moderación, al solo fin de alcanzar conclusiones satisfactorias y sin buscar entrar en polémicas con nadie.
- 14) Anotar cuidadosamente en su agenda cada compromiso de labores contraído, con el fin de cumplir debidamente siempre, y de cerciorarse que esté trabajando lo suficiente y no dejando huecos grandes y prolongados.
- 15) Visitar a personas cuya compañía le resulta simpática y amena, desatendiendo a otras más necesitadas, por ser menos interesantes y algo aburridas.
- 16) Prometer visitar a alguien a una hora determinada, pero llegada esa hora olvidarse por completo
- 17) Hacer varias visitas una misma tarde, pero todas ellas breves, con el fin de “sumar puntos” en el informe de actividades.

18) Quedarse prolongadamente con alguien muy deseoso de conocer al Señor, aunque se llegue tarde a cenar.

19) Llamar de antemano para disculparse porque no va a poder efectuar una visita previamente programada, sin dar razones ni ofrecer otra fecha oportuna.

20) Ocuparse preferentemente de compromisos o visitas a personas o iglesias que piensa que le van a hacer alguna retribución económica.

21) Preferir visitar a una persona muy necesitada y deseosa de recibir ayuda y consejo, aunque sepa que no podrá recompensarle por tener muy pocos medios económicos.

22) Orar con diligencia por cada persona visitada, ya sea para que se convierta, se recupere en su salud, sea restaurada o bien consolada o animada.

23) Trazarse un programa de trabajo muy intenso, pero que le hará desatender a su esposa, hogar e hijos.

Leer y estudiar minuciosamente todos los libros recomendados sobre cada tema por ser muy adepto a la lectura y el estudio, pero al precio de dejar sin cumplir varias de las labores prácticas que le corresponden.

25) Ser una “Marta” que está tan absorbida por quehaceres cotidianos que descuida las cosas de valor eterno.

Darse con mucho empeño a la oración y el estudio de la palabra, pero sin desatender sus obligaciones diarias.

Darse con mucho empeño a la oración y el estudio de la palabra, pero dejando sin cumplir algunas de sus obligaciones como padre, madre, hijo, enfermero, estudiante, o lo que fuere.

Siempre tener lista una excusa o disculpa por haber llegado tarde o no haber cumplido las tareas que le correspondían.

Negarse a hacer una visita a alguien que la solicita urgente y sinceramente, por haber cumplido ya el cupo asignado, o bien por estar a punto de comenzar un programa de televisión que le resulta muy interesante

Buscar siempre la guía del Señor para cada día, y la gracia del Espíritu para cumplir cada labor con amor y la mayor dedicación.

----- ( ) -----

### Preguntas.-

¿En qué versículo dice que si alguno no quiere trabajar tampoco coma?

En 1ª. Corintios 15:10 Pablo señala que él había trabajado más que todos los demás apóstoles, pero no él sino la gracia de Dios.

¿Considera que era una afirmación jactanciosa, o sencillamente que estaba afirmando un hecho evidente y bien conocido?

De los adjetivos o frases que figuran a continuación, haga dos columnas, indicando cuáles corresponden al trabajo por nuestras propias fuerzas y planificación, y cuáles al obrar con la gracia de lo alto y en la voluntad de Dios.

Fructífero - 2) Estéril - 3) Glorifica a Dios y no al hombre – 4) Árido – 5) Exigente pero con fuerza interior que nos capacita – 6) Agotador y frustrante – 7) Con conciencia del respaldo del Espíritu Santo – 8) Con fuerza de voluntad y determinación de alcanzar las

metas que nos hemos propuesto – 9) Infructuoso – 10) Consciente de que no es uno mismo el que dirige las cosas – 11) Móvil oculto de glorificarse uno mismo – 12) Con reposo interior a pesar del esfuerzo o sacrificio que se realiza.

----- ( ) -----

### **PARA RESPUESTAS A LAS PREGUNTAS**

**1)**

**2)**

#### **Para hacer las dos columnas.**

##### La generosidad.-

Incluimos la generosidad como parte del mismo peldaño de la laboriosidad, por estar las dos cosas estrechamente vinculadas, por lo que habremos de comentar más adelante.

*“...el generoso pensará generosidades, y por generosidades será exhaltado.” (Isaías 32:8)*

*“Hay quienes reparten, y les es añadido más;  
Y hay quienes retienen más de lo que es justo, pero vienen a pobreza.  
El alma generosa será prosperada; y el que saciare, él también será saciado.” (Proverbios 11:24-25)*

¡Con qué exactitud la querida Biblia pone los puntitos sobre las íes en todos los aspectos de la vida! Ninguna como ella para puntualizar con clara y lógica elocuencia el verdadero camino a seguir, especialmente cuando el mismo va en sentido diametralmente opuesto a lo normal y acostumbrado en la sociedad y el mundo en que vivimos.

Los tres hermosos versículos que hemos citado, muy probablemente serían vistos con desaprobación, e incluso con una burla escéptica, por la mayoría de las personas del mundo materialista que nos rodea. Para ellos lo más sabio es amontonar dinero y riquezas, y a veces sin vacilar ni preocuparse si los medios para hacerlo no son del todo lícitos.

Ésta es otra de las formas en que queda demostrado que el espíritu de este mundo va totalmente en contra del camino de Dios, Quien por su parte es, por el contrario, singularmente liberal y generoso.

Se cuenta una anécdota interesante de William Morris, un filántropo y precioso siervo del Señor que en la primera mitad del siglo XX fundó las escuelas Alba para niños pobres en la

Argentina.

Resulta que en más de una ocasión, personas allegadas a él y que lo apoyaban económicamente para las obras que emprendía, lo encontraban en la calle sin abrigo en tiempo invernal. La reacción inmediata era darle uno de su talla y medida para que lo vistiera y no pasase frío.

Sin embargo, a los pocos días lo veían en la calle en pleno frío y otra vez sin abrigo. Al preguntarle por qué no llevaba el que le habían dado, en tono vacilante él les explicaba que se había encontrado con un pobre que estaba pasando mucho frío, y se había visto obligado a dárselo.

Como esto se repitió varias veces, sus amigos tomaron una determinación práctica para evitar que siguiera pasando frío: le regalaron otro abrigo, pero con la expresa salvedad de que era solamente para él – para William Morris – y que se le prohibía terminantemente traspasarlo a otra persona.

¡Sólo así consiguieron que lo retuviese y no pasase frío!

Su himno favorito era el que comienza con las palabras “*Cuando allá se pase lista*”, y los méritos y beneficios de su obra noble, generosa y desinteresada fueron tales, que unos años después de su deceso en la Argentina se rodó una película sobre su vida. El título que se le dio a la misma fue el de esas mismas palabras – “*Cuando allá se pase lista.*”

Y seguramente que en el más allá, junto con muchos más de su misma estirpe generosa y sacrificada, cuando se pase lista de los redimidos que han servido con nobleza y desinterés aquí abajo, el nombre de William Morris será pronunciado con toda claridad en los cielos, honrándoselo como uno de los grandes generosos que pensaba generosidades, y por sus generosidades ha sido exhaltado.

Hemos dado esta anécdota de William Morris en parte para poner de relieve que la generosidad no sólo abarca la esfera del dinero, sino también todo el resto de nuestra vida y actividad. Así, hemos de darnos generosamente en amar y en servir – en orar y estudiar la palabra – en cumplir con ahinco las labores que nos corresponden, y en suma, en todo lo que hace a nuestra vida como discípulos del Señor. Vemos pues, que en un sentido muy real, las dos cosas van de la mano.

No obstante, la esfera del dinero, con parecer algo tan materialista, nos da sin embargo un índice generalmente muy aproximado de la condición interior de cada uno. Quien teniendo los medios necesarios para hacerlo es escaso en dar al Señor, casi siempre está reflejando con ello no tener una relación muy sana con Él.

Antes de dejar su trabajo seglar para dedicarse al ministerio a tiempo pleno, el autor, junto con su esposa, fue llevado por el Señor a un proceso de quemar todos los puentes. Aunque no eran ricos, sin embargo fueron claramente guiados a vender la vivienda que tenían y dar el producido totalmente para la obra del Señor.

Lo mismo pasó con unos aportes jubilatorios adicionales, quedándole sólo los estatales, que era obligatorio conservar.

Aparte de eso, a esas alturas y con un intervalo de muy poco tiempo el uno de la otra, renunciaron a sus derechos a una pequeña herencia que a cada uno le correspondía. Así, se lanzaron al ministerio como misioneros sin tener medios propios ni apoyo o sostén regular de ninguna organización o congregación, si bien fueron enviados con la aprobación y el

apoyo espiritual de varias iglesias a las que estaban estrechamente vinculados.

Fue en esos días que recibieron tres claras promesas del Señor: que Él mismo sería la bendita porción de ellos; que recibirían, a cambio de haberle entregado todos sus bienes, cien veces más, y que desde ese momento, tendrían a su disposición las llaves de la tesorería divina para cualquier necesidad que tuvieran, dentro del ámbito de la voluntad de Dios, se sobrentiende.

Después de más de tres décadas, ambos pueden dar fe, con humildad pero con mucha satisfacción, de que estas promesas han tenido pleno cumplimiento. La segunda, en realidad ha excedido con creces las cien veces, y la tercera también se ha comprobado cabalmente, y más todavía – como norma, el Señor siempre se ha encargado que todo lo necesario – y más también – les llegara, y generalmente por adelantado.

*Es altamente aconsejable que, si todavía no lo ha hecho, el discípulo se fije la norma de diezmar.*

Hay quienes la rechazan, afirmando que fijar un porcentaje es caer en legalismo, y que en realidad, según se sientan guiados, ellos pueden darle al Señor mucho más que la décima parte.

Eso está muy bien, siempre y cuando *lo hagan*. Sin embargo, se ha notado que con frecuencia parece quedar en palabras, y a la hora de la verdad, lo que dan resulta muy exiguo – bien por debajo de los diezmos.

También se sostiene que en el Nuevo Testamento no hay ningún mandamiento sobre los diezmos. No obstante, si leemos con cuidado encontraremos la enseñanza de que todos los que son de fe son hijos de Abraham, y que los tales siguen las pisadas de la fe que él tuvo. Estas pisadas incluyen el dar los diezmos, según consta en el relato de su vida en el Antiguo Testamento y se consigna también en el Nuevo. De donde surge que ser de la simiente bendita de Abraham presupone diezmar.

Además, cuantos lo practican fielmente, siempre encuentran que el Señor corresponde a esa fidelidad con una provisión adecuada, y en muchos casos, más que eso - generosa y abundante.

Las palabras de Jesús en Lucas 6:38 resumen las cosas con mucha precisión:

*“Dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo; porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir.”*

#### Preguntas.-

Indique en qué versículos dice:

Que los que son de fe son hijos de Abraham.

Que los mismos siguen las pisadas de fe que tuvo Abraham.

Que Abraham dio los diezmos (En el Antiguo y en el Nuevo Testamento)

¿Cree Ud. que al dar los diezmos nuestro móvil debe ser recibir más del Señor – a) económicamente – b) espiritualmente – c) ninguno de los dos? – d) ambos? ¿Sí o no? ¿Por qué?

#### Oración.-

Señor, gracias por el enorme privilegio que representa el poder trabajar para Ti. Quiero de verdad ser una persona laboriosa para Ti. Guíame, dándome la sabiduría y el

discernimiento para hacerlo en Tu voluntad. Dispón además mi corazón para que pueda hacerlo con buen ánimo, como algo hecho para Ti y no para ser visto por los demás.

Asimismo te pido Tu gracia para ser generoso en todas las áreas de mi vida, no retaceando esfuerzos, tiempo ni cariño para aquéllos a quienes me encaminas. Y que en la economía, yo pueda dar generosamente y con sabiduría, guiado por Ti, y siempre que sea posible, con mi mano derecha y sin que se entere mi izquierda, tal y cual Tú lo enseñaste. Amén.

----- ( ) -----

### **PARA RESPUESTAS A LAS PREGUNTAS**

**a)**

**b)**

**c)**

**a)**

**b)**

**c)**

**d)**

### **PARA REFLEXIONES DEL LECTOR**

#### **CAPÍTULO IX – La fe.- “Dadme un punto de apoyo y levantaré el mundo.”**

Estas palabras el autor las aprendió hace muchos años de una maestra del ciclo primario, sin que ella precisara dónde o de quién las había oído.

Expresaban y expresan, por un lado el gran potencial que se encuentra en una palanca, y por el otro la imposibilidad de que ese potencial se cristalice sin un punto de apoyo adecuado.

El levantar el mundo en que vivimos, y trasladarlo a otro lugar fuera de su órbita normal alrededor del sol, es un imposible absoluto. Dios lo ha ubicado en el espacio, suspendido en el vacío, y sin punto alguno de apoyo para ninguna supuesta palanca. En lugar de eso, lo ha sujeto a una inexorable ley de gravitación que lo mantiene girando alrededor de sí mismo, y también del sol, en forma simultánea, constante y armoniosa. Alterar o modificar eso es algo que está totalmente fuera del alcance del ser humano.

Pero tomamos esto como una simple metáfora y contraste a la vez, porque para levantar el pequeño mundo de nuestra vida y circunstancias, Dios nos ha dado no solamente una poderosa palanca, sino también un punto de apoyo absolutamente sólido. Y así, el milagro de que nuestro mundo se levante por encima de las bajezas del pecado, la derrota y el fracaso, y alcance las muy codiciables alturas de limpieza, victoria y realización, se hace perfectamente alcanzable y logable.

La palanca es *“la fe que ha sido dada una vez a los santos”* (Judas 3), y el punto de apoyo es *“la palabra de Dios que vive y permanece para siempre.”* (I Pedro 1:23)

Las dos cosas – la fe y la palabra de Dios – se necesitan la una a la otra. La primera no puede usarse en forma arbitraria, por lo menos en lo que atañe al reino de Dios. En cuanto a la segunda, para que sus virtudes y promesas se concreten para el hombre, se hace imprescindible que se las apropie por medio de la fe – sin ella, nada de lo que nos ofrece se hará realidad.

Sin querer entrar en una disquisición teológica sobre el tema, y al solo pero importante efecto de orientar a cada discípulo hacia una comprensión clara y práctica del uso y de los alcances de la fe, distinguimos tres facetas de la misma, claramente delineadas en el Nuevo Testamento.

#### La fe por medio de la cual somos salvos.-

*“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe...”* (Efesios 2:8) y, como hemos visto anteriormente:

*“...los que son de fe, éstos son hijos de Abraham.”*(Gálatas 3:7)

Esta fe se deposita – claro está – en la persona de Jesucristo y Su muerte expiatoria y Su resurrección. No es una fe tradicional basada en un asentimiento mental, sino una fe viva en respuesta al mensaje de perdón y salvación que nos presenta el evangelio.

En la práctica, produce en esencia los mismos resultados que la fe produjo en Abraham – a saber, separarnos y sacarnos del mundo en que nos encontrábamos, y unirnos en nuestro espíritu al Señor, para amarle, seguirle y servirle todo el resto de nuestra vida.

Demás está decir que una fe que no se concreta en estas dos cosas, que son básicas y fundamentales, no es la auténtica que se proclama y se nos enseña en el Nuevo Testamento.

#### La fe como fruto del Espíritu y que hace a nuestra vivencia diaria.-

*“Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe...”*(Gálatas 5:22)

Aquí se trata, como decimos en el subtítulo, de la fe que funciona en el ámbito de nuestro andar cotidiano, a los fines de una correcta relación con el Señor y un caminar acorde con Su voluntad.

Esta fe nos capacita para enfrentar las diversas vicisitudes que se nos presentan, y tenemos la promesa en 1ª. Corintios 10:13:

*“No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar.”*

Esto debe hilarse desde luego con el ejercicio de esa fe:  
“*Velad, estad firmes en la fe...*” (1ª. Corintios 16:13) y  
“*...porque por la fe estáis firmes.*” (2ª. Corintios 1:24b)

La fe como don para el desarrollo de la tarea a que somos llamados.-

“*Porque a éste es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu;*

“*a otro, fe por el mismo Espíritu; y a otro, dones de sanidades por el mismo Espíritu.*” (1ª. Corintios 12:8-9)

Aquí se nos presenta la fe claramente dentro de la esfera de los dones del Espíritu. Sin querer entrar en un estudio detallado de este tema, nos limitamos a bosquejar brevemente el orden divino en que funcionan los dones.

Hay diversidad de ministerios, es decir funciones – los cuales son asignados por el Señor Jesucristo como Cabeza de la iglesia. (1ª. Corintios 12:5)

Para el desarrollo de esos ministerios o funciones hace falta una capacitación, la cual se recibe por medio de uno o más dones del Espíritu Santo. (1ª. Corintios 12:4)

A su vez, esos dones, para ser potenciados necesitan el respaldo de una diversidad de operaciones del poder de Dios. (1ª. Corintios 12:6)

Vemos así como en el funcionamiento de todo esto las tres personas del Trino Dios están estrechamente vinculadas.

Podemos tomar, entre muchos otros, el ejemplo de Jorge Müller y el *ministerio o llamado* que recibió del Señor para acoger y albergar niños huérfanos en el siglo XIX.

Para ello, iba a necesitar fe para recibir de lo alto – casi siempre mucho más allá de los recursos humanos a su alcance – toda la provisión y los fondos necesarios.

Consecuentemente, le fue dado por el Espíritu ese don de la fe que necesitaba para esa obra particular a que había sido llamado, y que desde entonces se ha reproducido y se sigue reproduciendo en tantos lugares del orbe.

A su vez, ese don que le fue dado por el Espíritu, estaba solventado por la operación del poder de Dios para suplir todo lo suficiente, a fin de afrontar las múltiples necesidades que se iban presentando.

Debemos subrayar que *el poder no está en la fe*, como algunos sostienen equivocadamente y en forma directa o indirecta, sino en Dios mismo. La fe es el medio que el Señor ha puesto a nuestro alcance para echar mano de Su provisión y Su poder, pero no es el poder que los concreta. *Ese poder – lo repetimos – está en Dios.*

De lo anterior se desprende claramente que uno no puede asumir arbitrariamente una función y una obra a la cual no haya sido llamado. Y el sello de un genuino llamado será que con él vendrá la capacitación divina para desarrollarlo satisfactoriamente. Parte de esa capacitación será la fe necesaria para responder al llamado y llevarlo a buen fin.

“*...teniendo diferentes dones, según la gracia que nos es dada...útese conforme a la medida de la fe...*” (Romanos 12:6)

“*...los que... siguen las pisadas de la fe que tuvo nuestro padre Abraham...*” (Romanos 4:12)

El estudio de la vida de Abraham y los pasos de fe que fue dando en su carrera,

constituyen un tema muy extenso y apasionante. No nos proponemos tratarlo aquí, pues para hacerle justicia habría que escribir un libro entero. Tal vez, si Dios lo permite, lo intentemos en alguna oportunidad futura.

No obstante, a los efectos de este capítulo, extraemos las palabras *pisadas de la fe*, para poner de relieve que en este camino de la fe, como en todo otro aspecto de la vida cristiana, Dios ha dispuesto la ley del *crecimiento*. El mismo no es algo que acontece de la noche a la mañana, sino un desarrollo paulatino y progresivo.

Es muy importante entender esto claramente, pues aquí es donde algunos se han equivocado, intentando dar *grandes saltos de fe*, cuando su estado de desarrollo era muy temprano y escaso.

Tenemos presente el caso triste pero aleccionador de una persona en un país determinado que hace unos buenos años, a muy poco de recibir una renovación espiritual en su vida, y con muy poca experiencia, pensó en abrir un centro de acogida para personas marginadas. Para ello fijó la vista en un hotel en el centro de una población de cierta importancia, planeando comprarlo para ese fin.

A esas alturas, a poco de entrar en una reunión carismática que se celebraba en las inmediaciones, oyó una profecía pronunciada en términos más o menos como éstos:

*“Entra y toma posesión de la tierra, pues el Señor te la ha concedido.”*

De inmediato tomó esto como confirmación expresa de que debía seguir adelante, y sin vacilar entró en negociaciones para la compra del hotel.

El precio que se le pedía era muy elevado, en consonancia con el valor de la propiedad. No disponía prácticamente de ningún dinero, pero vendió su casa, y con el producido de la venta, que sólo era una pequeña parte del precio del hotel, osadamente firmó contrato, pagándolo como anticipo y comprometiéndose a abonar el resto en un plazo de pocas semanas. No tenía ningún dinero con que afrontar esa fuerte obligación, pero confiaba en que el Señor se lo mandaría.

El caso cobró bastante notoriedad en la zona y en la prensa local llegó a aparecer alguna información sobre el mismo. Corría el tiempo, el vencimiento se acercaba, y no había ningún indicio de que la elevada suma de dinero apareciese. Un periodista llegó a entrevistarle, y al preguntarle qué haría si tuviese que enfrentar las consecuencias legales de no haber cumplido el contrato, sólo atinó a contestar:

*“Lo único que sé es que Dios me dijo que comprara ese hotel”.*

No deseamos ser demasiado críticos, pues todos en una forma u otra en el pasado hemos cometido errores y a veces quizá muy gruesos. Además, la persona a que nos referimos era sin duda muy sincera y tenía las mejores intenciones. Pero como sabemos, eso no basta, y sobre todo en situaciones de esa envergadura es necesario ser muy responsables y cautos y buscar confirmaciones más sólidas.

Hemos consignado este relato porque de él se desprenden dos conclusiones importantes.

Una de ellas es que no todo lo que oímos como profecía es de auténtica inspiración divina, o bien que en nuestra interpretación y aplicación personal podemos mirarla a través de un prisma subjetivo equivocado, a menudo por nuestro deseo natural y humano de que se cristalice algo que hemos estado concibiendo y anhelando.

La otra se relaciona con el tema de la medida de la fe. El hombre al que nos hemos estado refiriendo estaba intentando dar un salto de fe grande y precipitado, que estaba totalmente desproporcionado con su experiencia y desarrollo. El fracaso que sobrevino fue una prueba muy clara de ello.

Como moraleja: - sepamos y comprendamos nuestra medida de fe, y crezcamos en ella, pero no nos precipitemos ni lancemos a saltos irresponsables. En cambio, andemos en las pisadas que la palabra, el Espíritu y nuestra medida nos vayan señalando.

#### Preguntas.-

La acacia es un árbol que crece y se desarrolla en comparativamente poco tiempo, mientras que el cedro lo hace más lentamente y su longevidad es mucho mayor.

¿Cree Ud. que los muy distintos grados de consistencia de la madera de la una y del otro nos señalan algo importante en cuanto al crecimiento? ¿Sí o no?

Si su respuesta es sí, explique en qué consiste.

¿Ha comprendido con claridad las tres facetas de la fe que hemos explicado?

¿En cuál de ellas se siente más firme y mejor desarrollado?

Si se siente vacilante o débil en alguna de ellas ¿qué medidas se dispone a tomar para remediarlo?

#### Oración.-

Señor, al igual que Tus discípulos cuando andaban a Tu lado, yo te pido humildemente que aumentes mi fe. Ayúdame a acompañarla del amor nacido de corazón limpio y de buena y limpia conciencia, a fin de que crezca y prospere.

Ilumíname también para que sea sabio y prudente, para no excederme de mi medida. Por otra parte, dame también la percepción y confianza necesarias, para comprender cuándo Tú me llamas a dar nuevos pasos en esferas más amplias de las que he conocido hasta ahora.

Y por sobre todas las cosas, fortaléceme hasta el final en la batalla de la fe, para que yo también, como San Pablo en 2ª. Timoteo 4:7, pueda decir:

*“He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe.” Amén.*

----- ( ) -----

### **PARA RESPUESTAS A LAS PREGUNTAS**

**1)**

**2)**

**3)**

**4)**

## **PARA REFLEXIONES DEL LECTOR**

### **CAPÍTULO X.- La humildad.**

*“Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón” (Mateo 11:29)*

Estrictamente hablando, el discípulo es también un aprendiz. Todo lo que tiene que aprender es tan vasto, que lo seguirá siendo el resto de su vida, y además, aunque en un nivel más alto y encumbrado, por toda la eternidad también, pues siempre habrá nuevas profundidades que sondear y alturas que escalar.

Hay aprendices muy listos que asimilan bien y pronto cada nueva enseñanza. También los hay menos listos, tal vez más lentos, y aun torpes – de esos que tienen que volver y volver a la misma lección, hasta que for fin la aprenden.

No obstante, aun cuando nos conceptuemos de esta última categoría, podemos tener buen ánimo. Nuestro Maestro, que aparte de ser manso y humilde es muy paciente, con tal que seamos sinceros y transparentes con Él y con el discipulador que nos ha tocado, siempre nos habrá de tender una mano amorosa para animarnos a perseverar, hasta superar los escollos y aprender bien aprendida esa lección que nos cuesta tanto aprender.

¡Ánimo hermano – tenemos un Maestro muy bueno, sabio y comprensivo, al par que perseverante y tenaz!

En la cita que acompaña el título de este capítulo, Jesús nos exhorta a aprender de Él en este terreno particular de la humildad y mansedumbre de corazón. Es un aspecto al que creemos que raramente se le da la gran importancia que en realidad tiene.

Debemos tener muy en cuenta que el enaltecimiento fue la causa principal de la caída del Lucero, el hijo de la mañana. Asimismo, que muchos siervos destacados han tenido caídas estrepitosas debidas a la misma razón: el haberse envanecido. Esto es algo muy triste y doloroso, pero por lo menos nos sirve para que tomemos debida nota, para alertarnos sobre semejante peligro.

Al igual que el pecado en general, la vanidad o soberbia es algo sumamente engañoso, al punto tal que uno puede ser un envanecido sin darse cuenta de ello para nada. Es sólo cuando se experimenta el trato personal de Dios en la vida, que se empiezan a discernir las intenciones ocultas del corazón, que muchas veces albergan profundas raíces de vanidad o

enaltecimiento.

En realidad, debemos comprender con claridad la diferencia entre una humildad natural y el haber sido *humillado* por el trato sabio y profundo de Dios.

La primera tiene una relatividad evidente. Cuando uno no ha descollado ni se ha destacado, sino que ha sido uno más, por así decirlo, es comparativamente fácil ser “humilde” y no pensarse gran cosa. No obstante, la prueba de fuego viene cuando se alcanza el éxito o la fama en una forma u otra. Es entonces que a menudo esa aparente humildad se muestra como lo que verdaderamente es: algo falso, que cede paso al envanecimiento, con todas sus funestas consecuencias.

En cambio lo segundo – el haber sido *humillado* por el Señor – es algo muy distinto. No es natural, sino el resultado del obrar de Dios en nuestra vida y corazón.

La forma en que lo hace varía muchísimo de uno a otro discípulo y siervo Suyo. No obstante, generalmente se vale de la prueba y aun el sufrimiento y el dolor. Correctamente enfrentados, se prestan admirablemente para despojarnos de nuestra vanidad y propensión al engreimiento ante el éxito o la fama.

Un amado consiervo gitano de la iglesia Filadelfia de Bilbao, conocido por el cariñoso apodo de Chinero, evidentemente dotado en cuanto a la poesía, lo ha expresado así en una estrofa de una de sus composiciones:

*“Reconozco tu amor y mi pobreza,  
Y a pesar de sufrir he comprendido  
Que el dolor es yunque bendecido  
Donde forjan Tus manos la grandeza.”*

Desde luego que aquí se trata de la verdadera grandeza – no la falsa de una fama y una gran imagen ante los demás, pero debajo de la cual, quizá sutilmente enmascarada, yace una soberbia altiva y engañosa.

Por el contrario, se trata de la grandeza de quienes, a pesar de ser muy usados por Dios para la bendición de otros, se sienten y se saben de verdad muy, pero muy pequeños. Siempre tienen presente la infinita paciencia que el Señor ha tenido para con ellos, y a menudo se sienten hasta maravillados que Él se digne usarlos para tanto bien de los demás, sabiéndose tan poca cosa en sí mismos y en cuanto a sus propios recursos.

*“Antes del quebrantamiento es la soberbia,  
Y antes de la caída la altivez de espíritu.”* (Proverbios 16:18)

Algo que la mente humana muchas veces no percibe, es el que peligro a que se expone quien se deleita en demasía en su corazón ya sea por su éxito ministerial, o los logros que está consiguiendo en su servicio para el Señor.

Quien tiene olfato espiritual puede detectarlo oyéndolo en el hablar de quien tiene esa tendencia. “El pez muere por la boca” es un dicho muy conocido, y casi diríamos que fue refrendado por Jesús cuando expresó la misma verdad, pero en términos más apropiados y precisos:

*“...de la abundancia del corazón habla la boca.”* (Mateo 12:34)

El autor recuerda un caso aleccionador de hace más de dos décadas. Un siervo del Señor muy maduro y perceptivo le contó que se había encontrado en otro país con otro siervo conocido. Su comentario fue:

*“Dios tendrá que hacer algo con... No hizo más que hablar de sí mismo y contar cuán grandemente está siendo usado. Y además, ahora tiene una panza muy grande.”*

Esto último se refería obviamente al mucho comer y aparentemente al abandono de la saludable disciplina del ayuno. Aun cuando comprendemos y aceptamos que hay personas que por su metabolismo son propensas a la obesidad, evidentemente no es buena señal cuando un siervo de Dios come desmedidamente hasta el punto de volverse un panzón.

Pero lo otro – lo de hacer continuas alusiones a sus éxitos – era sin duda un síntoma claro de un envanecimiento muy peligroso.

Se trataba de un hombre que era muy popular en muchos círculos, y había sido usado en un buen número de sanidades. También proclamaba en su prédica la prosperidad material, aunque por otra parte notábamos que nunca le habíamos oído hablar sobre el lugar de la cruz en la vida de un verdadero seguidor de Cristo.

Lo cierto es que no mucho después, esas palabras de ese siervo maduro y perceptivo, que expresaban una clara inquietud, demostraron tener plena razón de ser. Tristemente salió a la luz, y fehacientemente comprobado, que había habido una relación extra marital con una mujer allende el océano.

Ni qué decir que esto estropeó su imagen e hizo añicos su ministerio. Entendemos que hubo posteriormente un arrepentimiento de su parte, pero no mucho más tarde tuvo una muerte prematura.

Naturalmente que no es agradable ni narrar ni leer de casos como éste. Sin embargo, lo consignamos - desde luego y como se ve – sin nombrar a la persona ni el lugar para nada, al solo efecto de poner de relieve lo terriblemente peligroso que es anidar en el corazón la vanidad y el enaltecimiento. Y digamos además que este caso no es sino un ejemplo, entre muchísimos otros, similares o parecidos, que han acaecido través de los años y de la historia.

#### *El trato de Dios con Pablo.-*

Pablo fue un siervo de Dios realmente sobresaliente, y ninguno de nosotros en su sano juicio se atrevería a compararse en lo más mínimo con él. Con todo, la forma en que el Señor obró en él para evitar que se envaneciese, resulta muy instructiva y aleccionadora para todo discípulo.

En una obra anterior hemos comentado con cierta amplitud el agujijón en la carne que le tocó padecer, viéndolo a través del prisma del camino de la cruz.

Aquí solamente lo enfocamos desde el punto de vista de evitar que se ensoberbeciese. En el pasaje en que trata el tema – 2ª. Corintios 12:1-10 – termina englobando también las debilidades, afrentas, necesidades, persecuciones y angustias.

Es decir que no limita las cosas a ese determinado agujijón en la carne, sino que las hace extensivas a todo lo que le trajese sufrimiento, dolor o adversidad, y de lo cual sabemos que a él, a lo largo de su gloriosa y heroica carrera, le tocó sobrellevar muchísimo.

Ya al tercer día de su conversión, el Señor le hizo saber a Ananías que Él le haría saber cuánto le sería necesario padecer por Su nombre. (Los Hechos 9:16)

Aparte de otros importantes beneficios que el sufrir por el Señor le iba a aportar, estaba sin duda el de protegerlo contra el enaltecimiento.

Como él mismo lo afirma en 2ª. Corintios 12: 7, el aguijón en la carne perseguía ese importante fin, pero como hemos dicho ya, él englobaba bajo el mismo título todo lo que significase padecimiento o prueba. Y resulta muy evidente que cuando estamos siendo probados y experimentando aflicciones, nuestra necesidad de la gracia del Señor para sobrellevarlo nos hace fijar la mirada en Él y clamar en oración pidiendo Su ayuda, aliento y consuelo.

Esto de por sí tiene una doble virtud: la de hacernos sentir muy pequeños y necesitados de Su gracia y socorro, y al mismo tiempo de dejar de lado todo “engolosinamiento” en cuanto a bendiciones o éxitos que hayamos alcanzado.

Así, la tribulación que pasamos, además de los otros efectos saludables que produce, pasa a constituirse en una eficaz inoculación contra la vanidad, ayudándonos sobremanera a ser mansos y humildes como Él.

Estando en el tema de la prueba y el sufrimiento, como un medio del cual se vale el Señor para lograr en nosotros el apacible fruto de la verdadera humildad, cabe que puntalicemos una aclaración en aras de un sano equilibrio bíblico.

Existe una postura en cuanto al sufrimiento que es absolutamente extrema, y que lo rechaza de plano juntamente con la enfermedad, como algo que es el resultado del pecado y/o la obra del diablo y los demonios en nuestra vida.

Es bien cierto que la enfermedad y el dolor vinieron como resultado del pecado, y que antes de la caída de Adán y Eva ellos no los habían experimentado para nada. Pero no es menos cierto que desde entonces, en la vida de numerosos siervos Suyos Dios los ha permitido – sobre todo la prueba, con aflicción y sufrimiento – para purificarlos, forjarlos y enriquecerlos posteriormente en gran manera. Negar o contradecir esto, tácitamente supone afirmar que la trayectoria y experiencias de varones como José, Job, Pablo y muchos más, y las enseñanzas que se desprenden de ellas – todas han sido un gran error – lo cual resulta totalmente inadmisibile.

No obstante, para dar la nota de equilibrio necesaria, debemos también puntualizar que si bien el Señor permite y usa para nuestro bien esas pruebas, dolores e incluso *a veces enfermedades*, en un plano normal nunca deben ser vistas ni aceptadas como una constante continua en nuestras vidas. Una vez logrados los fines de purificación, moldeo de nuestra vida y carácter, etc., lo normal debe ser vivir en la paz del Señor, en libertad espiritual y emocional, y disfrutando de bienestar, buena salud y el gozo del Señor.

Concluyendo el capítulo, volvemos por donde empezamos. Muchos se proponen como meta lograr grandes cosas o ser grandes personas. Busquemos ser lo que Jesús nos exhorta a ser: hombres y mujeres que, bajo la tutela del Espíritu Santo, procuramos con empeño aprender a ser mansos y humildes de corazón, así como es Él.

#### Preguntas.-

1)¿Cree Ud. que el envanecimiento es un defecto normal y que debe tolerarse como algo usual y corriente? ¿ O piensa que es algo peligroso que nos expone al lazo del diablo y por lo tanto debemos procurar eliminarlo totalmente?

Cite por lo menos dos versículos para apoyar su respuesta.

2)¿Reconoce Ud. una etapa de su vida en que se creía una persona humilde, para luego descubrir que, aunque inconscientemente, Ud. era bastante engreído?

3)¿Se considera Ud. una persona que ha sido humillada por el Señor en un trato personal con su vida?

En caso afirmativo, enumere los beneficios que esto le ha reportado.

Oración.-

Padre Celestial, mucho te agradezco por el ejemplo perfecto de Tu Hijo Jesucristo, que siendo el resplandor de Tu gloria y la misma imagen de Tu sustancia, vino a este mundo para vivir entre los hombres con tanta humildad y mansedumbre – con tanta bondad y sencillez.

Reconozco que muchas veces, siendo yo tan pequeño y tan falible, me he pensado ser lo que en realidad no era en lo más mínimo. Te agradezco por Tu trato firme y fiel que ha sabido humillarme para mi bien.

Te pido que me ayudes, para que aún en la hora de la bendición y el éxito pueda mantenerme muy cerca de Ti, sabiéndome y sintiéndome muy pequeño, para así permitir que Tú seas quien de veras ocupe el lugar céntrico, y no haya nada de mi ego que empañe u opaque el brillar de Tu gloria en mi vida. Amén.

----- ( ) -----

**PARA RESPUESTAS A LAS PREGUNTAS**

**1)**

**2)**

**3)**

**PARA REFLEXIONES DEL LECTOR**

## CAPÍTULO XI – Discreción y prudencia

### La discreción.-

Cuando el autor era un niño de unos cuatro años de edad, sin que tuviera la intención de hacerlo, solía hacer reír a los mayores, formulándoles preguntas como las siguientes:

*¿Qué edad tienes?*

*¿Cuánto pesas?*

*¿Cuánto mides de altura? etc.*

Naturalmente que todos las toleraban y además les causaban mucha gracia, pues sólo veían en ellas la curiosidad de una criatura inocente y sin malicia.

Por supuesto que a su tiempo sus padres le hicieron entender que eso no estaba bien, y así dejó de hacerlo. Fue en realidad su primera comprensión de lo que suponía ser indiscreto, si bien por ese entonces todavía desconocía la palabra – es decir, sabía que estaba mal y no debía hacerlo, pero no sabía que eso se llamaba indiscreción.

Con el correr del tiempo aprendió ese vocablo, y a medida que se fue desarrollando, comprendió muchas más formas y maneras en que se puede ser indiscreto.

De nuestro antiguo pero siempre bien valorado diccionario Sopena, extraemos la siguiente definición:

**Discreción:** *rectitud de juicio, y tacto, prudencia o tino.*

En realidad, si bien es una virtud muy afín a la prudencia, no es exactamente igual, aunque tiene con ella muchos puntos en común.

Ahora bien: aceptando la definición del diccionario como una explicación concisa y correcta, sin embargo nos encontramos que en la práctica las proyecciones de la discreción, en contraste con la indiscreción, son muy amplias y variadas. La buena educación, el buen gusto y una fina sensibilidad que busca siempre el bien, son las características propias de una persona realmente discreta.

A continuación consignamos algunos ejemplos de lo que es ser discreto y lo que no lo es.

### Discreto

Retirarse disculpándose al advertir que dos amigos están tratando un tema personal.

### Indiscreto

Preguntar a alguien cuánto le ha costado una prenda que lleva, su nuevo automóvil, o las

Callar, o bien con mucho tacto cambiar el tema, cuando la conversación entre otros dos se ha vuelto tensa.	vacaciones que se ha tomado.
Salir del recinto o la sala de reunión cuando vemos que alguien está recibiendo una llamada telefónica confidencial.	Emitir juicios u opiniones cuando no se nos ha invitado a hacerlo.
Cuando se pasa la ofrenda, no mirar cómo los cuentan demás echan en la misma.	Quedarnos al lado de alguien a quien estamos acompañando, mientras efectúa una operación bancaria.
No hacer preguntas sobre temas delicados corresponde.	Ponerse al lado de los diaconos mientras la ofrenda.
(como por ejemplo, cuando sabemos que se han ido varios miembros de una iglesia, preguntarle al pastor cuántos se le han ido y por qué – o cuando sabemos que alguien sigue en el desempleo a pesar de sus esfuerzos por lograr trabajo, preguntarle si por fin ha salido del paro.)	Ponerse a mirar cuando o donde no
Llamar anticipadamente para fijar una fecha y hora propicia para hacer una visita.	Terciar en una discusión entre un marido y su mujer que estamos visitando, en vez de callar, o encauzar la conversación por otro terreno.
	Caer de visita a la hora de la comida o la cena, o bien cuando es inoportuno.
	Preguntar a una mujer o a un hombre qué tal le va en la vida matrimonial, sin que haya causa justificada para hacerlo.

La mayoría de estos ejemplos son situaciones que se pueden producir mientras estamos de visita. Los hemos consignado porque buena parte de la labor del discípulo al comenzar a tratar con otros, ya sea en plan de evangelismo o bien de animar, exhortar o consolar a otros, consistirá precisamente en hacer visitas.

Aunque buena parte de lo ejemplificado para muchos resultará harto evidente, creemos sin embargo acertado consignarlo, pues no todos tienen el tino y el tacto necesarios para ser realmente discretos y sabios en el trato.

En Proverbios 11:30 se nos dice que *“...el que gana almas es sabio.”*

El verdadero discípulo ha de ser un ganador de almas, no sólo en el sentido evangelístico de ganar a un inconverso, sino en otros también, tales como el restaurar a un descarriado, sanar a un herido, fortalecer a un debilitado, consolar a un enlutado y también reconciliar hermanos distanciados o enemistados.

Para ello, aparte del llamado del Señor y la gracia del Espíritu sobre sus labores, necesitará una buena dosis de sabiduría de lo alto. Aprendiendo y recibiendo de su discipulador, y viviendo a diario a los pies del Maestro, con el correr del tiempo la irá absorbiendo y aplicando en el trato con los demás, para así venir a ser una persona discreta y prudente de verdad, que Dios podrá emplear para múltiples usos en la esfera de sus labores y ministerio.

### La prudencia.-

La prudencia es una virtud que está regida por una fina sensibilidad, que nos permite advertir peligros, dificultades o problemas que surgirían al hacer o decir una cosa

determinada, y por lo tanto nos induce a ser cautos y no hacerla o decirla.

Por el contrario, la imprudencia denota una falta de esa sensibilidad, de tal manera que no se ve el peligro o el perjuicio que podría venir; o bien, si se lo ve, no se le da la debida importancia y se va adelante igual, a menudo con consecuencias desagradables y perjudiciales.

La prudencia o falta de ella se manifiesta en temas muy prácticos, como en la conducción de un automóvil y el manejo del dinero.

El conductor imprudente se hace una norma el excederse de los límites de velocidad, con frecuencia se lanza a adelantamientos arriesgados, va demasiado cerca del vehículo que tiene delante, e incluso se salta semáforos rojos. Aun cuando muchas veces no le pase nada, siempre está latente la posibilidad de un accidente serio o fatal.

Esa imprudencia, claro está, no es sino el reflejo de una turbación o inquietud interior desmedida, y desafortunadamente, a veces se la encuentra en creyentes, hijos de Dios, que deberían dar un mejor ejemplo. La forma en que llevamos el volante es generalmente un índice bastante aproximado de nuestro estado de ánimo, y todo buen discípulo debe esmerarse en ser un conductor seguro y prudente.

En cuanto al manejo del dinero, no cabe duda que una mayordomía sensata y cauta, regida por esta misma virtud de la prudencia, nos habrá de evitar muchos problemas y dolores de cabeza, a la par que nos permitirá dar un ejemplo digno a los demás.

Una vida ordenada en las finanzas, libre del agobio de cuentas impagas o compromisos que van más allá de nuestras posibilidades, es algo muy de desearse, y el discípulo consciente siempre habrá de procurarlo por todos los medios a su alcance.

Naturalmente que esto no contradice el principio de la fe. Podrá haber ocasiones en que uno pueda ser guiado por el Señor a dar pasos y acometer empresas que van más allá del alcance de sus posibilidades previsibles. Esto no estará reñido con la prudencia, siempre y cuando se esté bien seguro que en verdad se está siendo guiado por Él y no por nuestra imaginación o deseo personal. En realidad, eso también será una expresión de prudencia, pero a un nivel más alto - basándose no en lo que se tiene o se ve, sino en la palabra clara y expresa de Dios, que servirá de firme garantía para llevarnos a buen fin.

En el ámbito de nuestra relación con nuestros hermanos y consiervos, la prudencia siempre habrá de acompañar al amor y todas las demás virtudes, si hemos de mantener lazos de comunión reales y duraderos.

La falta de ella, emitiendo juicios precipitadamente, siendo incautos o demasiado locuaces en el hablar, y no saber callar y esperar cuando corresponde, son algunas de las muchas formas en que se refleja la imprudencia. Todas ellas empañan el brillo de nuestro testimonio, y a menos que aprendamos a superarlas serán un fuerte impedimento que nos acarrearán serios contratiempos y dificultades.

Un detalle final, pero de mucha importancia: un ingrediente utilísimo que ha de encontrarse en estas dos virtudes - la prudencia y la discreción - lo constituye el saber callar y dejar que hable la persona que se está visitando, cualquiera sea su necesidad o condición.

Hay muchos que, o bien desconocen, o no prestan atención a las sabias palabras de Santiago 1:19 “...*pronto para oír, tardo para ...*”

Así, se apresuran a expresar sus posturas, esgrimir sus argumentos o presentar sus consejos, sin reparar en que a menudo será totalmente contraproducente.

Entre otras cosas, debemos tener presente que toda persona normalmente desea ser escuchada, y además, tiene derecho a que así sea. El privarle de ese derecho, o bien dárselo pero sólo a medias, interrumpiéndole demasiado pronto para darle nuestra conclusión o consejo, casi seguramente que habrá de predisponerla negativamente.

Desde luego, hay los casos en que los que visitamos se ponen a hablar y hablar, contando con lujo de detalle cosas intrascendentes y consumiendo mucho tiempo y aun llegando a agotarlo a uno. Allí hará falta interrumpir para recomendar que sean concisos y vayan al grano de lo que realmente interesa.

Pero hecha esta salvedad, el saber escuchar deberá ser una norma, sobretodo porque mientras lo estamos haciendo, podremos estar buscando en silencio el consejo o la solución que viene de lo alto. Y esto último con frecuencia ha de venir como resultado de un diagnóstico certero de la necesidad o el problema de la persona, brotado del hablar de su propia boca. En otras palabras, que al escucharle atentamente, y estando bien conectados con el Espíritu, podremos recibir luz divina que nos permitirá comprender bien el problema, y al mismo tiempo recibir la respuesta o clave que habrá de traer la solución.

#### Preguntas.-

¿Qué personaje del Nuevo Testamento, cuando aún era inconverso, dio señales de ser prudente, a la par que deseoso de oír la palabra de Dios?

¿Hay constancia de que los obispos o ancianos deben ser personas prudentes? En caso afirmativo dé las citas que corresponden.

¿Quiénes escribió Pablo que deben enseñar a las mujeres jóvenes a ser prudentes? Dé los versículos correspondientes.

¿A quién le encomendó Pablo que exhortase a los jóvenes a ser prudentes? ¿En qué versículos?

Jesús usó la palabra prudente en varias ocasiones. Elija de todas ellas las dos que le parecen más importantes. Puntualice en cada caso qué cosa señala Jesús como un rasgo de prudencia.

#### Oración.-

Señor Jesús, reconozco que muchas veces he dado muestras de imprudencia y a veces de indiscreción también. Tú nos has exhortado a ser perfectos, así como lo es nuestro Padre que está en los cielos. Aun cuando he distado, y disto mucho todavía de serlo, te agradezco por la forma en que me alientas a perseverar y no desanimarme por mis fallos y fracasos pasados, sino a luchar con empeño, echando mano de Tu gracia, para superarme y asemejarme más a Ti cada día.

De veras que ser como Tú es el ideal más noble que uno se puede imaginar, y anhelo seguir progresando a diario y no contristar más a Tu Santo Espíritu con palabras, actitudes o acciones propias de personas imprudentes o indiscretas. Te pido que me ayudes a lograrlo, agudizando mi sensibilidad espiritual, de tal modo que cuando algo fuera de lugar

se me cruce por la mente, sepa darme pronta cuenta de que debo desecharlo. Amén.

----- ( ) -----

### **PARA RESPUESTAS A LAS PREGUNTAS**

**1)**

**2)**

**3)**

**4)**

**5)**

### **PARA REFLEXIONES DEL LECTOR**

#### **CAPÍTULO XII – Conocer su verdadero lugar y función.-**

En el deporte sucede muchas veces que un buen jugador no rinde todo su potencial, y a

la postre no da la talla, y aun termina por malograrse, por no haber estar ubicado en su verdadero puesto.

En la visión de Ezequiel 37 en el versículo 7 leemos que “...*los huesos se juntaron cada hueso con su hueso.*”

Muchas veces hemos señalado como ilustración que si un hueso correspondiente a la rodilla, por ejemplo, se uniese a otro que pertenece al tobillo, por más buenos y sanos que fueren ambos, nunca podrían encajar debidamente. La razón básica y elemental es que *no están colocados en su debido lugar.*

Apenas si hace falta señalar que esto sucede – con demasiada frecuencia además – en la vida práctica de la iglesia en general, y también en la esfera del campo misionero.

Esta desubicación puede relacionarse con el rol o los roles que se están desempeñando, o bien con el lugar (país, ciudad o población) en el que se está trabajando, o la iglesia en la que se está congregando.

Hay desde luego una gran variedad de casos en todo esto. Nos limitamos a puntualizar los que hemos visto con mayor frecuencia.

*Un siervo con el don del evangelismo, abocado al pastoreo de la grey, cuando en realidad no tiene ni la gracia, ni la preparación espiritual para desempeñar esta segunda función.*

Esto podrá darse por circunstancias forzosas, pero lo sensato siempre será buscar la colaboración, o bien el reemplazo, por parte de otro siervo o siervos idóneos para el pastoreo.

*Un creyente que, por razones de trabajo, se traslada a otra ciudad.*

Allí, por precipitarse y no esperar debidamente en el Señor, se empieza a congregarse en una iglesia en que cree que encontrará amplio campo de acción.

No obstante, al poco tiempo descubre que su formación distinta le impide sentirse a gusto. Tal vez trata de introducir cambios, ya sea en la forma de llevar la alabanza, o en las pautas de la predicación y enseñanza, o en otros aspectos.

Esto en casi todos los casos traerá problemas y fricciones, que generalmente desembocarán en una salida poco feliz, quizá quedando “a la intemperie”, con peligro de graves perjuicios.

El camino correcto debe ser esperar en Dios en forma muy consciente y sin prisa. Si no se encuentra una iglesia de la misma línea o vertiente de la que se proviene, lo mejor será ubicarse en la más aproximada. Pero en ésta, no se deberá tratar de cambiarla al estilo y la modalidad a que se está acostumbrado. Por el contrario, se deberá tener una actitud sumisa y receptiva, reconociendo las virtudes de la nueva iglesia, y procurando desechar las reservas que se tengan y adaptarse a la nueva situación.

3) *Personas que acometen empresas en el ámbito eclesial del ministerio, pero sin un verdadero don y llamado.* Entre algunos casos concretos, podemos citar el de abrir una iglesia en un salón de la vivienda propia, o en un local alquilado para tal fin. También el de quienes, al ver que otros han comprado una finca con terrenos y abierto con éxito un centro para rehabilitación de toxicómanos o marginados, o un orfanatorio o internado para niños, deciden ellos hacer lo mismo.

Naturalmente que no estamos facultados para prohibirle a nadie que lo haga. Sin embargo, para evitar desengaños o grandes fracasos, nos hacemos un deber aconsejar la

conveniencia de que cuantos se dispongan a empresas de esta índole sometan sus planes a un examen a fondo, incluso buscando el asesoramiento de hermanos maduros y experimentados en el terreno en que piensan desenvolverse. Y sobre todo que tengan un testimonio claro del Espíritu que el Señor los está llamando a eso, y que incluso los ha estado preparando expresamente para ello.

En cuanto a estar desubicados en relación con el lugar geográfico, a través de los años hemos visto no pocos casos de matrimonios o siervos y siervas solteros, que han ido a otros países a desarrollar una labor misionera, y tristemente no han prosperado.

A veces hemos notado una marcada falta de adaptación a la cultura del país y grandes dificultades con el idioma. En otros casos el fallo ha estado en llegar con un espíritu triunfalista por las bendiciones recibidas en su país de origen, dando por sentado que en su nueva esfera iba a ser lo mismo.

En otros hemos visto humildad y buena disposición, pero una falta evidente de un don de lo alto que les abra el camino para llegar al corazón de la gente. O bien la carencia de esa fuerza espiritual para levantar algo sólido, o sobreedificar provechosa y armoniosamente sobre lo ya levantado por otros.

El resultado en algunas ocasiones ha sido un retorno con un sentir de fracaso con hondas huellas y heridas que lleva mucho tiempo sanar. En otras han perseverado, aún después de muchos años sin ver ningún fruto concreto, en la esperanza de que algún día ha de llegar. Quizá medie en alguno de éstos el no querer retornar a su tierra como derrotados, y quedar avergonzados al tener que volver a un trabajo seglar. Todo esto es triste y lamentable, pero lo consignamos con el ánimo de ayudar a evitar, por lo menos en alguna medida, que se siga repitiendo.

Añadimos también que a veces nos hemos quedado con la impresión de que, por lo menos algunos, habrían sido más eficaces y fructíferos si se hubieran quedado a trabajar para Dios en su propio entorno.

En lo que se refiere específicamente al discípulo dentro del marco de la iglesia en que está siendo tutelado, será bueno que se le ayude a comprender bien no sólo su lugar, sino también *su medida*.

El discipulador capaz no tendrá dificultades en darse cuenta de las áreas en que el discípulo muestra tener un buen potencial, y por el contrario aquéllas en las cuales no da señales de tenerlo. Porque no sólo se trata de hacer aquello a lo cual hemos sido llamados, sino también *de no hacer aquello a lo cual no hemos sido llamados*. Extralimitarnos, yendo más allá, generalmente traerá dificultades y frustración, además de posibles perjuicios para otros.

En cuanto a la medida, debemos recordar que al darle el Señor a Moisés el diseño del tabernáculo, como al recibir Ezequiel la visión del templo (Cap. 40 al 46) nos encontramos con una gran cantidad de medidas dadas para las distintas partes en forma muy minuciosa. Lo mismo sucede con el templo edificado por Salomón.

Recordamos un caso risueño de un señor, que iba a alojarse con su familia en una parte de un edificio que se estaba construyendo para una escuela de evangelismo. Su habitación matrimonial lindaba con un cuarto de baño. En conversación con el constructor que tenía

los planos en la mano, con una sonrisa más bien lisonjera le pidió que hiciese su habitación un metro o dos más grande, robando el espacio del cuarto de baño contiguo.

Desde luego que la respuesta que recibió fue totalmente negativa. En su deseo egoísta de sacar ventaja para sí, había dejado de tener en cuenta las repercusiones que eso tendría:- lugares reservados para las tuberías, la ducha y bañera, el lavamanos, etc. quedarían afectados; los planos – creemos que ya estaban aprobados – deberían recomponerse, y en fin, se presentaría una serie inadmisibles de trastornos y problemas – todo por querer excederse de la medida asignada.

Pablo nos exhorta en Romanos 12:6 a hacer uso de los dones según la gracia que nos ha sido dada y conforme a la medida de la fe – algo muy importante.

*“Dí poco de lo que sabes y nada de lo que no sabes”* es un adagio muy sensato. Aunque en determinadas ocasiones la primera parte no tendrá aplicación para el siervo del Señor, por cierto que la segunda es válida siempre y de mucha relevancia. Aquello que no es nuestro don ni nuestra función entra claramente en esa categoría.

En ciertos círculos del cuerpo de Cristo en que nos hemos desenvuelto, los siervos más destacados, como norma general predicaban o enseñaban por el espacio de una hora, o tal vez un poco más, y a veces hemos visto a jóvenes con buen potencial tratar de emularlos. Así, al compartir lo que habían recibido del Señor, que bien podría haberse dicho en cinco o como máximo diez minutos, no pocas veces se ha extendido con agregados ni muy vivos ni muy provechosos. Sin llegar a la hora, han pensado sin embargo que cinco o diez minutos tienen muy poco peso y que tenían que continuar por más tiempo – tal vez media hora o cuarenta minutos. El resultado siempre ha sido negativo.

En cambio, otros con más tino, se han ceñido a los pocos minutos que necesitaban para dar lo que habían recibido, sin ningún añadido innecesario. Esto ha sido siempre mucho más provechoso y una buena ejemplificación de otro dicho muy sabio y cuerdo:

*“Lo bueno, si breve, dos veces bueno.”*

En conclusión, por cierto que no debemos quedarnos cortos, sino prodigarnos sabiamente y generosamente para alcanzar el más alto propósito de Dios para nuestras vidas. Pero al mismo tiempo, tengamos muy presente que querer hacernos más grandes de lo que Dios nos ha hecho, es algo que está muy fuera de lugar. Imaginemos a uno cuya función en el cuerpo de Cristo es el olfato, representado por la nariz. (1ª. Corintios 12:17) En caso de agrandarse más allá de la dimensión normal, resultará un narigudo – es decir una cara con un aspecto muy desagradable – casi monstruoso...

En definitiva, que cada uno sepa su lugar y su medida. Así se evitarán muchos trastornos y fricciones y el rodaje de todos será armonioso y de real provecho.

#### Preguntas.-

¿Piensa Ud. que está ubicado dentro del cuerpo de Cristo en el lugar de la voluntad de Dios para Ud., o tiene dudas al respecto? (En caso de tener dudas, consulte a su discipulador o pastor.)

¿En qué funciones se está desempeñando?

¿Considera que son las que verdaderamente le corresponden, o se siente frustrado e insatisfecho en alguna de ellas?

¿Recuerda haber trabajado fuera de su lugar? ¿o de haber tratado de funcionar más allá de

su medida? En caso afirmativo, especifique cómo fue y qué enseñanzas le dejó.

Oracion.-

Padre Celestial, comprendo ahora con más claridad mi necesidad de estar cada día en el lugar preciso en que Tú quieres que esté, y haciendo lo que Tú quieres que haga. Perdóname por las muchas veces en que he estado donde no debía estar, haciendo lo que no debía hacer. Me doy cuenta que siempre me ha traído frustración y dificultades. Por eso te pido que me ayudes a madurar de tal forma que no vuelva a caer en ese error. Por el contrario, que dentro de mi pequeña medida actual, Tú me encuentres siempre prudente, discreto y fiel, para así poder crecer sólida y progresivamente, hasta alcanzar Tu pleno propósito para mi vida. Amén.

----- () -----

**PARA RESPUESTAS A LAS PREGUNTAS**

**1)**

**2)**

**3)**

**4)**

**PARA REFLEXIONES DEL LECTOR**

### **CAPÍTULO XIII – Sumiso**

El autor guarda muchos recuerdos de los diez meses del servicio militar que le tocó cumplir en la lejana Argentina. Fue en el entonces llamado Batallón de Zapadores Escuela, en Concepción del Uruguay, provincia de Entre Ríos.

Muchos de sus compañeros eran excelentes camaradas, con los cuales se forjaron lazos de entrañable amistad. No obstante, al finalizar el período vino una separación forzosa, y al seguir cada uno un rumbo distinto, los vínculos se perdieron.

Con todo, unos quince o dieciseis meses después regresó a la ciudad del Concepción del Uruguay, siendo ya estudiante de un colegio bíblico. El propósito de ese viaje fue participar por un par de meses en la obra del Señor, mayormente en el evangelismo personal.

Fue por entonces que conoció a dos soldados de la promoción del año siguiente, y así pudo enterarse que otros dos, pertenecientes a su clase del año anterior y que habían quedado para la última baja, se habían hecho desertores. Aunque los conocía bien, no habían sido de sus mejores amigos, y en más de una oportunidad habían dado muestras de insubordinación.

Evidentemente, el largo período de espera para el último licenciamiento se les había hecho muy difícil de sobrellevar, y optaron por fugarse, pensando que así recobrarían su plena libertad en la vida civil.

¡Qué equivocados estaban!

La orden de captura que pesaba sobre ellos se volvió en una verdadera pesadilla, sabiendo que no importaba dónde fuesen – tarde o temprano las autoridades darían con ellos, y tendrían que cumplir una fuerte condena.

La Biblia nos dice en Números 32:23

*“...sabed que vuestro pecado os alcanzará.”*

Si esto es verdad del pecado en general, lo es en una manera especial en lo que atañe a la insubordinación o insumisión.

La misma se hace más acentuada cuando se desecha la oportunidad de humillarse y aceptar la disciplina. Generalmente, como en el caso citado de los dos prófugos, desemboca en una huida que busca y piensa escapar del problema.

Mas ¡ay! ¡qué persistente e implacable es ese problema, que sigue y persigue al prófugo y no cesa hasta alcanzarlo!

Agar, la esclava egipcia de Sarai, mujer de Abram, como todavía se lo llamaba en ese entonces, huyó de su ama, no queriendo enfrentar el problema que se había creado ella misma al despreciar con soberbia a su ama.

Al preguntarle el Señor:

*“...Agar, sierva de Sarai, ¿de dónde vienes tú, y a dónde vas?”*

Ella sólo respondió a la primera parte de la pregunta, diciendo:

*“Huyo de delante de Sarai mi señora.”*(Génesis 16:8)

Y no cabe duda que al escaparse uno de la dificultad o problema que no se quiere enfrentar, solamente sabe de dónde viene, *pero no adónde va* – que siempre resultará a la postre algo peor, y a veces, mucho peor.

Para casos como éste, sólo cabe el sabio y buen consejo dado por el Señor en el versículo siguiente:

*“...vuélvete a tu señora, y ponte sumisa bajo su mano.”*

De todos modos, cabe esperar que ningún discípulo lector tenga insumisión del grado en que la tenían Agar y los dos soldados desertores.

Sin embargo, hemos de reconocer que a todo ser humano, por más *humildad natural* que tenga, a veces no le resulta fácil aceptar la disciplina que se le impone, u obedecer de buen grado las instrucciones que se le dan. Y en todo esto hemos de buscar un sano equilibrio que concilie la sumisión del discípulo con un trato amable, sabio y respetuoso por parte del discipulador.

Para facilitarle las cosas al discípulo, habrá de desechar todo lo que huela a un espíritu autoritario que plantea las cosas con una obligatoriedad rígida e incuestionable. Por el contrario, habrá de hacerle sentir un verdadero amor hacia su persona, haciéndole entender que cada consejo o instrucción será para su propio bien.

Igualmente, cuando lo corrija habrá de hacerlo con tacto y bondad, evitando recriminaciones, y cuando quepa, atemperando la corrección con el elogio por alguna virtud o acierto que se ha advertido en la conducta o actitud del discípulo.

Así, este último no se sentirá subyugado, sino amado y respetado, y normalmente le resultará fácil aceptar la tutela, los consejos y las correcciones que vaya recibiendo.

Sin embargo, seguramente habrá ocasiones en que por una causa u otra, el discípulo tendrá recelo o se encontrará con una resistencia interior que le impida aceptar de buen grado las indicaciones que se le hagan. Esto en realidad será parte del trato de Dios en su formación.

Será entonces de suma importancia que el discipulador discierna correctamente las cosas para no entorpecer ese trato, sino antes bien facilitararlo, adecuando al mismo sus consejos, comentarios y actitud para con el discípulo.

A veces detectará que se encuentra desanimado o aun deprimido, y será ésa la causa atribuible a su recelo o resistencia. Será el caso de ministrarle liberándole de su desánimo o depresión, lo que traerá aparejada la eliminación de sus recelos y resistencia. Al señalarle entonces con claridad la causa y la consecuencia de su problema, podrá estar capacitado para enfrentar mejor las cosas de ahí en adelante.

El siguiente diagrama, sencillísimo por cierto, ayudará a aclararle bien las cosas.

<u>Causa</u>	<u>Efecto</u>
Desánimo o depresión. indicaciones y	Resistencia interior a obedecer y aceptar consejos.
Desaparición del desánimo o la	Buena disposición para recibir indicaciones y

consejos.  
depresión.

En otras ocasiones se podrá advertir que se trata de una cierta debilidad o deficiencia que sólo se manifiesta esporádicamente y en algunas áreas del carácter.

Un ejemplo podría ser el ser remiso a diezmar y ofender, que muy bien podría venir de una mezquindad propia, o bien heredada de sus padres.

Otro caso típico sería el de una tendencia a no decir estrictamente la verdad, en determinadas situaciones en que esa verdad le comprometería: excusas no del todo válidas por el incumplimiento de su deber, o bien por llegadas tarde, etc.

En otras oportunidades, podrá tratarse de un bajar la vista y no enfrentar las exhortaciones que se le den en determinado aspecto. Éste aspecto podría relacionarse con una absoluta pureza y transparencia en el trato con los hermanos, en el renunciar a todo lo que sea mundano o dudoso, a mostrar una estricta puntualidad en el cumplimiento de sus obligaciones económicas, o sencillamente a hacer sus trabajos escritos en la forma en que se le indica, y no caprichosamente como a él se le antoje.

Con una sabia combinación de bondad y firmeza, habrá que ayudarle a reconocer claramente esas debilidades y a enfrentarlas con absoluta sinceridad hasta superarlas.

El discipulador no tendrá ninguna dificultad en encontrar pleno respaldo para sus consejos en las exhortaciones y advertencias de los evangelios y las epístolas, que por cierto cubren con gran amplitud y abundancia no sólo los casos enumerados, sino también muchos más.

Uno de estos últimos sin duda es el de la militancia pasada en alguna rama del ocultismo, lo cual casi inevitablemente deja huellas perjudiciales. En este sentido, remitimos al lector a nuestra obra anterior ya citada previamente – LAS SENDAS ANTIGUAS Y EL NUEVO PACTO – en cuyo capítulo XII tratamos con cierto detalle el corte y la liberación en este terreno.

Naturalmente que todos estos aspectos no sólo inciden sobre el carácter, sino que afectan el mayor o menor grado de sumisión, y por eso los hemos comentado.

En cuanto a la sumisión en sí, volvemos a recalcar que no ha de ser impuesta sino voluntaria. Siempre y cuando se lo trate con amor, sabiduría y bondad, reservándose la firmeza solamente para cuando en realidad corresponda, el discípulo *normal* no tendrá inconvenientes en asumirla. Y naturalmente que nunca deberá haber un control excesivo, o un manipuleo de su persona, metiéndose indebidamente en toda su vida y asuntos personales.

Por el contrario, mostrando una sana confianza en él y su prudencia y sabiduría, se le acordará un margen de libertad de acción, que será tan amplio como lo permita su grado de progreso y maduración.

Otra faceta importante, y que a veces se desconoce, es la de inculcar al discípulo un saludable espíritu de autocrítica. En esa línea será muy provechoso enseñarle a reconocer sus propios errores, a tomar debida cuenta de los perjuicios que le han acarreado, y a corregirse a sí mismo, buscando, claro está, la gracia del Señor para ello. Bien encarado,

esto tendrá el doble beneficio de aliviar la tarea del discipulador, y de apresurar el crecimiento y progreso del discípulo.

Al mismo tiempo, en esta forma se irá forjando un vínculo entrañable entre ambos, y el resultado cierto ha de ser un discípulo sumiso y consciente, y un discipulador plenamente satisfecho con el resultado de sus labores.

Una aclaración final que no debemos omitir es que cuando se trate de discípulos con un trasfondo de droga adicción, crimen o delincuencia, el trato, por lo menos en un principio, habrá de ser más rígido y severo. No obstante, como nuestro libro no va enfocado en esa dirección particular, ni nos consideramos expertos en esa esfera – y además ya otros han escrito bastante sobre ello – nos eximimos de decir más.

### Preguntas.-

#### Al discipulador.-

¿Cree Ud. que un buen número de debilidades de carácter inciden negativamente sobre la sumisión? ¿O cree que ésta es un fallo independiente de los demás? En cualquiera de los dos casos, explique sus razones para fundamentarlo.

¿Siente que le ha beneficiado espiritualmente el trabajo de discipular a otros?

¿En qué forma?

¿Cree que el tono de voz con que corrige o exhorta a su discípulo es correcto, o es Ud. a veces áspero con él?

#### Al discípulo.-

De la lista que va más abajo, señale los tres adjetivos que mejor expresan cómo Ud. se siente en el trato que recibe de su discipulador.

Amado – manipulado – controlado – respetado – valorado – dominado – despreciado  
– estimulado – desafiado – inspirado – agobiado.

¿Le resulta fácil ser sumiso con él?

Si tiene alguna dificultad en serlo, identifique los casos particulares y las posibles causas, y después de hacerlo y orar, compártalo con su discipulador.

¿Cree que la culpa es suya o de él? ¿Por qué?

### Oración.-

Señor Jesús, Tú eres el discipulador perfecto, que con Tu vida ejemplar y Tu enseñanza tan rica y sabia, has dejado sentadas las claves fundamentales de todo el discipulado cristiano. Ilumínanos, guíanos y corrígenos a discipuladores y discípulos, a fin de que podamos llevar adelante la tarea que Tú empezaste, y nos has encomendado ahora a nosotros. Tanto los unos como los otros necesitamos nutrirnos de ese maravilloso caudal que nos has legado.

Te rogamos que por Tu Espíritu nos impartas la gracia de ser sumisos en todo lo que corresponda, así como Tú lo fuiste con el Padre, aun en el gran sacrificio y dolor que tuviste que padecer, para poder redimirnos y hacernos discípulos Tuyos de verdad.  
Amén.

## **PARA RESPUESTAS A LAS PREGUNTAS**

Al discipulador.-

1)

2)

3)

4)

Al discipulo.-

1)

2)

3)

4)

## **PARA REFLEXIONES DEL LECTOR**

-----()-----

## **CAPÍTULO XIV – Celoso por su testimonio**

“Lo que eres y lo que haces me hablan tan fuerte, que apenas oigo lo que me dices.”

Un dicho que no se oye con frecuencia, pero que en una forma práctica nos señala la tremenda importancia de nuestra vida en sí y nuestra conducta ante los demás.

Un siervo del Señor hospedaba juntamente con su esposa a otro siervo bastante mayor y veterano. Esperaba que este último le hablara largo y tendido de cosas interesantes del ministerio, contándole muchos testimonios y dándole una buena dosis de consejos.

Sin embargo, bien pronto advirtió que no era una persona de mucho hablar, ni de quedarse en largas tertulias hasta horas avanzadas. En cambio, sí notó que pasaba buena parte del tiempo recogido en su habitación, y bien pronto pudo darse cuenta que lo que estaba haciendo era orar y orar.

Por otra parte, a la mesa y en otras ocasiones, sin ser demasiado parco, tampoco era de mucho hablar – lo que llamaríamos una persona locuaz o que habla con exceso. Eso sí, lo poco que hablaba tenía peso y sustancia, y no había nada que en ninguna forma resultase vulgar o de mal gusto.

Después de varios días de tenerlo en su casa, testimonió que el Señor le había hablado mucho a través de él, pero no en la forma en que esperaba. Fue, más que nada, sin palabras, sobre todo con ese estar delante de Dios, que era, significativamente, una de las facetas en que él sabía que su propia vida dejaba mucho que desear.

Como en todos los demás aspectos, en éste del testimonio de la vida de uno y su conducta, Jesús es nuestro modelo perfecto y admirable.

Con el más alto respeto y con toda reverencia, presentamos una suposición, con el único fin de subrayar lo antedicho por la vía del contraste.

Imaginemos que en alguno de los cuatro evangelios se consignase que en una oportunidad Jesús, lleno de rabia, agredió a alguien a trompada limpia; o bien que festejó con una risa aprobatoria un chiste sucio; o que se burló de alguien, guiñándole el ojo al mismo tiempo al que tenía a Su lado para festejarlo; o que dijo algo fuera de lugar, de lo cual luego tuvo que disculparse ante Sus discípulos; o que por quedar bien con los demás dijo una media mentira; o que anduvo pidiendo dinero prestado y no lo devolvió; o que se pasase largo rato hablando a los demás de Sus logros y virtudes para realzar Su imagen, etc.

¿Verdad que esto nos haría sentir defraudados, y nos resultaría difícil amarle y servirle con la misma admiración y santa devoción con que lo hacemos?

Pero, bendito sea Dios, nada de eso jamás se oyó ni se vió en Su vida ejemplar. En todos los aspectos imaginables fue un dechado de corrección, sabiduría, limpieza, sobriedad, valentía y dominio propio. Y eso es lo que, tanto en Su vida terrenal de aquel entonces, como en el día de hoy, le dio y le sigue dando a toda Su prédica y enseñanza un peso convincente y contundente. Y Sus palabras llegan, hablan, bendicen y vivifican con la gravitación sin igual que le dan – traídas por el Espíritu Santo – Su vida y conducta, impecables e intachables por donde se las mire.

También tenemos el ejemplo del apóstol Pablo, que por algo también nos ha sido puesto por modelo a todos los que habíamos de creer. (1ª. Timoteo 1:16) En sus escritos tenemos

repetidas muestras de la forma en que se esmeraba, para que su conducta no diese nunca ocasión de tropiezo o de censura fundada a nadie.

Aquí van tres citas en ese sentido:

*“...por la manifestación de la verdad recomendándonos a toda conciencia humana delante de Dios.”* (2ª. Corintios 4:2)

*“...por esto procuro tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres.”* (Los Hechos 24:16)

*“procurando hacer las cosas honradamente, no sólo delante del Señor sino también delante de los hombres.”* (2ª. Corintios 8:21)

Esta última la debemos comentar en manera particular. El contexto en que la pone es el del envío de una importante ofrenda monetaria de las iglesias gentiles para los pobres que había entre los santos en Jerusalén. (Romanos 15:26)

Si la hubiese llevado él solo, o acompañado solamente por Tito, su hijo en la fe, nadie que los conocía bien pensaría ni remotamente que podrían darle a esa ofrenda un uso indebido, o haberla apropiado para fines personales. Y Dios, que todo lo ve, sabría por cierto que habrían obrado con absoluta honestidad.

No obstante, enseñado por el Espíritu Santo, él sabía que no había que dar la menor cabida a cualquier persona o grupo de personas suspicaces, que podrían haber buscado la ocasión propicia para hacer un comentario, más o menos de esta índole:

“Este Pablo...tan sincero que nos hacía creer que era...y tanto hablarnos de Dios y del amor... y al final de cuentas se marchó con un dineral, diciendo que era para otros...y ¿quién sabe lo que hizo con él?”

Evitando que nadie los pudiese censurar, se encargó bien de hacerse acompañar por hermanos de absoluta confianza, “mensajeros de las iglesias y gloria de Cristo.” Cualquier calumnia podría así ser refutada por ellos, como testigos fieles de que se había dado su debido destino al dinero de la ofrenda.

El mismo principio se puede y se debe aplicar a otras situaciones análogas. Que un discípulo (varón) visite a una mujer no estando su marido en casa, bien puede responder a fines irreprochables, como alentarla en la fe, orar con ella, etc. Pero por supuesto que para los vecinos eso se prestaría a una mala interpretación, y aun el mismo marido podría sentirse fundadamente sensible a que venga cuando él no está presente.

En casos semejantes, lo correcto será o bien hacer la visita acompañado de la esposa, o si se es soltero, de una hermana de absoluta confianza; o mejor aun, hacerla estando el marido en casa.

Desde luego que hay muchas otras formas en que el discípulo consciente deberá cuidar de no dar mal ejemplo, ni comportarse en forma que dé lugar a dudas o críticas justificadas.

Siempre con el ánimo de dar a nuestra obra un cariz bien práctico, enumeramos algunas de esas formas.

*No dejar cuentas impagas.*

*Cuidar de no olvidarse de devolver el cambio cuando se le ha encomendado una compra o un pago, dándosele una cifra redonda superior al importe exacto.* (Por ejemplo, se le dieron 200 euros para un pago de 198.15 – devolver el cambio de 1.85 sin demora)

El autor recuerda el buen consejo de su padre cuando a los 17 años de edad, comenzó su primer trabajo en una oficina.:

“No te olvides de dar el cambio ni bien regreses de hacer el pago, o se pensarán que estás queriendo guardártelo.”

*Evitar todo chisme o broma de mal gusto.*

*No excederse ni en la comida ni en la bebida, sobre todo al ser invitado por otros.*

*No acaparar la conversación a la mesa, sino dejar hablar también a otros.*

*No hablar continuamente de sí mismo y sus logros espirituales o ministeriales.*

*Ser muy claro en el saludo u ósculo santo con el sexo opuesto, sin dar lugar a nada que vaya más allá (caricias y abrazos, y mucho menos manoseos de ninguna índole.)*

*No citar versículos o frases de las Escrituras en forma risueña o jocosa.*

*Evitar enredarse en chismes y críticas de personas ausentes.*

*Y, claro está, guardarse bien de no mirar películas sucias, o de crimen, terror u ocultismo, o programas mundanos, pues esto no sólo dañaría su comunión con el Señor, sino que serviría de mal ejemplo para otros.*

Tal como figura en la carta apostólica dirigida a las iglesias gentiles, resumimos diciendo:

“...de las cuales cosas, si os guardareis, bien haréis.” (Los Hechos 15:29)

Terminamos con las palabras de una canción que encaja bien con todo esto, y condensa lo que ha de ser siempre el deseo de todo buen discípulo:

*“Sea en mí Tu voluntad,  
Y la vida de Jesús,  
More en este corazón que yo te di;  
Y que en todo mi vivir  
Yo te satisfaga a Ti;  
Abba Padre, hazme un hijo de verdad.”*

#### Preguntas.-

1) ¿Piensa Ud. que todas las recomendaciones son correctas y dignas de tenerse en cuenta, o cree que algunas son demasiado estrictas?

En este último caso especifique cuáles y dé sus razones.

2) ¿Puede Ud. identificar puntos concretos en que su testimonio ante los demás deja que desear? En caso afirmativo, solo o con la ayuda de su discipulador, plantéese la prioridad de superarlos a la brevedad.

3) ¿Qué entiende Ud. por “en caso de duda, debemos darle al Señor el beneficio de nuestra duda?” Si no comprende su significado, pregúnteselo a su discipulador.

#### Oración.-

Padre Celestial, me doy cuenta de la gran responsabilidad que representa para mí el ser en alguna manera un representante Tuyo aquí en la tierra. En los casos en que no estuviere seguro si algo te agrada o no, dame la firmeza de no hacerlo, para evitar así

todo riesgo de desagradarte.

Comprendo con toda claridad y más que nunca antes, que debo vivir delante de Ti cada día, modelando mi vida, por la gracia de Tu Espíritu, según el diseño perfecto que nos has dado en la persona de Tu amado Hijo Jesús.

Mi anhelo profundo es que Él pueda vivir en mí, y amar y hablar a otros a través mío. Concédemelo por Tu gracia en forma progresiva cada día. Y con mucha gratitud me cuidaré de seguir sintiéndome muy pequeño, y de darte toda la gloria a Ti y sólo a Ti. Amén.

-----()-----

### **PARA RESPUESTAS A LAS PREGUNTAS**

1)

2)

3)

### **PARA REFLEXIONES DEL LECTOR**

#### **CAPÍTULO XV – La gentileza.**

El título de este capítulo no debe hacernos pensar en una etiqueta rigurosa y con alardes, ni de una pulcritud puntillosa y excesiva. En cambio, apunta a una conducta decorosa y de buen gusto, con nada fingido ni artificial.

Empezamos en un nivel bastante elemental, y otra vez abordando esos detalles prácticos que marcan la diferencia entre la buena educación y buenos modales y la falta de ellos.

*Lo que no debe verse en un buen discípulo.-*

Para algunos podrá parecer innecesario señalar los puntos que van a continuación, y algunos hasta pueden resultar risibles, pero la experiencia nos ha enseñado que nunca se puede dar por sentado que todos los saben y comprenden. Y existe a veces una cierta timidez cuando se trata de hablar en forma concreta de estas cosas, quizá por la sana intención de no herir la sensibilidad de nadie. Aprovechamos la oportunidad de hacerlo por escrito aquí, seguros que podrá ser de provecho para algunos, sin que se sientan aludidos en forma personal o directa.

*No adelantarse a los demás, sino dejar que ellos pasen, entren, salgan, suban o bajen primero.*

*Sonarse reciamente la nariz a la mesa, en vez de darse vuelta o disculparse para hacerlo afuera - y otras faltas de índole parecida*

*Descuidar su aseo personal. (Algo que no pocas veces se da es el mal olor de las axilas, que habla de una falta – a veces prolongada – de la debida higiene corporal.)*

*Llevarse el cuchillo a la boca al comer, en vez de usar la cuchara o el tenedor.*

*Hablar al oído de alguien en presencia de otros. (Secretos en reunión, falta de educación!)*

*Tomar la palabra, interrumpiendo a otro que está hablando (algo que se ve con mucha frecuencia, aun en personas que deberían saber que no es correcto.)*

*Hablar con alguien en presencia de otros en un idioma desconocido para ellos. Por ejemplo, hablar con uno en inglés o en catalán, con otros presentes que sólo saben el castellano.*

*A la mesa, con la bebida, el pan o lo que sea, no servirse uno mismo primero, sino ofrecérselos o alcanzárselos a otros comensales – recordando en todo esto lo que nos enseñó Jesús en Lucas 14:7-11, sobre todo las palabras finales: “porque cualquiera que se enaltece será humillado; y el que se humilla, será enaltecido.”*

Afinando un poco más, añadimos a continuación varios ejemplos prácticos de lo que supone una verdadera gentileza en el comportamiento.

Hay un proverbio que dice

*“El crisol prueba la plata, y la hornaza el oro,  
Y al hombre la boca del que lo alaba.” ( 27:21)*

Cuando uno es alabado por algo, puede reaccionar en diferentes formas. Una de ellas es envanecerse, sintiéndose ancho y complacido y dando muestras de ello por su semblante, sonrisa o gestos. Otra puede ser la de añadir comentarios a esa alabanza recibida, ampliando o agrandándola.

Se puede también guardar un discreto silencio o bien limitarse a decir “gracias”. Pero, mejor todavía, atendiendo a las palabras de Pablo en Filipenses 2:4 - “no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros” - muy bien se puede, con tacto, restando importancia a las loas recibidas, cambiar de tema en la conversación, e incluso ponerse a expresar beneplácito por la intervención acertada o los méritos de otra persona. Así se saca la atención en uno mismo y se enfoca en otro – es decir, lo contrario del egocentrismo.

En su juventud el autor tuvo como ejemplo a siervos del Señor verdaderamente exquisitos en ese sentido, en particular uno de ellos, que por su extrema caballerosidad y su espíritu cortés y abnegado, le dejó huellas muy hondas. Es quizá por ello que en muchas ocasiones le ha resultado algo chocante oír a otros siervos – buenos y bastante usados por el Señor en varios casos – hablar y comentar mucho de sí mismos, sus labores y sus logros.

Por cierto que en épocas tempranas y de inmadurez, se puede ser muy propenso a los halagos y a la autoalabanza, sobre todo cuando uno comienza a ver un cierto grado de bendición en sus labores. Por ello, se le deben inculcar al discípulo con marcado énfasis las palabras de Proverbios 27:2

*“Alábetete el extraño y no tu propia boca;  
el ajeno, y no los labios tuyos.”*

Las palabras del Señor *“porque de la abundancia del corazón habla la boca”* dan a entender que en casos como éstos hay un egocentrismo o un deleite en los méritos propios que raya en la vanidad. Con todo, no queremos enjuiciarlos indebidamente, sino desear que caigan en la cuenta de lo mal que suena, y que sería mucho más agradable oírlos ponderar a otros y no a sí mismos.

Como contraste muy edificante por cierto, tenemos el caso de un siervo muy usado por el Señor. En sus clases de enseñanza, que en verdad son muy vivas y amenas, en más de una oportunidad ha dado muestras de muy buen gusto. En efecto: al ilustrar con anécdotas - todas ellas siempre muy instructivas - aquéllas en que él fue el protagonista, las que ha elegido siempre han sido para puntualizar desaciertos o fallos de su parte, que el Señor le iba corrigiendo. En cambio, al tratarse de narraciones o ejemplos de otros siervos, ha sido para subrayar sus aciertos y virtudes.

*“Vuestra gentileza sea conocida de todos los hombres.”* (Filipenses 4:5)

Que junto con todas las demás virtudes, sepamos cultivar ésta, para ser así verdaderos dechados de caballerosidad y buen gusto – y desde luego, haciéndolo para el Señor, con toda naturalidad y en nada queriendo hacer alarde ante los demás.

#### Preguntas.-

¿Siente que en sus costumbres y conducta hay fallos que corregir dentro del marco de este capítulo?

En caso afirmativo, identifíquelos y dispóngase a corregirlos, pero buscando hacer todas las cosas con sencillez de corazón y sin buscar llamar la atención de nadie.

¿Cree Ud. que Jesucristo fue un modelo también en este terreno de la gentileza, o piensa que de algunas de las cosas señaladas Él no se preocupaba?

#### Oración.-

Señor Jesús, gracias que en Tu conducta fuiste un modelo perfecto en todo sentido, siempre negándote a Ti mismo y anteponiendo la voluntad del Padre y el bien de los demás. Jamás podría imaginarte corriendo a ponerte primero en la cola, ni congratulándote ante los demás por Tu palabra ungida o Tu intervención acertada.

En todo y por todo te mostraste como lo que de verdad eres – el Caballero del amor, la

verdad y la bondad.

Me avergüenzo de veras de las muchas veces en que mi hablar u obrar han distado tanto de alcanzar Tu ejemplo admirable. Profundamente humillado y a Tus pies de verdad, te pido que con Tu infinita gracia y paciencia me perdones, y me enseñes día a día, hora a hora, a ser más como Tú. Amén.

---- ( ) -----

Tal vez el lector se pregunte por qué no ponemos “en el Nombre de Cristo” al final de las oraciones.

Como sabemos, esto es algo muy corriente, que casi se da por sentado en todas las vertientes del Cuerpo de Cristo. Desde luego que no está mal hacerlo, pero debemos tenerlo muy claro que el solo poner esas palabras no garantiza en ninguna manera que la oración sea contestada.

Seguramente que debemos comprender que tienen que ir acompañadas de fe y estar encajadas dentro de la voluntad de Dios.

Orar en el Nombre de Cristo podemos decir que equivale a orar en Su persona, pues eso es lo que el nombre representa – Su misma persona. Al hacerlo así, lo haremos en la voluntad del Padre, con fe y sin ninguna segunda intención egoísta o carnal.

Debemos notar que en ninguna de sus dos grandes oraciones en la epístola a los Efesios (capítulo 1:15-23 y 3:14-21) el apóstol Pablo termina diciendo “en el Nombre de Cristo.”

Eviden

temente las dos fueron hechas en la persona de Cristo, con la inspiración del Espíritu, y reuniendo los requisitos del párrafo anterior, de manera que por cierto que estaba *en el espíritu* de orar verdaderamente en el Nombre de Cristo. Por lo tanto, el agregar al final las meras palabras a tal efecto resultaba totalmente innecesario.

----- ( ) -----

### **PARA RESPUESTAS A LAS PREGUNTAS**

**1)**

**2)**

**3)**

### **PARA REFLEXIONES DEL LECTOR**

## **CAPÍTULO XVI – Ansias de superarse y paciencia**

El título nos habla de dos virtudes bastante dispares, pero que deben necesariamente acompañarse y acompasarse la una con la otra.

Por una parte, las ansias de superarse siempre serán un síntoma de una buena disposición del discípulo. Pero como a veces el progreso, como el verdadero crecimiento, ha de ser lento y en algunas etapas hasta casi imperceptible, deberá haber una buena dosis de paciencia, virtud ésta que señaló Jesús como muy importante, no sólo en relación con el desarrollo de uno mismo, sino en todas las demás esferas de nuestra vida y servicio.

Empezamos pues a hablar de la primera – las ansias de superarse.

### *El cofre de tesoros.-*

*“...todo escriba docto en el reino de los cielos es semejante a un padre de familia, que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas.” (Mateo 13:52)*

Aquí Jesús nos da la perspectiva de un siervo que ha acumulado tesoros – cosas viejas que ya tiene de hace años – y que sigue haciéndolo – cosas nuevas, recientes, que ha seguido y sigue acumulando hasta el presente.

Esto de por sí implica un progreso y una superación. No se conforma con lo que ya tiene, sino que sigue y persigue un continuo avance, reflejado en la búsqueda y el aprendizaje de cosas que va agregando a las viejas, pero igualmente muy valiosas, que ya posee de hace algún tiempo.

¿Cuáles son esos tesoros? ¿Y cuál es el cofre en que los guarda?

Los tesoros son verdades vivas, principios vitales, lecciones preciosas que se van absorbiendo a lo largo del camino. El estudio asiduo y perseverante de las Escrituras, la

práctica consecuente de la oración cotidiana, el trabajo solícito en las cosas de Dios - todos tienen desde luego su lugar y juegan un rol importante.

Sin embargo, lo que en realidad les confiere sustancia y peso es el trato personal de Dios con la vida del discípulo. Al entregarse éste en forma total e incondicional en las manos del Alfarero Divino, le permite a Éste ir forjando el vaso, enderezando torceduras, quitando defectos y añadiendo virtudes, a la par que inculcando enseñanzas que por venir de Él, el Maestro de los maestros, dejan huellas indelebles e imparten la verdadera sabiduría de lo alto.

Y es claro que el cofre en que todo eso se conserva es el corazón – la vida – el alma de cada uno – que va aprendiendo y recogiendo con el correr de los días, los meses y los años, cosas de valor inestimable. De entre ellas distinguimos algunas, como por ejemplo advertencias, llamadas de atención, correcciones aquí y allá, hasta con castigos correctivos a veces, voces de aliento y estímulo, lecciones aprendidas a través del fracaso y también del éxito, el bálsamo de los consuelos divinos, el volver sobre debilidades que aún subsisten para por fin superarlas, sinsabores y deleites, pruebas y luchas dolorosas que humillan y purifican, preciosas verdades y revelaciones extraídas del libro de los libros – en fin, todo eso y mucho más, que se va convirtiendo, por el toque celestial del Maestro, en perlas, joyas, alhajas y piedras preciosas. Y así el cofre se va ensanchando con el tiempo, y llenando con más y más tesoros, que convierten a su poseedor en un hombre verdaderamente rico en Dios, con todo el potencial para enriquecer a otros también.

Las ansias de superación van implícitas en todo esto. Cada nueva cosa aprendida y absorbida, por el encanto que trae al venir de la mano divina, se vuelve en un nuevo acicate – un incentivo fresco – que nos impulsa a desear y buscar más y nunca quedarnos estancados en ese conformismo malsano que nos quiere hacer pensar que ya no hay más – que lo que tenemos es todo lo que hay para nosotros.

Pero al mismo tiempo, es muy importante que nuestro móvil, o sea la intención del corazón, no sea engrandecernos a nosotros mismos, o querer presentar una imagen encumbrada ante los demás. Hemos de ser muy estrictos con nosotros mismos, cuidando bien de no estar motivados por nada de eso, sino por el deseo de darle lo mejor de nuestra vida al Señor, de tal manera que en cuanto a nosotros, Él no quede defraudado en ninguna forma. Su amor y sacrificio por nosotros, y la mucha paciencia y bondad de Su trato personal con cada uno, merecen que le retribuyamos con el máximo esmero, prodigándonos generosamente para darle a Él la mayor satisfacción posible.

Junto con lo anterior, también debe haber una apreciación honesta y sincera de nuestras propias limitaciones hasta el presente, y de aspectos prácticos en que sabemos que todavía no hemos alcanzado el debido nivel de coherencia y madurez. Aquello en que uno es consciente de que todavía no es el ejemplo que debiera ser, debe ser algo que no se elude o rehuye, restándole importancia. Por el contrario, debe preocupar seriamente e impulsar a corregirse y superarse hasta alcanzar la meta deseada - claro está - con la ayuda y la gracia que viene del Santo Espíritu.

### La paciencia.-

Un siervo de Dios que contaba más de 60 años de edad y más de medio siglo en el

evangelio, padecía de una afección en una de sus rodillas que le causaba muchas molestias.

Un joven creyente, sin ninguna mala intención, le preguntó por qué le parecía que le tocaba pasar por eso, que evidentemente le ocasionaba tantos trastornos e inconvenientes.

El siervo le contestó que una de las razones podría ser para que aprendiese la paciencia.

El joven, sabiendo la edad del siervo y el tiempo que llevaba en la fe, le preguntó, otra vez sin malicia, pero con toda franqueza:

“Tantos años ¿y todavía no la ha aprendido?”

Esta breve anécdota pone de relieve algo muy importante: para aprender de veras la paciencia se necesita mucho tiempo, y ¡mucho paciencia!

Esta cualidad, de la que pasamos a ocuparnos ahora, es una de las nueve que se nos dan en Gálatas 5:22 y 23 como el fruto del Espíritu. En el ritmo vertiginoso y a veces febril que caracteriza a nuestro mundo en estos tiempos, la misma palabra *paciencia*, con todo el contenido que supone, es algo casi fuera de lugar y que no cuadra en el razonamiento de la mayoría.

Se busca lo rápido, o bien lo sensacionalista, el camino más corto y fácil para lograr el mayor éxito a la brevedad posible; o bien lo que atrae, emociona y aun apasiona, aquello que menos nos incomoda, más tiempo y esfuerzo nos ahorra, y mayores ganancias nos brinda, etc. etc.

Y en todo esto, valores morales tales como la formación de un carácter íntegro, pacífico, disciplinado y humilde, cuentan muy poco o nada.

La epístola de Santiago nos exhorta a la paciencia y con mucha sabiduría nos puntualiza sus virtudes y beneficios.

*“...sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia.*

*Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna.”* (Santiago 1:3-4)

Cuando enfrentamos la prueba o la adversidad, perder los estribos, quejarnos que las cosas van mal y decir que ya no aguantamos más y que vamos a cambiar de “oficio” y de rumbo en la vida, a nada bueno conduce. Muy por el contrario, sólo nos ha de dejar mal parados y a merced del enemigo, pues con proceder en esa forma entramos en su terreno y corremos serio peligro de caer presos en sus garras.

La impaciencia y la reacción carnal de esa índole o parecida, no es un rasgo de fortaleza ni de persona “de carácter”, como se podrá pensar equivocadamente. En cambio, constituye una muestra de debilidad y falta de carácter, que se doblega ante lo adverso que le enfrenta, y se desentiende del sendero que se había propuesto y de los votos que había hecho por perseverar en él.

Naturalmente que librados a nuestros propios recursos, la mayoría de nosotros, ante las pruebas difíciles y las fuertes presiones, somos proclives a reaccionar negativamente. Evidentemente necesitamos de la gracia divina para poder sobrellevarlas y capear el temporal.

Pero lo que muchas veces no comprendemos es que esas pruebas son permitidas por Dios, precisamente en la forma y en la medida que nos vienen, con un fin concreto.

Ese fin consiste en sanarnos y fortalecernos en aspectos en los cuales nuestro carácter todavía padece de debilidades. Si la prueba nos viniese en otra forma, afectándonos donde

no somos débiles ni propensos a desanimarnos o deprimirnos, no podría lograr ese fin; pero al permitir que nos llegue y nos toque donde acusamos el impacto y nos duele, la diestra mano divina está buscando, como se ha dicho, sanar esa deficiencia, *para que seamos perfectos y cabales y que no nos falte cosa alguna*, según nos dice Santiago en la cita que va más arriba.

La experiencia nos enseña que si reaccionamos negativamente, quejándonos y murmurando, o preguntándonos con una mala actitud ¿Por qué Dios ha permitido esto?, los resultados serán muy desfavorables. En efecto: nos sentiremos confundidos, desmoralizados y perderemos la comunión con el Señor.

Por otra parte, si en vez de eso lo enfrentamos con resignación, sin quejarnos y confiando en el Señor a Quien amamos y que todo lo que Él permite es para nuestro bien, las cosas resultarán distintas. La prueba, la presión o lo que fuere se hará más ligera y llevadera, y el fin buscado de fortalecernos donde hemos sido débiles se irá logrando progresivamente, después de lo cual muy posiblemente ya no será necesario que seamos probados, por lo menos en ese aspecto particular en que lo hemos sido.

En un orden no idéntico, pero sí similar, Romanos 5:3-5 nos instruye sobre la paciencia:

*“Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado.”*

Aquí vemos que, escalonados correctamente, vienen la tribulación que nos motiva a la paciencia; ésta nos prueba en nuestra fe, así como José lo fue mientras estaba injustamente encarcelado. (ver Salmo 105:19) Probados en esta forma, encontramos que surge en nuestros corazones una esperanza bien fundada en las promesas de Dios - entre ellas:

*“Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien”* (Romanos 8:28)

Este bien, como se sabe, no es nuestra mayor comodidad, bienestar o alegría, sino que seamos hechos conforme a la imagen de Cristo, según se ve claramente por el contexto.

Y la esperanza a su vez nunca nos deja a la postre avergonzados ni desconcertados, de lo cual tenemos prenda segura en el amor de Dios derramado en nuestro ser interior por el Espíritu Santo. Ese amor es la garantía de que detrás y por encima de todo lo que nos sucede, hay un Dios que nos ama en forma sabia, tierna y perfecta, y así las cosas, nada hay que temer, pues todo inevitablemente terminará en un buen fin, ya sea en el presente que vivimos o en el más allá que nos espera, o en ambos.

Santiago ilustra esto con el caso tan notable de Job, expresándolo en esto términos:

*“He aquí, tenemos por bienaventurados a los que sufren. Habéis oído de la paciencia de Job, y habéis visto el fin del Señor, que el Señor es muy misericordioso y compasivo.”* (Santiago 5:11)

El fin que se logra esperando con paciencia en la benignidad del Señor resulta siempre dichoso, con los tiernos consuelos y hermosos galardones que nos depara.

Jesús sintetizó las cosas con la breve sentencia, pero llena de peso y sustancia, contenida en Lucas 21:19:

*“Con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas.”*

Según lo señalado anteriormente, la impaciencia propia de una actitud carnal y quejosa, no conduce a nada bueno ni provechoso. En cambio, la paciencia que en medio de la adversidad se resigna y espera confiadamente en la gracia divina, es carta de triunfo que permite que nuestra alma, lejos de sumergirse en el fracaso y la derrota, se levante a su tiempo en victoria, saludablemente purificada y a la postre perfeccionada también.

Preguntas.-

¿Siente Ud. ansias de superación en su vida cristiana?

¿En qué aspectos desea superarse?

¿Considera que en ellos su motivación es correcta?

Dé dos o tres ejemplos de sentidos en que uno puede desear superarse, pero en los cuales la motivación muy bien puede ser incorrecta.

¿Ha experimentado Ud. el trato de Dios en cuanto a la paciencia ante los problemas y dificultades? En caso afirmativo, narre brevemente dos o tres experiencias que ha tenido.

¿Tiene mucho que andar todavía, o siente que ya ha llegado?

Oración.-

Señor, necesito que las dos virtudes de este capítulo – ansias de superación y la paciencia – alcancen un mayor desarrollo en mi vida.

No permitas que me conforme nunca con el estancamiento de uno que ha perdido la visión y la ilusión. Al mismo tiempo, ayúdame a hacer una criba consciente de mis motivaciones, para evitar que me empeñe en lograr cosas que no son Tu voluntad –“grandezas” que serían perjudiciales para mí.

Reconozco lo mucho que todavía me queda por andar en cuanto a la paciencia, sobre todo en la adversidad. Pero confío en Tu mano diestra y sabia que reposa sobre mi vida. Te pido que ella logre encarnar en mí lo que he estado leyendo sobre esta cualidad tan importante. Amén.

----- ( ) -----

**PARA RESPUESTAS A LAS PREGUNTAS**

**1)**

**2)**

**3)**

**4)**

**5)**

## PARA REFLEXIONES DEL LECTOR

### CAPÍTULO XVII – Sensibilidad y discernimiento espiritual

Estas dos cualidades – sobre todo la segunda – son propias de un cierto grado de madurez, y vienen con el correr del tiempo y con la experiencia, a veces de unos buenos años.

#### Sensibilidad.-

Ser sensible a las cosas de Dios es algo que requiere una disposición tierna del corazón y también de la conciencia.

En cuanto a esta última, el Nuevo Testamento tiene mucho que decirnos.

En 1ª. Timoteo 4:2 Pablo habla de mentirosos, con un estado de conciencia *cauterizada*. Por el mal trato que se le ha dado, brindándose uno a la mentira y la hipocresía, es posible llegar a esa condición tan deplorable: una conciencia que no reacciona para nada ante la verdad que oye o lee, ni ante los valores sagrados de la luz y el amor de Dios.

En Tito 1:15 también dice:

*“...para los corrompidos e incrédulos nada les es puro; pero hasta su mente y su conciencia están corrompidas.”*

Mirando el mal y no el bien, y entregándose de lleno a la corrupción, ésta penetra en el organismo de tal manera, que la forma de pensar y la misma conciencia se corrompen totalmente. Esto desemboca en un trastrueque de valores, de modo que lo que es verdad y justicia se vuelve para su comprensión y apreciación en todo lo contrario: mentira e injusticia. Por otra parte, lo bueno, noble y puro, a su vez se lo ve como malo, egoísta e

impuro, y así sucesivamente.

Basados en todo esto podemos puntualizar la necesidad de darle a la conciencia un trato tierno, y si cabe aquí el vocablo, muy *respetuoso*. Es decir que, cuando la vocecita del juez moral interno que Dios nos ha dado nos indica que algo está mal, o no es del todo correcto u honesto, no debemos desatenderla con excusas o razonamiento carnales, tales como “no pasa nada”, “total, todos lo hacen”, “es una pequeñez y no me siento condenado por hacerlo, y además nadie se dará cuenta, ni creo que Dios se preocupe por insignificancias como ésa.”

La lectura asidua y ávida de la palabra del Señor, junto con el buscar la comunión con Él a diario por medio de la oración, son dos medios que se prestan muy bien para mantener la conciencia tierna y “*sin ofensa ante Dios y ante los hombres.*” (Los Hechos 24:16)

En cuanto a la disposición sensible del corazón, debemos recordar la promesa de Ezequiel 36:26:

*“Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré corazón de carne.”*

Este último calificativo, se sobrentiende que no significa un corazón carnal, sino de carne en el sentido de que es tierno y no duro, y cálido (a la temperatura normal del cuerpo humano) y no frío como la piedra o el mármol.

Desde luego que ese corazón nuevo que Él nos da en el renacimiento, como todas las demás cosas, debe cuidarse y cultivarse. Una comparación muy corriente es la de un jardín, que si se descuida pronto se ve invadido por gusanillos, cardos, hortiga y abrojos. Al mismo tiempo, la tierra no trabajada ni regada se vuelve seca, dura y estéril, y las malas hierbas brotan por doquier.

En cierta manera, Jesús estableció esta analogía en Juan 15, al hablar de sí mismo como la vid verdadera y del Padre como el labrador, que está muy pendiente del estado de cada pámpano. Una vez que hayamos puesto nuestras vidas de veras en Sus manos, el Padre se preocupa en una manera especial por nuestra condición espiritual, pero resulta a todas luces evidente que es indispensable que cuente para ello con nuestra colaboración, que debe ser constante y solícita.

El consejo de Proverbios 4:23 a que nos hemos referido anteriormente en más de una ocasión - “*Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida.*” - resulta de tremenda importancia y nunca se lo debe olvidar ni desestimar.

Como algo que nos muestra el contraste entre lo uno y lo otro, tenemos dos reyes de Judá que ante el reto y la advertencia de la palabra de Dios, tuvieron reacciones diametralmente opuestas.

El uno fue Josías, que enternecido y con lágrimas, envió prestamente a consultar a la profetisa Hulda, y de ahí en más se dio de lleno a buscar a Dios y obedecerlo, y a llevar al pueblo a un retorno de todo corazón al camino de la obediencia y del bien. (2ª. Crónicas 34 y 35)

El otro fue su hijo Joacim, que al leerseles las palabras del Señor a través de un rollo dictado por Jeremías a su escribiente Baruc, se endureció totalmente, lo cortó con un cortaplumas y lo echó en el fuego. (Jeremías 36:23-24)

Ni qué decir que los dos reyes tuvieron un fin completamente opuesto el uno del otro.

Josías fue honrado después de su muerte por todo el pueblo, y figura en los anales de la historia como uno de los mejores reyes de Judá. (2ª. Reyes 23:25) Por el contrario, de Joacim profetizó Jeremías que sería enterrado en sepultura de asnos, arrastrándose y echándole fuera de las puertas de Jerusalén. (Jeremías 22:19)

### **Discernimiento espiritual.-**

En cuanto al discernimiento, debemos empezar por decir que necesita como una base importante, aunque no sea la única, que tengamos una aguda sensibilidad. Por eso nos hemos referido a ésta en primer lugar.

El discernimiento de espíritus es un don que figura en la lista de nueve en 1ª. Corintios 12:8 -10. Es en realidad un don muy importante, que en la experiencia práctica, y como algo genuinamente de Dios, sólo aparece de tanto en tanto, y francamente, quisiéramos verlo manifestarse mucho más.

En cuanto al discernimiento en sí, visto en forma general, resulta indudable que es algo que se adquiere y desarrolla con la madurez y la experiencia en los caminos del Señor con el correr de los años.

*“...pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal.”* (Hebreos 5:14)

Cuando se está en un estado de infancia o niñez espiritual, corresponde que el alimento sea aquello que Pablo y Pedro llaman leche espiritual en 1ª. Corintios 3:2 y 1ª. Pedro 2:2 respectivamente. Por el contrario, la vianda o el manjar sólido es propio del cristiano adulto, que, por así decirlo, ha alcanzado mayoría de edad en Cristo.

Notamos que es el *uso*, es decir la experiencia práctica adquirida con el tiempo, que agudiza los sentidos para sopesar y comprender correctamente el verdadero valor de las cosas.

Naturalmente que esta experiencia práctica debe ir acompañada de todas las cualidades que hacen a una vida cristiana sana y bien enfocada. Señalamos esto, porque evidentemente puede haber una persona envanecida o que no anda ordenadamente, y por más experiencia práctica que tenga, nunca alcanzará, mientras siga en esa forma, un discernimiento acertado.

También debemos puntualizar que lo que se ha de discernir entra en la sencillez de dos campos bien claros y definidos: el del bien, que es el terreno de Dios y de Su reino, y el del mal, que pertenece a Satanás.

A diferencia de tantas otras esferas, las cosas espirituales sólo tienen esas dos posibilidades, que, expresadas en otra forma, o bien corresponden a lo que viene de lo alto, del Espíritu de Dios, o bien a lo que brota de cualquier otra fuente.

Bajo el mismo paraguas de esta segunda posibilidad, podemos naturalmente ubicar un sinnúmero de variantes. Enumeramos a continuación algunas de ellas:

*Lo que planifica el hombre, aun con buena intención, pero sin que esa planificación sea inspirada por el Espíritu Santo.*

*Razonamientos y argumentos nacidos del humanismo y que buscan, por ejemplo, que la prosperidad reemplace a la pobreza, pensando que así desaparecerán todos, o la mayoría de los males que afectan a la sociedad.*

*La proclamación de un evangelio pervertido que no expone la necesidad básica de*

*que el hombre reconozca su pecado y se arrepienta de él. En vez de esto, a menudo se presentan ofertas tales como la sanidad física o emocional, la felicidad, la prosperidad material, el poder vencer la soledad y la tristeza, o bien emanciparse de las injusticias de la sociedad, y muchas cosas más, todas ellas por medio de aceptar a Cristo.*

Sobre este punto no nos extenderemos, pues ya hemos escrito bastante sobre él a través de otro prisma en el capítulo IV - “Ganador de almas para Cristo.” Solamente nos limitamos a puntualizar que todas esas cosas presentadas como ofertas, y muchas más, normalmente muy bien pueden – y algunas *deben* – cristalizarse en la vida de quien genuinamente se convierte y sigue a Cristo. No obstante, eso sólo se dará en una forma correcta y duradera si se edifica sobre la base claramente establecida por Dios en Su palabra, de un verdadero arrepentimiento y abandono del pecado. Si no se pone a su debido tiempo esa base indispensable, a la larga los resultados serán totalmente insatisfactorios y decepcionantes.

*Pseudo profecías o revelaciones, declarando a personas que tendrán una función o ministerio de gran relevancia, y que, o bien no se cumplen, o bien su cumplimiento causa estragos y consecuencias nefastas.*

Para ser más concretos, en este último aspecto – el de pseudo profecías que se cumplen – citamos dos casos, entre muchos otros que seguramente se habrán dado o se están dando.

Uno de ellos, es el de una mujer que recibe en Israel la imposición de manos de un supuesto siervo de Dios, junto con una predicción de que en otro país la iglesia está muy corrompida y que el Señor la llama y manda a sanearla.

El otro, el de un hombre que recibe una revelación de que los pastores están muy mal en determinado país, y que Dios lo llama a mejorar y corregir las cosas.

En el primer caso, la mujer se introduce en una iglesia sana y buena, y comienza a proferir profecías condenatorias, afirmando además que personas con cargos de enseñar, etc. están poseídas, o bien se encuentran en pecado en sus vidas. Afortunadamente, la intervención del liderazgo de esa iglesia la excluyó de su seno al negarse ella a obedecer y dejar de profetizar y enjuiciar a los demás. No obstante, el mal causado a algunos subsiste hasta ahora y no resulta fácil de sanar por completo.

En el segundo caso, el implicado se instala en el país en cuestión, empieza a operar sin contar para nada con los siervos de Dios de la zona, y causa mucho daño, captando a creyentes de las iglesias. Entre otras tácticas, se emplea la de llevarlos a pactos que los condicionan fuertemente, interiorizándose de sus ingresos para verificar que están diezmando y ofrendando debidamente (a su nueva iglesia, por supuesto). En un caso particular, uno de estos pactos tristemente dio como resultado la ruptura de un matrimonio, aunque se abriga la esperanza que el mismo pueda ser restaurado eventualmente.

Naturalmente que estos dos casos, gravísimos por cierto, y que han acarreado terribles consecuencias, son comparativamente fáciles de discernir como rematadamente malos y no de Dios ni mucho menos. Sin embargo, es doloroso ver como muchos incautos caen en esas redes con consecuencias funestas que serán difíciles de sanear.

En muchos otros casos, los síntomas y resultados no son tan graves ni evidentes, y en un principio puede haber un aparente crecimiento y bendición. Sin

embargo, con el correr del tiempo comienzan a surgir dificultades y problemas, y se ve a las claras que lo traído no era en verdad saludable ni provechoso y se decide desecharlo. No obstante, en algunas o muchas vidas el daño ya estará hecho, y no siempre será fácil ni sencillo superarlo.

*Cómo evitar caer en el engaño.-*

En el Nuevo Testamento tenemos indicios claros de cómo tendencias nocivas se iban introduciendo en las iglesias primitivas del primer siglo.

Entre otras, podemos citar la de los judaizantes que afectaron a las iglesias de Galacia y posteriormente también a la iglesia madre de Jerusalén.

Al escribir a los Colosenses, Pablo les señala el error de enseñanzas equivocadas que les estaban afectando – el cosmoteísmo, que ve a la naturaleza en su totalidad como el dios que nos gobierna; el judaísmo ortodoxo, que buscaba supeditarlos a guardar días, fiestas y otras prácticas externas; el judaísmo heterodoxo, que introducía herejías tales como el culto a los ángeles, y el ascetismo, que equivocadamente enseñaba el privarse de ciertas cosas absolutamente legítimas y correctas, junto con el duro trato del cuerpo, en busca de poder superar los apetitos de la carne.

Asimismo, en las cartas a las siete iglesias contenidas en los capítulos 2 y 3 del Apocalipsis, Jesús denuncia a los nicolaítas y a los balaamitas, sobre cuyas perniciosas enseñanzas y prácticas ya hemos comentado detalladamente en nuestra obra anterior “Hora de Volver a Dios” en los capítulos 11 y 12.

Muy pocas de esas herejías están en boga hoy día, si bien algunas aparecen aquí y allá, aunque con una presentación y unos matices bien distintos de los de ese entonces.

En cambio, continuamente van surgiendo corrientes nuevas que se presentan en forma muy hábil y sofisticada, incluso esgrimiendo argumentos bíblicos para procurar su aceptación en las iglesias.

Naturalmente que no deseamos dar un listado concreto de esas corrientes insanas y novedosas, pues sería entrar abiertamente en el terreno de la polémica y la controversia, cosa que no nos parece indicada. En lugar de ello, puntualizamos algunos consejos que pueden ayudar al discípulo – y aun al discipulador – para detectar lo que no es en verdad saludable, y puede terminar por ser muy perjudicial, a pesar de presentar en un principio una apariencia ventajosa.

*“...y no asiéndose de la Cabeza...”*

Estas palabras de Pablo en Colosenses 2:19, dentro del pasaje en el que refuta las herejías que se estaban introduciendo, nos dan una clave importante. En efecto, las corrientes novedosas que van surgiendo muchas veces producen un desequilibrio en la visión. Se presentan tan atractivas y seductoras que, insensiblemente, hacen que el apoyo, la mirada y la atención se fijen en ellas, en lugar de seguir firmemente ubicadas en Cristo, Quien debe ser siempre el punto central y más importante.

*“...para que en todo (Él) tenga la preeminencia.”* (Colosenses 1:18b)

Quien tenga olfato espiritual detectará que los que vienen con esta clase de cosas

generalmente tienen una cierta vanidad, acompañada de un espíritu de superioridad. Con frecuencia esto estará sutilmente encubierto o enmascarado, y no todos lo podrán advertir – tal vez unos pocos con cierto grado de madurez y buena percepción espiritual.

Es posible que en muchas o casi todas las oportunidades, los mismos que padecen de esas dos cosas no lo sepan ni lo crean si se les dice, puesto que la vanidad y el engreimiento son muy engañosos, así como lo es también la serpiente, de la cual proceden en primera instancia.

No estará mal preguntarnos cómo puede uno saber que no está afectado por estas dos cosas, y cómo poder discernirlas en otros.

Aparte de vivir cerca de Dios, a la luz de la palabra de verdad y procurando aprender de Jesús, que es manso y humilde de corazón, resulta un factor decisivo el haber experimentado un trato de Dios en este terreno.

Efectivamente, todo ser humano lleva por naturaleza estos dos males en su organismo anímico en una mayor o menor medida, aunque casi siempre sea poco consciente de ello por lo ya indicado. Ahora bien, parte de la preparación previa de Dios para Su servicio, la constituye el llevarnos a un lugar donde sabemos a ciencia cierta que no somos nada y que no valemos ni podemos nada, aparte de la gracia Suya operando a través nuestro.

Esto, a un nivel mental, es aceptado y a menudo proclamado por muchos, sino todos sin excepción. Sin embargo, con una adecuada dosis de percepción se puede captar que a veces son palabras nomás, pero que, debajo de la superficie, yacen esa vanidad y ese engreimiento. Y resulta que generalmente, es sólo cuando con un trato personal sabio y severo, el Señor le hace a uno “lamer el polvo” y ser profundamente humillado, que *se da cuenta que antes se había creído ser lo que en realidad no era*, y así aprende a andar en la genuina humildad y mansedumbre del Cordero de Dios.

El apóstol Pablo evidentemente experimentó este trato de Dios y así pudo escribir con todo peso palabras como éstas:

*“Y si alguno se imagina que sabe algo, aún no sabe nada como debe saberlo.”* (1ª. Corintios 8:2)

Aun nuestro bagaje de experiencias y conocimientos, sin el sople vivificante del Espíritu Santo, de poco o nada sirve, y en ese sentido, no hemos de pensar que sabemos algo. Como un sabio filósofo dijo hace tiempo y con mucha sensatez: *“sólo sé que no sé nada.”*

También escribió Pablo:

*“Porque el que se cree ser algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña.”* (Gálatas 6:3)

A veces, a raíz de tener muy elevadas aspiraciones en cuanto al futuro, o bien por alguna pseudo profecía predictiva que se le ha dado a alguien, se puede llegar a imaginarse un “grande” llamado a cosas maravillosas, pero sin tener ninguna base sólida para ello. Esto Pablo lo define como encontrarse en el triste estado de estar engañándose a sí mismo.

Con el correr de los años hemos tenido comunión con preciosos consiervos que han experimentado en una forma u otra este trato de Dios. Las dos conclusiones alcanzadas han sido el poder reconocer a quienes lo han tenido en sus propias vidas, y al mismo tiempo, el desarrollo de una capacidad para detectar los dos males a que nos estamos refiriendo cuando se encuentran en otros, los cuales, sin embargo, no son conscientes de ello.

Esto último sucede mayormente cuando, siguiendo el sabio consejo de Santiago 1:19, se es “*pronto para oír, tarde para hablar.*”

Escuchando con atención a otros, aun sin ningún espíritu de enjuiciamiento, quien ha alcanzado el discernimiento que señalamos, podrá fácilmente advertir esos dos males, o la ausencia de ellos, pues como nos dijo Jesús, “*de la abundancia del corazón habla la boca.*”

No obstante, en esto debemos reconocer el grado de falibilidad que siempre se encuentra en el ser humano, y aun dándose esas condiciones que hemos esbozado, podrá haber un margen de error y llegarse en alguna ocasión a lo que bien podría ser una conclusión equivocada.

Finalizamos con unos consejos a tenerse en cuenta cuando se nos viene con algo nuevo y que promete ser de mucho provecho.

Como primer medida, claro está, debemos examinarlo a la luz de las Sagradas Escrituras. Además, debemos cerciorarnos de lo siguiente:

Si es algo adecuado y en sazón para el momento que vive la iglesia, y, si procede del extranjero, si se presta para la cultura y el estilo de vida local.

Juzgar o discernir si ese espíritu de vanidad y superioridad está latente, teniendo en cuenta que muchas veces se lo disimula hábilmente.

Asegurarse que, detrás de lo que se trae no haya una segunda intención, como dar una “cobertura” o crear una dependencia (generalmente del extranjero) que virtualmente equivalga a plantar la bandera de un imperialismo espiritual. Debe tenerse presente que segundas intenciones tales como ésta casi siempre vienen muy sutilmente disfrazadas.

No dejarse impresionar porque en otros lados funciona, o por una aparente bendición inicial en quienes ya lo están ensayando. Esto no es necesariamente una garantía de que resultará verdaderamente provechoso y con beneficios duraderos.

Tener la humildad de consultar a consiervos maduros y experimentados que pueden asesorar debidamente.

Apreciamos que algunas de estas cosas que hemos comentado son quizá demasiado avanzadas para no pocos discípulos, y, lógicamente, dejamos librado al criterio del discipulador decidir a quiénes, cuándo y en qué medida las deberá inculcar.

#### Preguntas.-

¿Cuáles son las cosas que ha encontrado y encuentra que reducen su sensibilidad espiritual?

¿Cuáles son las que la favorecen?

¿Cree Ud. que el identificar ambas con claridad le puede ayudar a desechar las primeras y abrazar las últimas?

¿En qué aspectos considera que su discernimiento es certero?

¿Ha aprendido Ud. alguna lección valiosa, como resultado de haber errado en el discernimiento de algo que le parecía “muy de Dios”, pero que al final resultó no serlo?

#### Oración.-

Querido Señor, te ruego me perdones por las veces que he permitido que cosas perjudiciales para mi relación contigo afectasen mi sensibilidad en cuanto a tus cosas sagradas. Con el sostén de Tu gracia, me propongo desde hoy ser muy celoso, para evitar que eso vuelva a ocurrir.

Asimismo, te pido que me ayudes a agudizar mi discernimiento, aplicando debidamente los consejos que acabo de leer. Por sobre todas las cosas, guárdame de caer en la peligrosa trampa del envanecimiento o el creerme ser más de lo pequeño que en realidad soy. Amén.

-----()-----

### **PARA RESPUESTAS A LAS PREGUNTAS**

- 1)**
- 2)**
- 3)**
- 4)**
- 5)**

### **PARA REFLEXIONES DEL LECTOR**

## CAPÍTULO XVIII – Solícito en perseverar en la unidad, la oración y el ministerio

*“Todos éstos perseveraban unánimes en oración y ruego, con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con sus hermanos.” (Los Hechos 1:14)*

Éstas son otras dos marcas del buen discípulo. Empezamos por la primera.

### *Guardando la unidad.-*

El guardar la unidad debe empezar lógicamente en su hogar, con su esposa e hijos, si los tiene, y en la iglesia a la cual pertenece.

Además, siempre será sano y saludable cultivar lazos fraternales con hermanos de otras congregaciones de la ciudad o de la zona. Sin embargo, habrá de cuidarse que esto se haga sin que le absorba demasiado tiempo, para distraerlo así de las tareas internas que le corresponden.

Igualmente, en el cultivo de dichos lazos fraternales no deberá comprometerse a asistir a reuniones, retiros o convenciones de otras iglesias que le hagan faltar a la suya, cuando en realidad es importante que esté presente.

La unidad significa que no se albergan rencores, suspicacias ni amargura contra nadie, sino que a todos los demás hermanos y hermanas, inclusive a la esposa o el marido los casados, se los ama de verdad y con transparencia. Puntualizamos *esposa o marido* porque, tristemente, es posible estar en buena relación con los demás hermanos, pero no con el o la cónyuge. Y recordando el mandamiento de amar al *prójimo* como a uno mismo, no debemos dejar que se nos pase desapercibida la asociación de ideas que surge con toda naturalidad con la palabra *prójimo o próxima*, sabiendo que tanto el marido como la mujer son precisamente eso – y en el sentido más real y cabal.

La meta que cada discípulo debe tener bien presente en todo momento, es la de poder mirar en los ojos a cada hermano o hermana con *absoluta sinceridad*, sabiendo que no se anida en su corazón ninguna reserva indebida o mal pensamiento contra nadie.

Eso es fácil decirlo, pero a veces la realidad de las cosas no concuerda con las palabras que se dicen. Es por eso que hemos subrayado la necesidad de que haya *absoluta sinceridad*.

El conocidísimo Salmo 133 nos dice en sus versículos 1 y 3b:

*“Mirad cuán bueno y deleitoso es  
habitar los hermanos juntos en armonía...”*

*“...porque allí envía el Señor bendición y vida eterna.”*

Este salmo, en consonancia con muchos otros pasajes de las Escrituras, nos señala con toda claridad que al encontrarnos en estrecha y diáfana relación con nuestros hermanos, le brindamos al Espíritu Santo libertad de acción para derramar la bendición de lo alto, que siempre resulta en vida eterna.

Pero inversamente, también nos da a entender – también muy claramente - algo que no siempre se tiene debidamente presente: que, al no haber esa relación límpida y correcta entre los hermanos, se le cierra el paso al Espíritu, de manera que no puede derramar una bendición verdadera y duradera.

La razón es muy evidente: las cosas que separan a los hermanos – cualquiera sea su índole, ya sea habladurías, celos, resentimientos, enemistades, etc. – son, al final de cuentas, obras de la carne, que en realidad tienen su origen en la serpiente y sus malos espíritus.

Pensar que, porque en un lugar donde se dan esas cosas, por el hecho de que quizá haya buena intención, cierta bondad, oración y servicio y otras virtudes por parte de algunos, Dios pueda estar dispuesto a “hacer la vista gorda” e igualmente derramar Su bendición como si todo estuviese bien y en perfecto orden, es un contrasentido que revela una gruesa falta de criterio.

Eso equivaldría a dar Su aprobación y visto bueno a todas esas obras de la carne, como si fuese un Dios “bonachón” que se adapta a todo – bueno o malo, limpio o sucio, del Espíritu o de la carne. *Si hiciere semejante cosa, dejaría de ser el Dios Santo, puro y lleno de honor y gloria que conocemos.*

No obstante, en situaciones como éstas, el Señor no retira necesariamente Su presencia y bendición en forma total. Habiendo en medio de congregaciones en ese estado – como a menudo los hay – hermanos fieles y constantes que viven cerca de Él, por amor de ellos sigue dando Sus consuelos y mercedes. Pero no es a esto último que nos estamos refiriendo al hablar de bendición y vida eterna.

En cambio, se trata de ese obrar sólido y continuo del Espíritu, que hace que una iglesia esté funcionando sobre bases firmes y con progresos constantes y duraderos. Esto sólo puede ser cuando hay una estrecha y entrañable uidad entre los hermanos, sustentada por un ferviente y sincero amor fraternal.

El discípulo consciente y responsable cuidará celosamente de no albergar rencor, malestar ni sombra de sospecha o suspicacia contra nadie. En manera especial, pondrá todo su esmero para cultivar y mantener lazos de límpida y amorosa comunión con cada hermano de la congregación a la cual pertenece. Esto servirá de ejemplo a los demás, y será una muestra fidedigna de una sana y creciente maduración, y además constituirá una aportación valiosa para el bien y la bendición de dicha congregación.

Aunque el tema de la unidad es muy vasto y no corresponde que aquí lo tratemos con mucha amplitud, resulta oportuno y en sazón que señalemos un par de cosas más que tienen mucha importancia en el terreno de la práctica congregacional.

La primera de ellas la constituye la clara comprensión que debemos tener de lo muy sensible y delicada que es la verdadera unidad, al punto que cualquier cosa que esté mal o fuera de lugar la afecta para mal, y casi siempre en forma inmediata.

Tomemos algunos ejemplos:

- Chismes o críticas a espaldas de otros;
- controversias o polémicas, ya sea en el terreno doctrinal o escatológico;
- la infiltración del pecado, sin que se lo juzgue y deseche con prontitud;
- rivalidad entre dos o más partes en cuanto al liderazgo;
- peleas entre los niños o adolescentes, llevando cada uno su propia versión a sus

padres, con posible distanciamiento entre éstos;  
posturas dispares u opuestas en cuanto al rumbo y la visión que ha de seguir la iglesia, sin que haya la debida tolerancia y flexibilidad en busca de un acuerdo;  
el descuidar la oración o enfriarse el amor;  
discrepancias con respecto a temas internos (la economía, el lugar y la función de la mujer y si debe cubrirse o no, etc.) sin que se ore y busque la guía del Señor para alcanzar un concenso.

Como vemos, estos y muchos más son temas que, si no son enfrentados con altura, sabiduría y humildad, pueden atentar seriamente contra la unidad, e incluso llegar a romperla, causando un daño vital.

Al mismo tiempo, vemos como la unidad abarca en realidad absolutamente todas las esferas de la vida cristiana. Esto nos ayudará a comprender mejor por qué Jesús, en Su gran oración del capítulo 17 de San Juan, le acordó un lugar tan prioritario y principal.

La segunda cosa es comprender que la unidad de la iglesia local es parte importante del presupuesto – valga la palabra – con miras a un evangelismo fructífero.

En Juan 17:21, el Señor Jesús relacionó el pedido de que seamos uno, con la meta de que *“el mundo crea que Tú me enviaste.”*

A nadie se le escapa que si los inconversos que nos rodean ven a los creyentes distanciados y enemistados entre sí, se les hará muy difícil abrazar la fe cristiana. En contraste, siempre que nos vean unidos y en tierno amor fraternal, se les allanará el camino para unirse a nosotros, convirtiéndose a Cristo.

#### La cuna espiritual.-

Otra manera de enfocar las cosas, y que puede ahondar nuestra comprensión de esto, la representa el entender que la iglesia local, entre muchas otras funciones, tiene la de ser una cuna en la cual han de nacer, y de hecho nacen, nuevas criaturas para el reino de Dios, alumbradas por el Espíritu Santo.

Ahora bien:- toda madre normal, cuando se aproxima el tiempo de dar a luz, cuida bien que la cuna esté limpia, y más que eso, impecable y primorosa. ¡Sería impensable que estuviera sucia, con telarañas, sobras de comida o cucarachas! Se negaría terminantemente a colocar a su bebé recién nacido en semejante lugar, y seguramente buscaría otro que reuniese las condiciones necesarias.

No resulta nada complicado ni rebuscado trazar la analogía espiritual. Cuando una iglesia está infectada con gente amargada, o con malestar, celos, continuas quejas y demás, el Espíritu Santo se niega a alumbrar nuevas almas en ella. La razón es clarísima: en muy poco tiempo, esa preciosa vida traída al reino de la luz y la verdad, se contagiaría de todo ese veneno, para convertirse en una persona amargada, sucia o quejosa – es decir, en un creyente carnal a ultranza.

Esto nos explica bien por qué, en iglesias en ese mal estado, muy rara vez se dan nuevas conversiones auténticas. Al mismo tiempo, nos ayuda a visualizar la importancia capital de prepararle al Espíritu Santo, por medio de una transparente y genuina unidad, la cuna ideal que necesita para depositar en ella preciosas nuevas criaturas en Cristo Jesús.

Y esto pone de relieve lo ya dicho al principio de este punto y que reiteramos, por su gran importancia: *la verdadera unidad de la iglesia local, es parte fundamental del presupuesto para una labor de evangelismo que resulte eficaz y fructífera.*

*Solicito en perseverar en la oración y en el ministerio junto con sus hermanos.-*

El versículo que hemos citado al principio del capítulo, antepone el verbo perseverar al adjetivo unánimes. Las dos cosas se entrelazan y complementan estrechamente.

En efecto: la unidad de poco sirve si es algo esporádico y se interrumpe al menor traspíe o contratiempo. Necesita una perseverancia que la vuelva en algo continuo, y que nos impulse a seguir bregando junto a nuestros hermanos. Por su parte, la perseverancia también necesita imprescindiblemente de la unidad, y casi inevitablemente se pierde si esta última se quiebra.

El bregar junto a nuestros hermanos, se entiende que es en cuanto a las cosas fundamentales del reino de Dios. Aunque las mismas abarcan una gama muy amplia, debemos distinguir por su relevancia sobresaliente la oración y el ministerio de la palabra, esta última sobre todo abarcando sus muchos y variados matices.

Ya hemos visto en libros anteriores cómo los primeros apóstoles, ante la tentación de abocarse a otras tareas, tuvieron muy claro que debían perseverar en la oración y el ministerio de la palabra. (Los Hechos 6:4)

Siempre se debe tener el mayor cuidado de no dejarse arrastrar, o llevar sutilmente a otras tareas que lo distraigan a uno de su verdadera labor como discípulo, y que ha de ser siempre trabajar, no para la comida que perece, sino para la que permanece para vida eterna.

Por supuesto que esto no significa dejar de trabajar para ganarse el pan, salvo que uno haya tenido un llamado claro y concreto al ministerio a tiempo pleno, lo cual no se espera del discípulo, por lo menos en una etapa temprana de su formación.

En el terreno práctico de lo que se comprueba actualmente, estamos viendo más y más casos de siervos que, habiendo abrazado el ministerio como la visión prioritaria para sus vidas, después de un tiempo quedan envueltos en otras tareas que les absorben mucho esfuerzo, quedándoles poco, o muy poco tiempo y energías para la parte espiritual.

Esto casi siempre se debe a una combinación de factores. A veces por resultarles la parte espiritual muy ardua e infructuosa, les invade el desánimo. Paralelamente a esto se presentan otras opciones, como un trabajo en que, sin tener que cumplir una jornada diaria con un horario concreto, logran incrementar considerablemente sus ingresos. Otra posibilidad es la de encontrarse entre gente muy necesitada, ya sea por ser misioneros en países subdesarrollados, o por el contacto con inmigrantes pobres, generalmente provenientes de dichos países.

Así, pasan a desarrollar una labor social que insensiblemente les va demandando más tiempo y trabajo, al punto que a la parte que hace verdaderamente al reino de Dios se le brinda menos de lo que se debiera, o bien queda claramente relegada a segundo plano.

No dudamos que estas obras sociales son dignas y necesarias, pero lo fundamental es saber a qué se ha sido llamado – si a desarrollar una labor social de ayuda material a los pobres, o a predicar el evangelio. Quien tenga esto último como algo muy concreto y recibido claramente del Señor, deberá cuidarse muy bien de no dejar que ninguna otra

ocupación, por plausible y encomiable que sea, le lleve a traicionar su llamado.

Perseverar en el mismo requiere determinación y tenacidad, sobre todo en las etapas difíciles en que vienen pruebas y dificultades, o si no cuando, sin que esto suceda, las labores parecen infructuosas y no se ve mayor fruto. Sin embargo, ése es el tiempo de redoblar los esfuerzos y persistir, en la seguridad de que, a su tiempo, el trabajo hecho para el Señor – siempre que se esté en el lugar de Su voluntad – ha de ser abundantemente premiado.

El perseverar junto a nuestros hermanos debe encontrar su expresión correcta en el seguir unidos a ellos en la oración congregacional o conjunta, tal como vemos en el versículo del encabezamiento. (Los Hechos 1:14)

Pero también se debe hacer lo propio a nivel individual. Si sólo se persevera en el nivel colectivo, habrá huecos y lagunas en la relación personal con el Señor que la labor conjunta no podrá llenar ni remediar.

En cuanto a perseverar en la otra faceta – la del ministerio de la palabra – se debe tener en cuenta que el mismo discurre por una gran variedad de matices. Entre ellos podemos citar la consejería personal; el evangelismo personal o de uno a uno, y en reuniones públicas, dentro y fuera del ámbito de la iglesia; la enseñanza a niños, jóvenes, adultos de mediana y de tercera edad; el discipulado en sus distintos aspectos; la impresión de folletos, manuales y libros, etc. etc.

En todo esto, por supuesto que deberá haber una coordinación eficaz y armoniosa con los demás que el Señor ha ubicado junto a cada uno. Así se evitará el desperdicio de tiempo y esfuerzos que podría derivarse de la duplicación innecesaria, o la confusión que a veces surge por no saberse a ciencia cierta quién hace qué cosa. También está el peligro de que en determinados trabajos conjuntos surjan discrepancias por diferencias de criterios, celos o protagonismos.

Naturalmente que no estamos en condiciones de proporcionar una receta o fórmula para que nada de esto suceda, y todo corra sobre rieles y sin ningún inconveniente. Como en todas las demás cosas, deberán operar adecuadamente todas esas columnas fundamentales de la oración, el amor real y desinteresado, una auténtica humildad, y un buscar debidamente la voluntad del Señor para cada cosa.

Si todo esto se hace plenamente a conciencia, el Espíritu Santo encontrará la buena tierra que necesita para una labor conjunta que ha de ser efectiva, ordenada y fructífera.

Como punto final muy importante, señalamos que la verdadera perseverancia no sabe de claudicaciones, sino que sigue y persigue tanto en las buenas como en las malas. Cuando esto se evidencia en un discípulo, es señal casi segura de que se trata de uno con un auténtico llamado y que está bien encaminado hacia una madurez satisfactoria.

### Preguntas.-

¿Encuentra Ud. dificultades en perseverar en la oración y el servicio al Señor cuando está enfrentando contrariedades y pruebas?

En caso afirmativo, ¿cuál de estos tres versículos le parece el más indicado para señalarle el camino para fortalecerse para situaciones de esa índole?

Efesios 3:16 b) Juan 5:39 c) 1ª. Corintios 11:1.-

¿Por qué razón hemos dicho que el caminar en estrecha unidad es una gracia y virtud tan tierna y susceptible de dañarse o quebrarse?

¿Se encuentra Ud. en relación correcta y transparente con todos los hermanos de la congregación a que pertenece?

Oración.-

Padre Celestial, ahora comprendo con más claridad por qué Jesús oró con tanto énfasis por la unidad de todos los que habríamos de creer. Deseo de todo corazón que, en cuanto a mí, esa oración de Él quede plenamente contestada. Ayúdame por Tu Espíritu a fin de que así sea. Vivir en la dicha del amor y una genuina unidad es un tesoro muy grande, que quiero conservar siempre.

Asimismo, fortalece mi espíritu y mi carácter para que se forjen en mí la constancia y la perseverancia, y se desarrollen en mi andar diario en mayor medida cada vez, incluso hasta el final de mi vida aquí en la tierra.. Amén.

----- ( ) -----

**PARA RESPUESTAS A LAS PREGUNTAS**

**1)**

**2)**

**3)**

**4)**

**PARA REFLEXIONES DEL LECTOR**

## CAPÍTULO XIX – EL TALLER DE LAS CRUCES

Un relato imaginario nos cuenta que cierto día, estaba el Maestro en el taller en que confecciona, con mucha sabiduría y destreza, las distintas cruces que han de llevar, en una forma u otra, Sus verdaderos seguidores.

Al promediar la tarde, uno de ellos se acercó al taller, quejándose que la que le había tocado a él era demasiado pesada y molesta. Pedía por lo tanto que se le permitiese cambiarla por otra más fácil de llevar.

El Maestro accedió y después de recorrer buena parte del taller, el discípulo escogió una que tenía toda la apariencia de ser muy fácil y llevadera, y se marchó con ella, dejando la que tenía anteriormente.

No obstante, a los pocos días volvió al taller, diciendo que ésa tampoco le iba bien y que en realidad le era más difícil de llevar que la anterior. Así volvió a pedir permiso para elegir otra que le pudiera ser más favorable, a lo cual el Maestro otra vez accedió.

Sin embargo, después de no mucho regresó con el mismo problema – ésta tampoco le satisfacía – al contrario, le resultaba todavía peor, y volvía a pedir permiso para escoger otra. Con una sonrisa amorosa el Maestro de nuevo se lo permitió.

Esto se repitió todavía dos o tres veces más, hasta que por último, después del cuarto o quinto cambio, el discípulo retornó, pero esta vez con alegría en su rostro. Por fin había encontrado una menos pesada y más fácil de llevar, y por lo tanto, le manifestó al Maestro que, con Su permiso, se quedaría con ella.

Fue entonces que el Maestro, con una mirada sonriente y cariñosa, le expresó Su agrado de que así fuese, agregando:

*“y seguramente que no te has dado cuenta, mi querido discípulo y amigo, pero ésa que ahora tienes es la misma que llevabas al principio y que primero dejaste en el taller.”*

Ignoramos quién es el autor, pero reconocemos que el relato encierra en sí dos o tres

verdades de índole muy práctica.

En efecto: no cabe duda que, a los que de veras amamos y servimos al Señor, nos toca sufrir y llevar la cruz, por lo menos en alguna pequeña medida, y en una forma u otra, a través de pruebas, presiones, padecimientos o tribulaciones de una gran variedad de matices.

En no pocas ocasiones sucede que lo que estamos atravesando nos parece demasiado pesado o aun doloroso. Notamos que otros hermanos que nos rodean, en esa área particular en que estamos padeciendo nosotros, parece que les va maravillosamente bien y no tienen el menor problema.

¡Cómo quisiéramos estar como ellos, completamente libres y dichosos en cuanto a eso, que a nosotros nos causa tanta irritación, pesar o dolor! Y sin embargo, parece que no hay escapatoria, y si uno se descuida, hasta puede incluso pasar a tener lástima de sí mismo.

Y es en esas circunstancias, que el Señor nos hace pensar y recordar que hay otros que afrontan pruebas y dolores mucho más fuertes, y tal vez que los que no tienen ninguna dificultad en el terreno de lo nuestro, en cambio en otros aspectos atraviesan por cosas más duras y graves que nosotros.

Y así, reflexionando serenamente, caemos en la cuenta que Él nos ha permitido, y sigue permitiendo a cada uno, aquello que es lo más adecuado para purificarnos y forjarnos para el propósito que nos tiene reservado. Y si bien a veces la presión, el agobio o lo que fuere, parecen muy fuertes o demasiado difíciles de sobrellevar, se descubre que en Él hay una gracia que nos capacita para ello – y que si llevásemos en vez la cruz del otro – que siempre *parece más ligera y llevadera* – encontraríamos que sería todo lo contrario, y además no serviría a los fines de forjarnos para los propósitos que Él tiene para nuestras vidas.

Es claro que hay quienes sostienen a raja tabla que para el cristiano no debe haber dolor, enfermedad y ni siquiera tensión de ninguna naturaleza. Sin querer extendernos en esto ni internarnos en el campo de la polémica, citamos las palabras del Señor a Ananías en cuanto al que iba a ser el gran apóstol Pablo:

“...yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre.” (Los Hechos 9:16)

agregando tres Escrituras más, de entre muchas otras, que afirman rotundamente lo contrario: Los Hechos 14:22; 2ª. Timoteo 3:12 y 4:20b.

Por supuesto que muchas veces hay creyentes que padecen enfermedades, depresiones o pesadillas, etc. que no son una expresión de la cruz en sus vidas, sino huellas del pecado, ya sea del presente o de su pasado, y que no han sido bien tratadas, sanadas ni superadas. Esto a menudo deja secuelas que incluso el enemigo puede aprovechar para ocasionarles esa clase de problemas.

En nuestra obra anterior “Las Sendas Antiguas y el Nuevo Pacto”, hemos abarcado este aspecto con cierto detalle en los capítulos XII y XIII, titulados “Cortando y Eliminando las Secuelas del Ocultismo” y “El Camino de la Cruz” respectivamente. Animamos al lector interesado a leerlos cuidadosamente.

Aquí sólo volvemos a puntualizar lo siguiente:

Aquello que en verdad es en alguna forma una expresión de la cruz para nuestras

vidas, siempre traerá como corolario o consecuencia directa un fluir de vida, consuelo, bendición o gracia para nosotros mismos, y en alguna medida – menor o mayor según nuestro grado de desarrollo - para otros también.

En muchos casos se exceptúa la enfermedad, a la cual, mientras estemos en nuestro cuerpo actual de carne y hueso, todos estamos propensos en mayor o menor medida.

Por el contrario, aquello que deprime, atormenta o agobia, pero sin que se advierta ninguna señal posterior de vida o bendición, como ya se ha dicho, generalmente se debe a fallos, ligaduras o pecados – pasados o presentes – que no han recibido el tratamiento que corresponde para eliminarlos, y así dan cabida a esas cosas tan negativas y estériles.

El buen discípulo deberá estar mentalizado en cuanto a todo esto, por una parte para no sorprenderse cuando le toque pasar por la prueba o tribulación, sino enfrentarla con entereza y resignación; por la otra, para no quedar atrapado o estar sufriendo innecesariamente en situaciones que en verdad no responden al principio de la cruz de Cristo para su vida.

Si bien a nadie le resulta ni fácil ni agradable pasar por la prueba y el dolor, cuando le toque hacerlo le puede servir de aliento pensar en los beneficios que le habrá de brindar a la larga. Los principales son:

una identificación mayor y más personal con el Crucificado;

el experimentar la gracia de Dios que le capacita para sobrellevarlo airoosamente;

saber que será para su mejor formación y enriquecimiento espiritual, que le permitirá progresivamente ir madurando, para así poder incluso ayudar, consolar o fortalecer a otros cuando estén siendo probados.

entender que, normalmente, ése es el orden divino para Sus siervos: primero lo duro, difícil y amargo (pero, claro está, sin que falten en medio de todo los consuelos y estímulos de Dios); después, la cosecha de las cosas dulces y de eterno valor que Él les tiene reservadas.

entender también que, sin ser probado en esa forma, difícilmente alcanzará profundidad y verdadera solidez. Por el contrario, probablemente se termine por resultar un mediocre, que poco de verdadero valor podrá comunicar a otros.

Entendiendo bien todos estos beneficios, y seguramente varios más, Pablo podía escribir:

*“Y aunque sea derramado en libación sobre el sacrificio y servicio de vuestra fe, me gozo y regocijo con todos vosotros.”* (Filipenses 2:17)

*“Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros...”* (Colosenses 1:24)

A enanos pequeñísimos como nosotros – en comparación con semejante coloso espiritual – sin duda que no nos resulta fácil ni mucho menos, el gozarnos cuando el dolor o el quebranto golpean a nuestra puerta y se agudizan. Sin embargo, podemos por la gracia de Dios sacar fuerzas de flaqueza y capear el temporal con entereza, sabedores que después vendrá lo bueno y apetecible.

Sepamos asimismo que, según Su promesa, Él nunca permitirá que seamos tentados o probados más allá de nuestras fuerzas, y que, en Su bondad y sabiduría, siempre nos sabrá dar tiempos de bonanza, refrigerio y verdadera satisfacción en Su servicio.

Además, tengamos siempre presente que si resistimos o protestamos cuando nos

lleguen las pruebas, éstas se harán más difíciles de sobrellevar. En cambio, cuando las afrontemos con resignación y confianza en el Señor, se harán más fáciles y ligeras. Así, comprobaremos la verdad de las palabras de Jesús en Mateo 11:29-30:

*“Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil y ligera mi carga.”*

De manera que, a no dejar que el saber que en alguna forma, aunque en escala pequeña, nos toque sufrir, nuble nuestra visión ni nos quite la paz, alegría y bienestar espiritual. Al final de cuentas, esto último debe ser la regla, y lo otro, la excepción.

#### Preguntas.-

¿Ha tenido Ud. experiencias que conceptúa que han sido la operación del principio de la cruz en su vida?

En caso afirmativo ¿qué beneficios o bendiciones posteriores le reportaron?

¿Considera que ha pasado en su vida cristiana por aflicciones y padecimientos que no corresponden a ese principio?

De ser así, explique a qué piensa que se hayan debido, y ¿qué diferencia o contraste tuvieron con aquéllas en que opera la cruz?

#### Oración.-

Querido Señor, ayúdame a no murmurar, quejarme ni cuestionar Tu fidelidad cuando permitas que experimente pruebas y situaciones difíciles.

Ahonda en mí la convicción de que, con tal que yo me mantenga en el terreno de Tu voluntad, todo cuanto me acontezca será permitido y estará controlado por Ti, y será para mi bien espiritual – no mi comodidad o bienestar personal - sino que mi disposición y carácter se asemejen más cada vez a Tu Hijo, el varón perfecto.

También necesito que aumentes y agudices mi percepción de estas cosas, para poder pisar en ellas con pie firme y no confundirme. Confío en que lo harás y te lo agradezco desde ya. Amén.

----- ( ) -----

### **PARA RESPUESTAS A LAS PREGUNTAS**

**1)**

**2)**

**3)**

**4)**

## **PARA REFLEXIONES DEL LECTOR**

### **CAPÍTULO XX.-Sobre la autoridad espiritual**

Es de suma importancia que el discípulo tenga criterios sanos y claros en cuanto a lo que es la verdadera autoridad espiritual.

Lamentablemente, en las últimas décadas han proliferado muchas enseñanzas que en realidad están reñidas con la verdad bíblica sobre el tema.

No nos detendremos a examinarlas, sino en cambio a señalar el dechado que se nos da en las Escrituras, no sólo en el Nuevo Testamento, sino también en el Antiguo.

Por empezar, digamos que la única autoridad espiritual que se podrá poseer, estará dada por lo que es nuestra vida en Dios y la forma y la medida en que Él ha rubricado nuestras labores con Su sello aprobatorio. Quien tenga esa autoridad, no tendrá necesidad de proclamarla y ni siquiera de referirse a ella – el caudal divino en su vida y en su servicio hablará a los demás de por sí y con clara elocuencia.

Tampoco le será necesario requerir de los demás a su alrededor que la acaten. Siempre que estos últimos sean mediana o razonablemente espirituales, lo normal es que lo hagan espontáneamente y aun de buen grado.

#### **El rey Roboam y los dos consejos que recibió.-**

En 1<sup>a</sup>. Reyes 12:7 vemos el sabio consejo que los ancianos de ese entonces le dieron al rey Roboam, en cuanto a la petición que toda la congregación de Israel le había hecho, de que aliviase el yugo que su padre Salomón les había impuesto.

*“Y ellos le hablaron diciendo: Si tú fueres hoy siervo de este pueblo y lo sirvieres, y respondiéndoles buenas palabras les hablases, ellos te servirán para siempre.”*

Detrás de estas palabras tan acertadas, está el principio de que cada cosa engendra y reproduce según su especie y género.

*Si los sirvieres – ellos te servirán para siempre.*

Como tantas veces hemos dicho, Jesús es nuestro modelo en todo. En este aspecto Él vino no para ser servido, sino para servir y dar Su vida en rescate por nosotros. Y esa actitud de servicio, impulsada desde luego por Su gran amor hacia nosotros, es lo que le ha

ganado nuestra sumisión gustosa y agradecida.

Desafortunadamente para el rey Roboam, él desatendió el consejo acertado de los ancianos y optó por el de los jóvenes que se habían criado con él, y que consistía en responder duramente al pueblo, diciendo que agravaría aun más el yugo que su padre había puesto sobre ellos.

Esto le costó perder diez de las doce tribus, y que su reino quedase así dividido y grandemente disminuido. Si bien eso era algo que había sido predicho por el profeta Ahías silonita, como castigo por la apostasía de su padre Salomón, la verdad y el contraste entre los dos consejos quedan firmemente en pie.

En definitiva, para que otros nos amen y nos obedezcan, el camino es que nosotros primero les amemos y les sirvamos a ellos.

### Pablo y Apolos.-

En 1ª. Corintios 16:12 tenemos unas palabras de Pablo que son toda una enseñanza, y muy elocuente por cierto, en este terreno que estamos tratando.

*“Acerca del hermano Apolos, mucho le rogué que fuese a vosotros con los hermanos, mas de ninguna manera tuvo voluntad de ir por ahora; pero irá cuando tenga oportunidad.”*

Notemos que Pablo no le ordenó, sino que le *rogó* que fuese a Corinto. De paso digamos que así les demostraba a los corintios – entre los cuales había quienes decían que eran de Pablo y quienes decían que eran de Apolos – que en cuanto a él, no había ningún recelo ni objeción a que Apolos los volviese a visitar.

Pero sobre todo, vemos que al expresar Apolos que no se sentía en ninguna forma dispuesto a ir, Pablo lo respetó plenamente, dejando librado a su criterio que fuera cuando lo sintiese oportuno.

En esto tenemos demostrado claramente cómo operaba el apóstol Pablo. No había ninguna imposición ni obligatoriedad en lo que le estaba animando a hacer a Apolos. Asimismo, había un reconocimiento tácito de que debía seguir los dictados de su propia conciencia.

Esto último es algo de fundamental importancia. Ni el Señor mismo nos trata en una forma que viole este principio, que, claro está, se encuentra estrechamente vinculado con el libre albedrío.

Tristemente, en ciertos círculos, en los últimos decenios sobre todo, se ha difundido un autoritarismo que insiste en que lo que manda, ya sea el pastor, el apóstol (supuesto, a veces) o bien “la cobertura” o “la referencia” como se las suele llamar – debe obedecerse siempre y sin ningún cuestionamiento.

A menudo también se añade que si quien da la orden está equivocado, la responsabilidad recaerá sobre él, quedando así el discípulo o creyente que obedeció totalmente exento de responsabilidad, aun cuando al hacerlo sentía o sabía en su fuero interno que no era lo correcto o acertado.

Si bien en algún caso especial, como el de la mujer obedeciendo a su marido en la esfera del matrimonio, esto puede ser hasta cierto punto correcto, el aplicarlo en forma general e indiscriminada en algunos casos puede constituir un verdadero atropello. El daño

causado por semejante forma de proceder muchas veces ha sido considerable en más de un sentido.

#### El privilegio de ser guiados personalmente por el Señor.-

En uno de esos sentidos, se le priva al individuo del privilegio de averiguar de por sí la voluntad de Dios para su vida, lo cual impedirá o retardará su desarrollo o crecimiento. No olvidemos que en el Nuevo Pacto tenemos la promesa de ser todos enseñados por el Señor, y todos conocerle también, desde el menor hasta el mayor. (Hebreos 8:11)

El autor recuerda el caso de un joven de la congregación que pastoreaba hace unos buenos años, que le pidió su consejo sobre si debía o no aceptar un nuevo puesto de trabajo que se le había ofrecido.

En lugar de darle la respuesta, lo exhortó a que él inquirese directamente del Señor, con la salvedad de que, al alcanzar su propia conclusión, él como pastor se la confirmaría como correcta o no. Y su propósito en eso era el potenciar el desarrollo espiritual de ese joven, y no privarle del privilegio de ser guiado él mismo por el Señor.

#### La responsabilidad ante el Tribunal de Cristo.-

En otro sentido, debemos recordar que “...*todos compareceremos ante el tribunal de Cristo*” y que “*cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí.*” (Romanos 14: 10b y 12)

Ante ese tribunal, cuando tengamos que rendir cuentas por decisiones desacertadas o pasos en falso que hayamos dado, en ninguna forma podremos justificarnos diciéndole al Señor que lo hicimos porque nuestro apóstol, pastor, cobertura, referencia o lo que fuere, nos mandó hacerlo.

Por algo todos tenemos una conciencia que se nos ha dado para dictaminar lo que está bien y lo que está mal. Pretender que la violemos para hacer algo que ella nos dice que está mal, es entrar en el terreno muy peligroso de una dictadura moral y espiritual.

#### Excepciones.-

Ahora bien, no cabe duda que siempre habrá aquí y allá quienes tiendan a desobedecer siempre, ya sea por una disposición rebelde, o bien porque en razón de su trasfondo, sus conciencias no funcionan correctamente.

En tales casos, lo que corresponde no es tratar de forzarlos a acatar lo que se les dice, sino a corregir esas deficiencias. Específicamente, en lo primero será señalarles con amor y claridad esa raíz de rebeldía, y buscar su colaboración para poder tratarla y eliminarla. En lo segundo, será educarlos por la palabra y la enseñanza adecuada a diferenciar claramente entre lo justo y lo injusto, lo bueno y lo malo, lo recto y lo torcido, lo carnal y lo espiritual, hasta llevarlos al punto de contar con una conciencia que funcione en forma satisfactoria.

#### Pérdida de confianza, confusión y desconcierto en el creyente o discípulo.-

Otro perjuicio que acarrea el abuso de autoridad – es decir, la impuesta contra el dictado de la conciencia – estriba en que tenderá a minarle la confianza en su propio juicio y decisiones, trayéndole confusión y desconcierto.

#### ¿Cómo funciona la verdadera autoridad?

Debemos entonces preguntarnos cómo puede y debe funcionar la verdadera autoridad

espiritual.

Como la base misma de ella deberá estar el hecho de que quien la posee será porque, en el orden y la voluntad de Dios, fue el medio por el cual los creyentes o discípulos fueron engendrados en el evangelio, o bien, en una etapa posterior, recibieron enseñanza y bendición para confirmarlos en la fe o llevarlos a un nivel más alto.

Naturalmente que esto no dará de por sí un derecho para reclamar un sometimiento, como lamentablemente piensan y hacen algunos.

En cambio, lo que hará será que los creyentes o discípulos así beneficiados sientan de por sí – es decir en forma espontánea y en ninguna manera impuesta – una inclinación a dejarse aconsejar y a obedecer las indicaciones, exhortaciones, sugerencias o correcciones de quienes, por así decirlo, han venido a ser sus padres o tutores espirituales.

Lo normal será que no tengan ningún inconveniente en aceptarlas, debido a la afinidad espiritual que tendrán con los que en esta forma los crían o tutelan.

#### Pablo y Tito.-

Un caso que ilustra esto con toda claridad es el que tenemos en 2ª. Corintios 8:16-17:

*“Pero gracias a Dios que puso en el corazón de Tito la misma solicitud por vosotros. Pues a la verdad recibió la exhortación; pero estando muy solícito, por su propia voluntad partió para ir a vosotros.”*

Tito era un hijo espiritual de Pablo, según vemos en Tito 1:4. Al exhortarle Pablo a que fuese a Corinto, no sólo lo recibió de buen grado, sino que también en su interior ya le brotaba el deseo de hacer precisamente eso mismo, y así partió por su propia voluntad para hacerlo.

Esto nos ejemplifica hermosamente la forma ideal en que funciona la autoridad espiritual: Pablo, como padre de Tito en el evangelio, sentía que éste debía ir a Corinto. Por su parte Tito, sin ninguna presión ni manipuleo, siente en su interior exactamente lo mismo, lo cual se debe sin lugar a dudas a su afinidad espiritual con Pablo, de quien había recibido tanta enseñanza, ejemplo y bendición.

En esta forma, parte para Corinto ejerciendo con gusto su propia voluntad, y sin sentirse obligado ni subyugado por Pablo en lo más mínimo. Así vemos que la conciencia individual – de Tito en este caso - queda plenamente respetada y no está sujeta a ninguna imposición.

Ésta es la manera limpia, tierna y respetuosa en que discurre la auténtica autoridad espiritual. El amor y la unidad del Espíritu hacen que las cosas corran sobre rieles, sin ninguna fricción u obligatoriedad forzada o impuesta.

#### Aclaración importante.-

*No obstante lo expuesto anteriormente, hemos de reconocer que en la práctica del discipulado o la vida congregacional, por cierto que no siempre suceden las cosas en esa forma ideal. Y cabe entonces generalizar con una aclaración que no podemos omitir: si un discípulo decide ponerse él mismo, o bien es puesto por el liderazgo de la iglesia, bajo la tutela de un discipulador, nada más coherente y normal que someterse a los consejos y correcciones que reciba del mismo. Desacatarlos o no prestarles la debida atención, salvo en casos extremos, siempre resultará un abierto contrasentido.*

*Lo mismo cabe aplicarse a quien está integrado en una determinada iglesia. Si ése es el lugar en que Dios le ha ubicado, el orden del reino divino exige que se obedezca y honre a el o los siervos que están al frente de la congregación.*

*Falta de autoridad y sus posibles causas.-*

Está casi demás decir que cuando, para obtener el sometimiento de otros, alguien tiene que estar recordándoles que se le deben sujetar, ello constituye un indicio casi seguro de una clara falta de autoridad.

Ésta puede tener su origen en una gran variedad de factores. Uno de ellos puede ser la falta de un vivir cerca de Dios y en una relación correcta con Él, lo cual de hecho derivará en una falta de sustancia y peso en cuanto se diga o haga. Quien esté en esas condiciones, generalmente tenderá a buscar mandar y ordenar, a diferencia del verdadero siervo de Dios, que más bien se inclinará por exhortar o pedir con muy buenos modales, o aun rogar, como vemos que lo hace a menudo Pablo. (Ver 2ª. Corintios 5:20; Romanos 12:1, Filipenses 4:2-3, Filemón 9, etc. )

Otro factor que puede incidir en una falta de autoridad o en dificultades en cuanto a ella, a menudo proviene de estar ubicado alguien en una situación que no es la voluntad de Dios.

*Padres e hijos adoptivos.-*

Un caso típico es el de asumir el pastorado que ha quedado vacante en una iglesia, y sin que sea expresamente la voluntad de Dios, sino una salida para llenar el vacío que había.

Quien se coloca en esa situación, de hecho pasa a adoptar una congregación o asamblea de hijos ajenos, de los cuales se constituye en el padre adoptivo. Tal vez inicialmente las cosas vayan bien, pero en muchas situaciones semejantes, después de un tiempo surgen desavenencias por puntos de vista dispares u opuestos, o sencillamente por no adaptarse el pastor a la iglesia y vice-versa.

En tales casos se advertirá una falta de autoridad del pastor, y quizá la mejor manera de comprender su causa es apreciar que en realidad no es el verdadero padre de esos creyentes. Esto lo debemos comparar y contrastar con el caso de Pablo y Tito que comentamos anteriormente. A diferencia de él, acá no ha habido ese fluir de vida que crea, casi naturalmente diríamos, una correcta y espontánea relación de sometimiento.

En cambio, en forma artificial y por necesidad o conveniencia, se ha colocado a alguien al frente de un grupo de personas, que como se ha dicho, virtualmente son hijos ajenos y con los cuales en muchas ocasiones no se logra la verdadera compenetración que corresponde.

Debemos hacer la salvedad de que no siempre sucede así. Conocemos algunos casos - no muchos - de iglesias necesitadas de pastor, en las cuales el Señor ha ubicado un siervo idóneo y en Su plena voluntad, con buenos resultados. En esos casos diríamos que ha habido un injerto espiritual satisfactorio, a diferencia de una solución artificial, siguiendo los dictados del razonamiento humano y en la cual no se ha acertado con la voluntad de Dios.

Engendrar, ser engendrado y ser injertado.-

Generalizando, podemos afirmar que para que las cosas prosperen en el reino de Dios y se dé una correcta relación de autoridad espiritual, debe haber un engendro y un haber sido engendrado, el cual dé lugar a una paternidad espiritual.

Entre muchos otros ejemplos podemos citar el de la iglesia en Corinto, y de la cual leemos lo siguiente:

*“No escribo esto para avergonzaros, sino para amonestaros como a hijos míos amados. Porque aunque tengáis diez mil ayos en Cristo, no tendréis muchos padres; pues en Cristo Jesús yo os engendré por medio del evangelio.”*(1ª. Corintios 4:14-15)

No obstante, además de esto, en muchas oportunidades sucede que, en una etapa posterior, un siervo es claramente ubicado por el Señor en una iglesia local que él no engendró. La prueba de ello es que las cosas prosperan satisfactoriamente y no surge ningún problema importante de autoridad ni de falta de compenetración.

Personalmente, esto lo solemos llamar un injerto espiritual, para diferenciarlo de lo que bien podríamos denominar una prótesis artificial.

Como ejemplo perfecto tenemos el de Saulo de Tarso, como entonces todavía se lo llamaba, cuando fue llevado por Bernabé a Antioquia de Siria, para desempeñar una función ministerial directiva junto con otros varones principales. Él no había engendrado esa iglesia, ni había sido engendrado en ella, pero sin embargo, hubo una adaptación muy correcta y satisfactoria, merced a que era en la plena voluntad del Señor. Como tal, esa adaptación la podemos calificar de un injerto espiritual, que resultó muy favorable y de mucho provecho en todo sentido. Además, desde entonces esa iglesia pasó a ser su hogar espiritual y base de operaciones, desde la cual partía con la bendición de los hermanos cada vez que emprendía un viaje misionero.

La receta divina para el matrimonio.-

Aunque se refieren específicamente al matrimonio, tenemos en Efesios 5:22 y 25, exhortaciones que aportan luz complementaria sobre el tema de la autoridad y sometimiento.

*“Las casadas estén sujetas a sus propios maridos como al Señor.”*

*“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella.”*

Por una parte, vemos que a la mujer se le exhorta a que esté sujeta a su marido, Pero, por la otra, se debe notar que al marido no se le dice que tiene que exigirle, y ni siquiera recordarle, que lo debe hacer.

En cambio, se le manda amarla, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella.

¿Por qué?

Porque, o bien exigirselo, o recordárselo, sería totalmente contraproducente y tendería a provocar el efecto contrario. Y la sabia receta que el Señor da a los maridos es la de amar a sus mujeres. Como el psicólogo celestial sapientísimo que es, Él sabe que eso le hará a la mujer sentirse valorada y amada, lo cual – salvo el caso de una mujer problemática – le motivará a someterse gustosa a los deseos del marido que así la trata.

El otro extremo – el de un machismo de un “sargento” que busca imponer ese

sometimiento – es algo totalmente ineficaz y contraproducente, y que nada tiene que ver con los principios que rigen el reino de Dios, y en este caso particular, la esfera de un matrimonio estable y feliz.

Quien busca aplicar este último criterio de sometimiento impuesto a raja tabla en la esfera ministerial de la iglesia, seguramente que no ha comprendido estas verdades básicas y, a la larga, le esperan muchas dificultades y fracasos.

#### Medidas y áreas geográficas de ministerio y de autoridad.-

En otro orden de cosas, el hecho de que uno haya tenido un ministerio fructífero en un lugar, región o país determinado, y que le haya acordado paternidad y autoridad espiritual, no significa que podrá ir a otras partes donde no haya realizado la misma labor fructífera, y pretender tener en ellas la misma paternidad y autoridad.

En otras palabras: que uno solamente puede ser padre espiritual, fundador de iglesia, apóstol, maestro o lo que fuere, en el lugar y en la medida en que Dios se lo ha concedido.

Aquí es donde hemos visto a no pocos equivocarse en ese sentido. En efecto: pensando que porque en su propia parcela han tenido un ministerio eficaz y fructífero, vienen a otra tierra o país ostentando, por así decirlo, el título de sus logros anteriores, para reclamar para sí el reconocimiento y aun sometimiento de la gente de ese lugar.

Resulta a todas luces evidente que, antes que eso pueda ser así, deberán revalidar con hechos y frutos concretos en el nuevo lugar en que están, la buena labor anterior desarrollada en su punto o región de origen. Y a veces esto no sucede, sencillamente porque el Señor, en Su distribución de parcelas o lugares de actuación, les ha concedido la primera, pero no la segunda.

Un caso típico, entre muchos otros, fue el de un matrimonio de misioneros que unos veinte años atrás desarrollaron en una ciudad de España una labor muy provechosa y que dejó buen fruto. Aunque no tenían ningún espíritu autoritario ni estaban en plan de reclamar el reconocimiento, y mucho menos el sometimiento de otros, fueron sucesivamente a otras dos ciudades españolas, empleando los mismos métodos que habían usado en la primera y esperando tener los mismos buenos resultados.

Sin embargo, en ninguna de esas dos ciudades prosperaron sus labores, a pesar de todo el empeño y esfuerzo que desplegaron. Lo cual nos demuestra que tanto en el éxito ministerial como en el grado de autoridad que el mismo nos acuerda, hay como decimos una distribución de ministerios y aun de lugares geográficos, que el Señor acuerda a cada uno.

Y como conclusión final, no necesariamente porque Él lo haya hecho profeta a alguno en cierto lugar, podrá ir a otra parte y allí ser igualmente profeta.

#### Preguntas.-

¿Siente que la autoridad bajo la cual se encuentra Ud. dentro de su iglesia es espiritual y correcta, o impuesta?

¿Considera Ud. que vive lo suficientemente cerca de Dios y en el debido sometimiento a sus pastores y/o discipuladores, como para tener la debida autoridad para tutelar a otros?

¿Ha tenido Ud. la experiencia de estar bajo una autoridad impuesta?

¿Ha estado Ud. bajo una verdadera autoridad espiritual?  
¿Cuál de las dos prefiere y por qué?

Oración.-

Señor Jesús, gracias que en esto Tú también eres el modelo precioso y perfecto. Así como te sometiste siempre a la voluntad del Padre, aun en lo más duro y difícil, también quiero yo someterme a Tu voluntad. Y no sólo andar en correcta relación contigo y con el Padre, sino también con los hermanos y consiervos con los cuales me has ubicado, sometiéndome con la mansedumbre Tuya siempre que corresponda que lo haga. Gracias por el privilegio de vivir y andar con ellos en la bendita armonía del amor, la gracia y la humildad. Amén.

----- ( ) -----

**PARA RESPUESTAS A LAS PREGUNTAS**

- 1)
- 2)
- 3)
- 4)
- 5)

**PARA REFLEXIONES DEL LECTOR**

## CAPÍTULO XXI – LA LLAMA DEL FUEGO CELESTIAL

“*El que hace... a sus ministros llama de fuego.*” (Hebreos 1:7)

Acercándonos, como estamos, al final de nuestra escalera imaginaria, no podemos dejar de lado este tema tan precioso e importante de la llama del fuego celestial.

Hemos incluido el adjetivo celestial, porque evidentemente hay fuegos extraños o ajenos a lo que es la esencia y la verdad del genuino fuego que viene de lo alto.

Entre ellos podemos enumerar los fuegos de las pasiones humanas, muchas de las cuales pueden ser bajas e indignas de que un hijo de Dios las albergue en su pecho. Igualmente, se puede ser un apasionado del ajedrez, por ejemplo, del deporte en algunas de sus ramas, como así también de la política en sus variados aspectos. Estas pasiones pueden llegar a ser un fuego en el alma de quien las abriga.

Aun en el mundo cristiano, podemos encontrar hoy día fuegos artificiales que muchos confunden con el auténtico. Entre ellos están las grandes expresiones de euforia, y a veces gritos desaforados de quienes piensan tener mucho poder. En algunas ocasiones también se presentan desbordes de emocionalismo descontrolado que hasta puede rayar con el histerismo.

Naturalmente que apreciamos que hay oportunidades en que la presencia de Dios se manifiesta en forma poderosa, y en ellas suceden cosas que a veces pueden ser totalmente inesperadas. Esto sucedió el día de Pentecostés, según se nos señala en el segundo capítulo de Los Hechos, y también en la casa de Cornelio al ir Pedro a predicarles el evangelio. (Los Hechos 10) También sucedió, aunque en otra forma, al levantar la voz los cristianos primitivos, clamando al cielo ante las amenazas de los gobernantes, ancianos y escribas. (ver Los Hechos 4:31)

Asimismo, a través de la historia, en muchísimas oportunidades en que tuvo lugar un obrar poderoso de Dios – comúnmente llamado avivamiento – se han dado manifestaciones extraordinarias, dentro de una gran variedad de matices.

Por ejemplo, en el avivamiento de las Islas Hébridas, acaecido en la primera mitad de la década de los años cincuenta del siglo pasado, pasaba algo totalmente inusual. En efecto: parecía haber una zona geográfica bastante definida, y al entrar en ella, por ejemplo jóvenes que venían con mochilas al hombro en plan de vacaciones y, por lo que podía saberse, sin ninguna idea de buscar a Dios, caían súbitamente sobre sus rostros profundamente redargüidos de sus pecados y se ponían a clamar a Dios por misericordia y perdón.

Pero la diferencia entre esto y lo que primero puntualizamos es muy señalada. Aquí han sido manifestaciones casi totalmente imprevistas, *no buscadas y mucho menos provocadas*, y que han dejado resultados positivos y duraderos en términos de salvación, con conversiones evidentes y bendición auténtica.

En cambio, aquello que calificamos de fuegos artificiales, generalmente se ve que es algo que se trata de preparar y provocar de antemano, volviéndose en muchos casos en una rutina de aparente “bendición de lo alto”. No obstante, a la hora de la verdad se ve que no deja ningún saldo favorable de beneficios sólidos, y que estén ahí para que se los vea y valore debidamente.

El verdadero fuego celestial es algo que en realidad no es fácil definir con precisión. El

autor lo experimentó en una de sus múltiples expresiones hace muchos años, el día que por primera vez escuchó el evangelio claramente presentado y se convirtió al Señor.

En un momento dado, cuando se acercaba el final de la predicación, sintió dos o tres ráfagas que atravesaban el interior de su pecho, y que lo más aproximado que encuentra para describirlas resulta decir que eran como una combinación de fuego y poder o tensión de alto voltaje.

El impacto inmediato fue comunicarle una sensación viva y solemne de la gran santidad de Dios. A partir de ese momento, cada palabra del predicador le llegaba a la conciencia en forma certera y penetrante. No se hizo ningún llamado a entregarse al Señor, pero, a su regreso a su hogar, a solas en su habitación, respondió expresando a Dios su sincero arrepentimiento por sus pecados y su fe en la muerte y resurrección de Jesucristo.

Desde entonces se operó un cambio muy pronunciado en su vida, al punto que una persona madura en Cristo, a la cual se lo contaban otros, se resistía a creer que todo fuera verdad, pensando que se estaban exagerando las cosas.

Pero en cuanto a la experiencia en sí, con el correr del tiempo fue comprendiendo cosas que a esa temprana edad – sólo contaba quince años – no las entendía.

La principal de ellas es que fue su marca de nacimiento – valga la expresión – para señalar el rumbo del pequeño destino que le aguardaba, y que era y es hasta el día de hoy, el de proclamar la palabra de Dios con un fuerte hincapié en la santidad. Paralelamente a ello, en muchos casos se da el agregado de contagiar o transmitir a otros el principio que opera en esa bendita llama que él recibió en un principio, aun cuando las manifestaciones externas que tuvo no se repitan de la misma manera.

Como observación final en cuanto a esto, también queda la reflexión que, dado el altísimo poder de esa combinación de lo que tanto se asemejaba al fuego y la energía eléctrica tal como los conocemos, debe haber sido controlado con mucha pericia por un Ser Supremo sapientísimo y extremadamente diestro, pues de otra forma habría quedado carbonizado en forma instantánea. Quizá la semejanza más cercana que el autor conoce en las Escrituras se encuentra en Ezequiel 1:13-14, donde se habla del fuego y de relámpagos. Pero, como en todas las cosas celestiales o genuinamente espirituales, tenemos que decir que esto sólo es una semejanza, y que aun siendo aproximada, no expresa en forma exacta y precisa lo que uno experimentó en esos momentos.

Digamos de paso que ese efecto tan evidente de ese fuego que transformó totalmente su vida, le hace cuestionar la autenticidad de manifestaciones del mismo que se profesan, pero que no producen, por lo que se ve, ningún cambio ni diferencia en la forma de ser y vivir.

De todas maneras, en términos sencillos se pueden definir algunos de los resultados prácticos del genuino fuego de Dios.

Uno de ellos podemos decir que consiste en ser como un sello que marca a fuego una vida para Dios. De la misma forma que un ganadero, en la hierra de la hacienda graba a fuego su marca sobre cada animal suyo para que no haya ninguna duda de que es de su propiedad exclusiva, así también *en algunos casos* lo hace el Señor con los Suyos.

Con todo, nos hemos cuidado de poner *en algunos casos* en bastardilla, reconociendo que en muchas oportunidades el Señor lo hace en forma distinta. De hecho, por supuesto

que conocemos a muchos hermanos y consiervos que evidentemente llevan el sello de ser de veras de Él, pero el mismo les ha venido en formas diferentes, que no viene al caso enumerar ni analizar aquí.

Otro resultado es el de ser algo que queda en el corazón y que – así como la llama tiene como su único rumbo el arder hacia arriba – se levanta y nos impulsa hacia lo alto, hacia Dios y hacia Cristo, con ansias de honrarle, amarle y servirle cada día.

Recalcamos que esa llama no es una emotividad pasajera, ni tampoco por cierto una euforia, que también es una cosa transitoria. En cambio, es algo permanente que inclina la voluntad, la mente y la disposición de uno en el sentido vertical – de abajo hacia arriba – ya indicado.

### ***Avivando el fuego.-***

*“Por lo cual te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos.” (2ª. Timoteo 1:6)*

Sin lugar a dudas, el apóstol Pablo había experimentado ese fuego sagrado y lo pudo mantener ardiendo a todo lo largo de su trayectoria tan ejemplar. Pero, además, él era un portador eficaz del mismo, y sin duda lo pudo comunicar a muchísimos otros a través de su predicación, enseñanza y oraciones.

Timoteo, como vemos por la Escritura que va más arriba, lo había recibido a través de él por la imposición de manos. *“El fuego del don de Dios”* bien puede interpretarse como un don espiritual que iba acompañado, o tal vez mejor, impulsado, por la llama de ese fuego.

Cuál era precisamente ese don no podemos afirmar a ciencia cierta. Bien puede haber sido el que lo capacitaba para su labor de evangelista, teniendo en cuenta sobre todo el celo y el fuego que animaban a Pablo en esas ansias tan grandes que tenía de llegar a los perdidos con el mensaje de salvación. De su corazón que desbordaba en ese sentido, es muy posible que por el Espíritu haya sido ése el fuego del don al que se refiere.

La exhortación a que Timoteo lo avivase merece un buen comentario. Evidentemente, un fuego descuidado tiende a languidecer y apagarse, y, al igual que el sacerdote en el orden levítico, los siervos de Dios tenemos que alimentarlo con leños nuevos puestos sobre el altar cada día.

*“El fuego arderá continuamente en el altar; no se apagará.” (Levítico 6:13)*

Como ya acotamos más arriba, en el orden del sacerdocio levítico tenemos una clara indicación de lo que debe ser una norma para cada siervo del Señor, al cual, como hemos visto en Hebreos 1:7 citado al principio del capítulo, Él lo hace una llama de fuego. El sacerdote, como una de sus primeras tareas, cada mañana debía poner leña sobre el altar, para así alimentar el fuego y hacer que estuviese ardiendo vivazmente todo el día.

Huelga decir que lo mismo debe hacer cada uno a diario como primer prioridad, acercándose con gratitud, y en oración y adoración al Trono de la gracia, y nutriéndose de la palabra viva de Dios, que como bien se nos dice en Jeremías 23:29, es un verdadero fuego.

La palabra *avives* en otras versiones se traduce *abaniques*, lo cual resulta muy interesante y significativo.

El día de Pentecostés, las dos manifestaciones externas que se dieron fueron el viento

recio y el fuego. Sabemos que el viento en las Escrituras constituye un símbolo del Espíritu Santo, y que el fuego necesita una corriente de aire. Si la chimenea está bloqueada sin que pueda correr el aire, el fuego muy pronto se ha de apagar.

Recuerdo una ocasión hace unos dieciocho años, en que me encontraba aislado en una casa en las afueras de Madrid, preparándome para el ministerio de la palabra en un retiro en que intervenían varias iglesias. Como hacía bastante frío, tenía el hogar encendido, pero llegó un momento en que el fuego se iba debilitando y estaba por extinguirse. Junto al hogar había un fuelle y empecé a hacerlo soplar sobre las brasas que quedaban, pero al hacerlo en forma suave y sin mayor fuerza, surtía muy poco efecto.

Fue entonces que me di cuenta que no era ésa la forma de hacerlo, y tomé el fuelle con determinación y lo hice accionar con toda energía. El efecto fue rápido y dramático: las chispas en seguida empezaron a volar por todos lados, y las llamas comenzaron a avivarse, y muy pronto todos los leños estaban ardiendo con mucha intensidad.

Necesitamos sin duda del Espíritu Santo, como el fuelle por excelencia para avivar a diario el fuego en nuestras vidas. Pero no basta que nos demos a Él a medias para ese fin, antes bien debemos volcar todo nuestro ahinco y empeño, dándonos de lleno a esa importante tarea de mantener la llama viva cada día.

Parte del secreto también radica en estar activos en nuestras labores para el Señor, aunque se entiende que no en un activismo febril y agotador, sino en ese vaivén armonioso de la voluntad de Dios en que nos desenvolvemos en paz y sin prisa ni pausa. Lo contrario, tomándonos “vacaciones” cuando no corresponde, conducirá a una atrofia espiritual muy perjudicial, y que acabará por apagar el fuego, con todas sus tristes consecuencias.

Y aunque a primera vista no lo parezca, otra forma de mantener el fuego es la que resulta de pasar por pruebas, y tener que enfrentar presiones y tensiones de variada índole e intensidad en nuestro andar diario. Quizá sea ésa una de las muchas razones por las cuales, a Sus verdaderos discípulos, el Señor les permite atravesar muchas tormentas y crisis.

De no mediar las mismas, con todo fácil y sin problemas, la tendencia muy bien podría ser la de bajar la guardia y descuidar la disciplina de buscar a Dios con afán cada día, con el consiguiente enfriamiento espiritual. En cambio, cuando las circunstancias nos apremian de verdad, instintivamente nos volcamos a acercarnos al Trono de la gracia de todo corazón, andando además en la más cumplida y cuidadosa obediencia.

### *El Trono de fuego.-*

Debemos entender con toda claridad que Dios mismo es un fuego consumidor. (Hebreos 12:29) y que Su trono es verdaderamente un trono de fuego.

*“...su trono llama de fuego, y las ruedas del mismo, fuego ardiente. Un río de fuego procedía y salía de delante de él...”* (Daniel 7:9-10)

Ésta es en realidad una revelación sorprendente del trono de Dios. No hecho de marfil, oro ni nada semejante, sino “*una llama de fuego.*”

La verdad que esto nos trae es que Dios no necesita apoyarse ni respaldarse sobre nada – ningún sillón o trono, tal como los conocemos. En cambio, siendo Él en Su esencia fuego eterno y consumidor, se asienta y se afirma sobre sí mismo, como el todo suficiente Ser Supremo que es.

Una pregunta que puede surgir, y que la planteamos por supuesto con toda reverencia, es la siguiente:

¿Y no se quema Dios, sentado como está sobre una llama de fuego?

La respuesta es que esa llama celestial consumidora, sólo devora y consume lo que es susceptible de ser quemado, ya sea escoria espiritual, impureza o todo lo que Pablo llama madera, heno y hojarasca en 1ª. Corintios 3:12. Y claro está que al no haber el menor vestigio de nada de eso en Él, se siente cómodo y bien a Sus anchas sobre ese trono tan particular.

Adicionalmente, notemos que se trata de un trono rodante. No conocemos ni hemos visto ni oído de otro trono que sea así – sobre ruedas. Y más aun, esas ruedas no son de madera ni de metal o con neumáticos, sino ¡de fuego ardiente!

¿Qué sacamos en limpio de esto?

En primer lugar, que Su trono no es estático, sino que avanza en el desarrollo y desenvolvimiento de Su programa eterno. Él es como nuestro sistema solar y como las galaxias que ha creado. Como los científicos y astrónomos aseveran, mientras el uno y las otras interiormente ven girar cada planeta y estrella que los integran en órbitas armoniosas y constantes, también el uno y las otras en forma conjunta se están desplazando progresivamente en el espacio.

Y por supuesto que esas ruedas que propulsan Su trono son el fuego ardiente de Su propia energía omnipotente, incansable y eterna.

Por último, de delante de Él procedía un río – no de agua como los que conocemos – sino ¡también de fuego ardiente! Y el cuadro se completa con millares de millares que le servían, y millones de millones que asistían delante de Él.

Esta visión tan estupenda nos lleva a pensar de inmediato en el día de Pentecostés, cuando ese río abrió sus compuertas para descender en forma de lenguas repartidas, como de fuego, que se asentaron sobre cada uno de los ciento veinte discípulos que estaban congregados.

En esa ocasión Dios dio una señal muy particular y significativa. Los varones judíos de todas las naciones bajo el cielo, que se encontraban en Jerusalén para celebrar la fiesta de las primicias, se vieron atraídos por el estruendo del hablar simultáneo de todos los ciento veinte, oyéndolos hablar cada uno en su propia lengua. Y como bien ya ha sido dicho por otros, amén de todo otro alcance de este portentoso evento, está el de constituir una señal profética inequívoca.

La misma consiste, ni más ni menos, en una prenda segura de que, con el correr de los años y de la historia, esa llama celestial gloriosa, con su mensaje de salvación, vida eterna y restauración plena, ha de propagarse en todas las lenguas de cada raza, tribu y nación del orbe entero. Y la bendita culminación final será que millones de millones – una multitud imposible de contar – estarán sirviendo y asistiendo eternamente, en armonía perfecta delante de ese trono de fuego, y del Anciano de días y el Hijo del hombre, el Cordero ensalzado a lo sumo.

### *El Cristo de Fuego.-*

Habiendo hablado anteriormente de Pablo como un siervo que conocía y tenía ese fuego

sagrado, ahora, para terminar, pasamos a hablar de Jesús como la expresión más alta y perfecta de este principio y fuerza tan importante.

En Lucas 12:49 encontramos que Él dijo: “*Fuego vine a echar en la tierra*”, y en Mateo 3:11 y Lucas 3:16 tenemos el testimonio de Juan el Bautista en cuanto a Él:

“...él os bautizará en *Espíritu Santo y fuego*.”

El primer cumplimiento de esto fue el día de Pentecostés, al cual ya nos hemos referido, aunque sólo en parte. El resultado inmediato fue que esos primeros discípulos se volvieron en una fuerza incendiaria incontenible. En esos primeros capítulos de Los Hechos 2 al 7 se nos narran los maravillosos acontecimientos que tuvieron lugar en la iglesia primitiva de Jerusalén, al punto que el Sumo Sacerdote, hablando en nombre de todos los que estaban con él, les reprochó a los apóstoles que, después de haberles mandado estrictamente que no enseñasen más en ese nombre, ellos *habían llenado a Jerusalén de su doctrina*.(Los Hechos 5:28)

Ése fue un comienzo realmente glorioso, pero desde entonces, a través de los siglos y en diferentes formas, Él ha seguido echando fuego sobre la tierra.

En la gran visión que el apóstol Juan tuvo de Él estando en la isla de Patmos, resaltan, entre otras cosas, Sus dos ojos, que eran como llama de fuego.

Como sabemos, fue una visión enfocada hacia las siete iglesias del Asia de ese entonces, pero por extensión a toda Su iglesia de todos los tiempos. Esos dos ojos como llama de fuego del Cristo ascendido y glorificado, denotan que hasta el día de hoy Él sigue impartiendo, junto con todo el resto de la gama de Su gracia y virtudes, la bendita llama celestial.

Haremos bien en considerar – desde luego que a muy grandes rasgos – la forma en que Él – el Cristo de fuego – se condujo en Su vida y ministerio. Ésa será la mejor referencia para saber determinar lo real y genuino, en contraposición y contraste con lo aparente pero ficticio.

Teniendo en cuenta que el fuego representa el amor (Cantares 8:6 y 7) y la santidad (Malaquías 3:2) – “*como fuego purificador*” – Él sobresale como el Cristo de amor, y al mismo tiempo de la santidad más acabada que se puede concebir.

El fuego en Su vida también se destaca por el celo por la casa de Dios que lo consumía (Juan 2:17), y por hacer la voluntad del Padre y acabar Su obra, que según Sus propias palabras, era Su comida, muy por encima del comer para alimentar Su cuerpo. (Juan 4:34)

Ese acabar la obra del Padre lo llevó al bautismo del que tenía que ser bautizado, y que tanto ansiaba que se cumpliera. (Lucas 12:50) El mismo lo condujo al Getsemaní, y de ahí, por la vía tan dolorosa que todos conocemos, al mismo Calvario.

En toda esa trayectoria no encontramos nunca el menor arrebatado de euforia, ni lo vemos hacer ningún llamado para recaudar fondos, ni reclamar para sí el alojamiento en un hotel de cinco estrellas, ni hacer el menor alarde de lujo o de pompa. Verdad es que en varias ocasiones alzó Su voz, o bien clamó a gran voz, pero eso nunca se debe interpretar como haber lanzado gritos desaforados o histéricos ni nada por el estilo.

Su conducta sobria y austera, Su autoridad, que le permitía siempre dominar toda situación en que se encontraba, pero sin gritos ni manipuleos para lograrlo, sino con la más serena calma – en fin, todo Su ser, vivir y andar, lo señalan como lo más ejemplar, noble y

perfecto que uno se pueda imaginar.

Al ver algunas expresiones de supuesto fuego y poder que proliferan en la actualidad ¡qué contraste grande, casi abismal, encontramos entre ellas y el vivir y hacer de Él – el Cristo del auténtico fuego celestial!

Aunque suene un poco repetitivo, volvemos a decirlo: como en todo lo demás, en este aspecto también Él es nuestro modelo precioso y perfecto.

Preguntas.-

Nombre a seis siervos de Dios del Antiguo Testamento, en cuyas vidas y ministerios hallamos evidencias del fuego celestial.

Establezca una comparación entre 2ª. Reyes 1:10 y 12 y Los Hechos 2:3

¿Es de semejanza o contraste?

Establezca una comparación entre Levítico 10:1 y 1ª. Reyes 18:34, 35 y 38.

¿Es de semejanza o contraste?

¿Concuerda la experiencia que Ud. ha tenido y tiene con lo que en este capítulo hemos definido como auténtico, a diferencia de las apariencias de los “fuegos artificiales”? Si está en desacuerdo y no concuerda, explique por qué y cómo.

Oración.-

Padre Celestial, te doy muchas gracias por la preciosa llama que un día encendiste en mi vida. Te bendigo por cada vez que, en medio del fragor de la lucha, las pruebas y los sinsabores de la vida, ella se ha levantado dentro de mí, dirigiéndome hacia arriba – hacia Ti y Tu trono de gracia.

Dame sabiduría y fortaleza para alimentarla cada día, a fin de que en todo el resto de mi vida siga ardiendo pura y constante. Y guárdame también de todo engaño o seducción que pudiera hacerme deslizar hacia fuegos falsos. No quiero sino lo que es genuinamente Tuyo. Amén.

----- ( ) -----

**PARA RESPUESTAS A LAS PREGUNTAS**

1)

2)

3)

4)

5)

## **PARA REFLEXIONES DEL LECTOR**

### **CAPÍTULO XX11 – El hálito de la inspiración divina**

Como advertirá el lector, en los últimos capítulos nos estamos remontando a niveles bastante altos, que algunos podrían pensar que son demasiado elevados para un joven o una joven que está siendo discipulado.

Creemos que, sin entrar en el terreno de la utopía, o de un idealismo irreal ni nada semejante, siempre será bueno que nos fijemos metas altas, aunque desde luego en materia de calidad de vida, no de cantidad y números. Cuanto más altas sean nuestras metas – siempre dentro de un marco correcto y exento de vanidad o altivez – mayores serán las posibilidades de lograr un nivel espiritual elevado y plenamente satisfactorio.

El hálito o soplo de la inspiración divina es, al igual que el fuego celestial, algo no fácil de definir con precisión. Tiene que ver, eso sí, con estar cerca de Dios, en búsqueda queda y consecuente de Su respuesta, consejo, guía o la palabra en sazón que habrá de ser enseñada o predicada.

Notemos que en el original hebreo y en el griego, la palabra espíritu es la misma que se usa para el aliento o el viento.

De ese estar cerca de Dios y de esa búsqueda de algo que en realidad viene de lo alto, surgen respuestas y/o verdades de las Escrituras para impartir a otros. Las mismas pueden

ser a menudo cosas bien conocidas, lógicas y normales. No obstante, por venir del Espíritu de Dios como algo en sazón para la contingencia o coyuntura en que uno se encuentra, llegan cargadas, digamos, de la frescura y fragancia que sólo el bendito Espíritu les puede conferir. Y además, la presentación o expresión que se les da, a pesar de ser como decimos cosas que en su esencia no son nada nuevo, traerán también algo de la originalidad y creatividad que son propias del genio divino del cual proceden.

En un grado muy elemental y sencillo, esa inspiración puede venir como respuesta a una inquietud, por ejemplo, de si se debe o no hacer cierta cosa. Por tratarse de algo en que no hay pecado, y que en sí no tiene nada incorrecto, por una parte se desea hacerlo, pero...en la conciencia suena una suave campanilla de alarma.

Por lo tanto, se inquiere del Señor y en un momento dado las palabras “*Todo me es lícito, pero no todo conviene*” de 1ª. Corintios 10:23, vienen a la mente con mucha suavidad, pero también con mucha claridad, y se sabe que ha sido la respuesta divina a la consulta formulada.

La conveniencia y ventajas de hacer o aceptar ese algo la presentaban como una oportunidad favorable, pero los ojos del que todo lo ve advierten que, a la postre, traería trastornos y complicaciones y que será mejor desecharlo.

¡De cuántos males innecesarios podemos ser librados, si recurrimos a la Fuente de toda sabiduría y somos tiernos en acatar Sus sabios consejos, aunque a veces en contra de nuestros deseos naturales!

Siempre en el mismo plano elemental, el autor recuerda una coyuntura importante en su pasado, hace ya más de cuatro décadas. Se había propuesto asistir a una convención a la que había sido invitado, a celebrarse en Setiembre de 1961.

En un momento dado, unos dos meses antes, sintiéndose algo desanimado, contempló fugazmente la posibilidad de cancelar su reserva y no asistir. Ese mismo día, al leer las Escrituras correspondientes a ese día en un libro devocional, le resaltaron las palabras “...*pero yo no hice así, a causa del temor de Dios.*” (Nehemías 5:15b)

Esto le hizo desistir de tomar esa decisión negativa y ¡cuánto se lo agradece al Señor! Esa convención fue clave para su vida, trayéndole una bendición que alteró su rumbo y destino. De no haber asistido se la habría perdido, y además, le habría dejado continuando en el atolladero en que se encontraba en ese entonces.

Hemos tomado dos ejemplos, en los cuales la inspiración estaba basada en las Escrituras, pero sin desconocer que el Señor también habla, guía e inspira por otros medios. Entre ellos, podemos citar los sueños y visiones, y la misma Escritura nos da testimonio de ello en pasajes tales como Mateo 2:13, 19 y 22; Los Hechos 2:17 y 16:9 y 10, etc.

Sin embargo, en el terreno de la experiencia práctica, aquilatada a través de los años, hemos observado que esta esfera de visiones y sueños puede ser muy escabrosa. Para ser justos, de hecho que reconocemos que *algunos* de ellos que se nos han compartido han resultado genuinos y tenido su debido cumplimiento. No obstante, en muchas ocasiones – casi diríamos en la mayoría - lo que hemos oído o se nos ha compartido evidentemente no tenía su procedencia de lo alto, ni se llegó a cristalizar en nada concreto. Peor aun, en algunas oportunidades sólo ha traído confusión y otros perjuicios no fáciles de superar.

En 2ª Pedro 1:16-18 el apóstol se refiere a la transfiguración, que él presenció con otros

dos testigos absolutamente fiables – Juan y Santiago - cumpliéndose así totalmente el requisito establecido por las Escrituras en el Pentateuco (Deuteronomio 19:15), en los evangelios (Mateo 18:16) y en las epístolas. (2ª. Corintios 13:1)

Sin embargo, en el versículo 19 añade en forma significativa: “*Tenemos también la palabra profética más segura...*” lo cual, en definitiva, y sin desechar por completo ni los sueños ni las visiones – que desde luego han de examinarse con la debida cautela – hace que nuestra preferencia se incline por lo que discurre a través de las Sagradas Escrituras.

Sin querer ser demasiado subjetivos, es posible que esta preferencia se deba a algo que marcó a quien esto escribe desde el vientre de su madre.

En efecto: ella, que ya está con el Señor, le contó cuando él tenía unos 25 años de edad, que mientras lo llevaba en su vientre, durante todo el período del embarazo sintió a diario un gran deseo de leer la Biblia.

Esto resaltaba como algo especial, pues por ese entonces ella todavía no se había convertido y su madre le había inculcado la creencia católica romana, que en esos tiempos o bien prohibía o desaconsejaba la lectura de las Escrituras.

En realidad, eso constituyó lo que llamaríamos una marca de nacimiento que el Señor le puso y que ha visto cumplirse a lo largo de los años, con la lectura asidua y el estudio diario de la palabra de Dios. Además, ha servido como una clara señalización que le ha indicado el rumbo y el pequeño destino que su Creador le ha asignado. Junto con la oración, la Biblia ha sido y es base y columna rectora en su vida y labores para el Señor.

La inspiración del Espíritu en el manejo y ministerio de la palabra es algo que también debe inculcarse al discípulo. La palabra de Dios es – como tantas veces se ha dicho – una mina maravillosa e inagotable de tesoros de verdades y principios en cuanto a las cosas celestiales, y también en cuanto a lo terrenal.

El buen discípulo ha de adquirir el hábito de leer y estudiar las Escrituras a diario con toda dedicación. Orando antes de hacerlo, y haciéndolo con un espíritu tierno y humilde, podrá ir hallando perlas, joyas y alhajas de su propia cosecha y que serán para provecho y edificación de sí mismo y también de otros.

No es éste el lugar ni la ocasión para presentar las reglas de sana homilética y hermenéutica que deberá observar, pero sin duda el buen discipulador habrá de buscar impartírselas a su debido tiempo.

Lo importante es que comprenda con claridad la necesidad de no emprender las cosas en forma mecánica y rutinaria. Esto sólo se puede lograr cuando la mano de Dios está sobre la vida de un discípulo, y él, aparte del estudio consciente de la palabra, antes de exponerla se acerca de verdad al trono de la gracia para empaparse de la presencia de Dios, y así poder presentarla con gracia y frescura. De otra manera, casi siempre resultará letra muerta, o, expresándolo de otra forma, pan duro y seco que de muy poco aprovechará.

Desde luego que no a todos se les da esta gracia de abrir la palabra de verdad y presentarla en forma viva, fresca y realmente nutritiva. Pero, al identificarse a alguien sobre el cual está esa gracia, aunque todavía en estado incipiente o aun embriónico, se deberá buscar potenciarla con la debida sabiduría. Uno de los consejos que habrá de dársele será que antes de traer la palabra de Dios, se coloque por la oración en la presencia divina,

despojándose de toda vanagloria, autosuficiencia o engreimiento, y buscando sobre todo el respaldo y la virtud del Espíritu Santo.

Para esto último, podrá asirse con fe de la promesa de Lucas 11: 13:

*“Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?”*

Entre paréntesis, algunos interpretan esta promesa como no aplicable a creyentes realmente renacidos, debido a que ya tienen el Espíritu Santo desde que se convirtieron.

Aceptando esto como verdad, debemos entender no obstante que, para cada tarea que hagamos para el reino de Dios, necesitamos que ese Espíritu que ya mora en nosotros pueda fluir y comunicarnos Su virtud celestial. Y esto en ninguna manera lo podemos dar por sentado, sino que lo debemos buscar con todo ahinco y en una actitud de tierna y humilde dependencia, pidiéndole al Padre que para esa tarea expresa que estamos por emprender – sea cual fuere - nos dé el Espíritu Santo con Su vida, gracia y poder. Así, y sólo así, lo que hagamos tendrá inspiración y respaldo divinos – y otros que lo oigan o lo vean, sabrán a ciencia cierta que ha venido de lo alto, con evidente provecho y bendición para todos.

Es evidente también que el cultivo y desarrollo de todo esto será algo gradual que deberá ir debidamente acompañado por la experiencia práctica, derivada tanto del trato individual de Dios con la vida de uno, como de su aprendizaje en el terreno de las labores para el Señor que irá realizando con el correr de los meses y los años.

También se observará que, a medida que alcance más madurez y santidad en la vida, la claridad y limpieza de lo que el discípulo traiga y aporte irán en aumento. Pero sobre todo, durante la etapa temprana de su desarrollo, habrá que cuidar que su trazado de la palabra de verdad sea correcto y claro, haciéndole las correcciones y sugerencias que sean necesarias.

Se entiende que todo esto se refiere a la parte inspiracional del ministerio de la palabra, y dejamos bien claro que deberá ir acompañado de una buena comprensión de los lineamientos básicos de las doctrinas fundamentales de la Biblia. Esta buena comprensión podrá cotejarse con ejercicios que se le den para la exposición de varios de los temas que comprenden esos lineamientos, como, por ejemplo, el pecado, el arrepentimiento, el nuevo nacimiento, la sangre, la justificación, la santificación, etc.

No estará demás inculcarle la necesidad de que cuando comparte lo que ha recibido del Señor, sea por una parte claro, y por la otra conciso, ciñéndose a dar fielmente lo que ha podido cosechar, y no “engordándolo” con añadiduras que le quiten efectividad.

El contraste es muy marcado. Esto último generalmente lo hace quien no se conforma con hablar en forma breve, y quiere extenderse más de lo que debe, con el resultado de que eso bueno que tenía para compartir se diluye y pierde vigor y sabor.

En cambio, el que, sabiendo cuál es su medida se limita a dar aquello que verdaderamente ha logrado recibir del Señor, sin agregarle nada para alargar lo que dice, consigue un efecto mayor y más edificante. Y no olvidar, dicho sea de paso, el sabio refrán que nos dice que *“lo bueno, si breve, dos veces bueno.”*

Como un pequeño ejemplo que podrá servir también de orientación, tomemos la ocasión en que Eliseo resucitó al hijo de la sunamita. (Ver 2ª. Reyes 4:32-37) Tendiéndose sobre el cuerpo muerto, puso su boca sobre la boca del niño, sus ojos sobre sus ojos y sus manos

sobre sus manos, con lo cual logró que el cuerpo del niño entrase en calor.

Esto lo podemos asociar con el identificarnos en cierta forma con el mirar de los ojos, el hablar de la boca y el hacer de aquéllos que están muertos en delitos y pecados, y a quienes deseamos impartir nueva vida en Cristo. Ciertamente es que así se refleja el amor hacia ellos y produce el efecto de que ellos empiecen a sentir en su alma el calor de ese amor. Sin embargo, *esto en sí no basta*.

Ahora bien, la Biblia se puede y se debe leer en muchas formas distintas: con hambre, con sed, aun en el tren, autobús o en la sala de espera del dentista o del médico, y también dedicándole tiempo para estudiarla comparando pasajes paralelos, contrastando con otros opuestos, memorizando versículos destacados o importantes, etc. etc.

Y otra forma en que también debemos aprender a leerla es *entre líneas*. Este versículo 34 nos da una ilustración muy puntual sobre esto.

Efectivamente, tenemos la segunda línea del versículo – “*poniendo su boca sobre la boca de él...*” y a continuación “*sus ojos sobre sus ojos*” en la siguiente línea.

No hace falta mucha imaginación para darnos cuenta de algo precioso y que resultó fundamental. Entre esa segunda línea y la tercera, con toda evidencia se ha de ver la nariz de Eliseo – entre su boca y sus ojos – la clave invisible del versículo, pero patente y latente para quien tiene ojos para verla. En efecto: ¡habría sido imposible para él poner su boca y sus ojos sobre los del niño, sin poner también su nariz sobre la del niño!

Y esto, claro está, nos habla del aliento, del hálito de vida del cual estamos hablando – ese oxígeno celestial que hace toda la diferencia entre lo que es respirar y tener vida, y ser un cuerpo tal vez perfecto en todo, pero inerte y carente de respiración. Es la misma diferencia que encontramos en Adán en Génesis 2:7, y en los huesos secos que se juntaron cada hueso con su hueso en Ezequiel 37. Tenían carne y piel, pero les faltaba el aliento, y fue sólo al recibir ese soplo vital que pasaron a tener vida.

Desde luego que el versículo 35 nos confirma todo esto, al señalar que “*el niño estornudó siete veces y abrió los ojos.*” Fue por ese lado – el de la nariz con esos benditos estornudos – que el niño recobró la vida que había perdido, al volver a tener el soplo de vida.

Y huelga decir, en conclusión, que este aliento de vida, que procede del Espíritu de vida, es lo que debemos procurar impartir a través de nuestro testimonio o ministración de la palabra. Así, además de enseñar su sana doctrina y dar una correcta exposición bíblica – reconociendo desde luego el gran valor de ambas cosas – hemos de comunicar vida. Y a esto es lo que vino Jesucristo –el postrer Adán, espíritu vivificante, y así lo afirmó en Juan 10:10 cuando dijo:

*“...yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia.”*

#### Preguntas.-

¿Cree Ud. que el contenido de este capítulo es práctico e importante, o lo considera como algo subjetivo, a lo cual no hay que prestar mucha atención?

Explique la razón de su respuesta, ya sea en un sentido u otro.

¿Puede dar ejemplos de ocasiones en que recibió inspiración divina con mucha claridad?

Además de la Biblia ¿de qué otros medios se vale el Señor para hablarnos e inspirarnos?

¿Por cuál o cuáles se inclina su preferencia?

Oración.-

Padre celestial, gracias te doy que Tú te has revelado y te revelas por Tu palabra y por la persona de Tu Hijo Jesucristo, a través de toda Su prédica y vida ejemplar.

Gracias también que te preocupas por hablarnos a nosotros, Tus hijos, y a inspirarnos para que te podamos servir acertadamente.

Ayúdame a vivir cerca de Ti y en humilde dependencia de Tu Espíritu, para poder así recibir de Él ese soplo inspirador y vivificante. Y sobre todo, te pido que Tu gracia esté sobre mí para no dar letra muerta ni pan seco y duro a los que pones en mi camino, sino esa vida y esa virtud fresca y sana que sólo viene de Ti, el Supremo Dador de la vida y de todo bien. Amén.

----- ( ) -----

**PARA RESPUESTAS A LAS PREGUNTAS**

**1)**

**2)**

**3)**

**4)**

**5)**

**PARA REFLEXIONES DEL LECTOR**

## **CAPÍTULO XXIII – El aceite de la santa unción.**

Éste es otro símbolo del Espíritu Santo. Como lo hicimos al principio del capítulo anterior, volvemos a señalar la dificultad que siempre se presenta cuando se trata de definir con precisión lo que es intangible e invisible, aunque por supuesto – tanto aquí como en los casos anteriores – algo muy real.

Empezaremos por establecer la diferencia entre el hálito o aliento y el aceite de la santa unción. Esto último tiene que ver con la capacitación, ya sea para la ejecución de algo, como para la transmisión a otros de las virtudes y gracias celestiales, mientras que el hálito o aliento se relaciona con la inspiración y también con la creación de algo

Para comprender mejor las cosas, consideremos brevemente cómo se tenía que confeccionar el aceite de la santa unción. Vemos en Éxodo 30 que se componía de especias finas (mirra excelente, canela aromática, cálamo aromático y casia, mezclados con aceite de olivas) cada uno en una cantidad precisa y exacta.

Esto último nos habla de lo que podríamos llamar el aspecto científico de las cosas de Dios, en el sentido de Sus leyes y principios precisos e inamovibles, que parten de Su esencia de ser el *“Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación.”* (Santiago 1: 17b)

Pero todos estos ingredientes en sus cantidades exactas debían ser combinados y mezclados *“según el arte del perfumador.”* (Éxodo 30:25) Sin duda, así se nos puntualiza que en la unción santa, la cual todo esto simboliza, hay amplio lugar y cabida para el genio y la originalidad del Ser Divino, que rehusa transitar por la senda del molde rígido o la copia a través del papel carbónico o la máquina fotocopidora.

Por otra parte, esas especias finas, que eran de alto precio, tenían propiedades principalmente medicinales o curativas y aromáticas. Las primeras por cierto que salen a relucir en el contexto de Lucas 4:16-19, en el que Jesús, al leer el pasaje de Isaías 61:1-2 y afirmar que ese día se cumplía esa Escritura delante de ellos, declaraba en forma expresa que Él había sido *“ungido para dar buenas nuevas a los pobres”* y además *“sanar a los quebrantados de corazón.”*

¡Cuánto bálsamo suavizante y curativo hay en esa operación auténtica del Espíritu Santo, representada en forma tan apta por esas valiosísimas especias finas de la más alta calidad!

El aceite de la santa unción tenía múltiples aplicaciones. Se lo utilizaba para ungir al sumo sacerdote en ocasión de su consagración (Éxodo 29:7) También para ungir al rey al comienzo de su reinado (1ª. Reyes 1:34 y 39), y en estos dos usos evidentemente se trataba de conferirles una capacitación para las importantes funciones que debían desempeñar.

En cuanto a esta última aplicación – la capacitación - tenemos un caso muy interesante y aleccionador relacionado con Jehú, el hijo de Josafat, hijo de Nimsi, cuyo reinado se nos narra en 2ª. Reyes capítulos 9 y 10.

Siendo anteriormente sólo un capitán más entre los muchos príncipes del ejército, al echársele sobre la cabeza el aceite que llevaba en la redoma el hijo de los profetas comisionado por Eliseo, pasó a quedar ungido como rey sobre Israel.

En ese ungimiento había algo especial e importante. Por la vía de Elías al oír el silbo apacible y delicado que le habló en Horeb, el monte de Dios (1<sup>a</sup>. Reyes 19:12 y 18), transmitido a Eliseo y por éste al hijo de los profetas, le vino un mandato expreso y categórico de barrer con toda la casa del horrible rey Acab y la fiera de su mujer, Jezabel, y con la totalidad del culto de Baal.

De ahí en más, lo vemos a Jehú, que ya era de por sí un guerrero impetuoso y aguerrido, capacitado de tal manera, que se volvió en un titán irresistible en el campo de batalla, contra el cual nada pudieron los enemigos que lo enfrentaron.

Otro uso del aceite de la santa unción era el de ungir el tabernáculo de reunión, el arca del testimonio, la mesa, el candelero, el altar del holocausto con todos sus utensilios, además del altar del incienso y el lavacro con su base. El fin de este ungimiento era el de consagrarlos todos para el servicio y que fueran así cosas santísimas, a tal punto que cualquier cosa que se apoyase en ellos o los tocase, fuera o quedase santificada. (Éxodo 30:26-29)

Esto no es sino un indicativo elocuente de lo que debe ser el servicio del Señor, tanto a nivel personal como colectivo: toda actividad, todo cuanto se haga y diga, deberá llevar el sello distintivo – consagrador y santificador – del aceite de la santa unción.

Habrá notado el lector que a lo largo del capítulo, al referirnos a la unción, siempre hemos antepuesto el adjetivo *santa*, tal y cual aparece en el texto bíblico de Éxodo 30:25 y en otras citas también.

Aunque no deja de ser un tema escabroso, y en el cual no corresponde que aquí nos internemos con demasiado detalle, debemos tener en cuenta que muy bien puede haber en algunos casos una unción que no es santa, y que, por lo tanto, no es la auténtica que viene de Espíritu Santo.

Recordamos el caso de un joven que cantaba himnos y canciones con lo que muchos conceptuaban ser una tremenda unción, y que hacía encender y enfervorizar a la congregación en las reuniones en que participaba.

Una joven bastante sincera en su amor al Señor, aceptó su propuesta de noviazgo y matrimonio, sintiéndose muy honrada de poder casarse con un hombre que – pensaba ella, y muchos otros también – era tan ungido. Sin embargo, y lamentablemente, a poco de estar casados descubrió para su gran dolor y desengaño, que era en realidad una mala persona, que llegó a castigarla corporalmente con mucha crueldad, y creemos recordar que el matrimonio quedó trunco después de no mucho tiempo.

En pocas palabras, no es todo oro lo que reluce, y no debemos dejarnos engañar por apariencias de carisma, habilidades o “unciones” que no tienen el respaldo de una vida espiritual recta, sana y limpia.

El aceite de la santa unción no debía ser derramado sobre carne de hombre ni se debía poner sobre ningún extraño (Éxodo 30:32-33) lo que habla de por sí, sin necesidad de añadir comentarios

En Levítico 21 se nos habla de la santidad de los sacerdotes, y una de las cosas que resalta es lo sagrado que era a los ojos de Dios ese aceite de la unción derramado sobre la cabeza del sumo sacerdote. (Ver versículos 10 y 12) Eso lo hacía una persona especial, privilegiada y santificada.

Sabemos que nuestro Sumo Sacerdote Jesucristo, por la semilla de la sangre de Su vida derramada en el Calvario, nos ha hecho reyes y sacerdotes para Dios. Debemos saber valorar y atesorar esta gracia tan grande, y tener esa unción de Él recibida, como algo totalmente irrenunciable y absolutamente no negociable.

En forma condensada, debemos en la práctica:

- a) buscar a Dios para mantenernos en la frescura de esa unción en cada actividad en que sirvamos;
- b) guardarnos de cualquier cosa que pudiera contaminarnos, “profesionalizarnos”, o hacernos desviar de un tierno caminar ante Dios;
- c) procurar que la fragancia y las propiedades medicinales y curativas de la unción estén siempre presentes.

#### Preguntas.-

- 1)¿Ha tenido Ud. la experiencia de ministrar la palabra de Dios con la unción del Espíritu Santo?
- 2)En caso afirmativo ¿cómo lo sabe? ¿Porque otros se lo han dicho? ¿Porque Ud. tiene la convicción de que fue así? ¿Por la forma en que Ud. se sentía y cómo fluía el mensaje?
- 3)¿Ha tenido Ud. la experiencia de ministrar la palabra de Dios sin la unción?  
Explique la diferencia y los contrastes entre lo uno y lo otro.

#### Oración.-

Señor, hazme comprender y valorar debidamente el tesoro inapreciable de la santa unción. No permitas que me vuelva rutinario, repetitivo ni falto de esa preciosa unción, sirviéndote meramente con mis propios recursos. Guíame y corrígeme cuando sea necesario, para que pueda mantenerme siempre tierno y fresco delante de Ti. Amén.

----- ( ) -----

### **PARA RESPUESTAS A LAS PREGUNTAS**

**1)**

**2)**

3)

## **PARA REFLEXIONES DEL LECTOR**

### **CAPÍTULO XXIV – LA PLENITUD DEL ESPÍRITU**

Habiendo terminado estos tres últimos capítulos, no podemos menos que pasar a referirnos a la plenitud del Espíritu. En realidad, como algo que tal vez se da por sentado debido a ser tan básico e importante, confesamos que casi se nos había pasado por alto.

A todo lo largo de la Biblia, y sobre todo en el Nuevo Testamento, la necesidad de ser guiados y equipados por el Espíritu Santo para poder servir a Dios, aparece como algo imprescindible.

El mismo Señor Jesús no se desempeñó en Su ministerio como el Hijo de Dios todopoderoso y eterno que era y que es, sino que lo hizo como el hijo del hombre, como a menudo Él mismo se llamó, dependiendo en todo del poder y la capacitación del Espíritu.

En la ocasión de Su bautismo en el Jordán fue ungido por el Espíritu, y casi de inmediato, lleno del Espíritu, fue guiado al desierto para su confrontación con Satanás. (Lucas 4:1) De ahí en más, ya sea para enseñar, como para sanar a los enfermos, expulsar los demonios y todo el resto de Su servicio aquí en la tierra, dependió del Espíritu Santo, al igual que para Su ofrenda expiatoria en el Calvario, que también la hizo por el Espíritu Eterno, como se nos dice en Hebreos 9:14.

El día de Pentecostés, al inaugurarse la dispensación de la gracia y nacer la nueva iglesia en Jerusalén, leemos que todos fueron llenos del Espíritu Santo. De ahí en adelante, en todo el relato de Los Hechos vemos como se nos habla de la plenitud del Espíritu en un buen número de oportunidades, como una normativa evidente e indispensable. Tenemos también la exhortación de Efesios 5:18 “*sed llenos del Espíritu*” dirigida en el plural a todos los santos y fieles de la iglesia de Éfeso, lo que nos deja sin lugar a dudas de que es algo para todo creyente y discípulo, y no para unos pocos que pudieran descollar y sobresalir.

Dos puntos importantes surgen del relato de Lucas. El primero de ellos viene de la

comparación con la experiencia de los primeros discípulos, narrada en Los Hechos. En efecto, de éstos se dice en más de una oportunidad que fueron llenos del Espíritu, como podemos verificar mirando Los Hechos 2:4 paralelamente con 4:8 y 31 y también 9:17 con 13:9. Esto nos da a entender que ellos tuvieron que renovarse en esa plenitud, cosa que por otra parte está ampliamente corroborada por la experiencia de muchísimos siervos del Señor.

En contraste, en cuanto a Jesús sólo se dice en una única ocasión – la de Lucas 4:1 ya citada más arriba – que fue lleno del Espíritu, quedando claro, por supuesto, que todo el resto de Su labor la siguió haciendo por el poder del Espíritu, como también ya hemos señalado. Pero al decirse *una sola vez* que fue lleno del Espíritu, surge la clarísima conclusión que esa bendita plenitud nunca se llegó a diluir o debilitar en Él. Muy por el contrario, por Su vida, irreprochable en todo sentido, la pudo mantener renovada e intacta en todo momento.

El segundo punto proviene de considerar Lucas 4:14, que viene inmediatamente después de la tentación en el desierto por 40 días. Como alguien ha puntualizado con mucho acierto, muchas veces después de un período de prueba y dificultades, como mortales falibles y necesitados que somos, precisamos un tiempo de descanso y recuperación. En cambio, Él marchó *en el poder del Espíritu* directamente a Galilea a comenzar Su ministerio, sin que haya el menor indicio de una pausa para reponerse ni nada de esa índole.

Sólo podemos exclamar **¡Maravilloso e incomparable Jesús, nadie como Tú!**

Como el tema de este capítulo es tan bien conocido y otros ya han escrito tanto sobre él en muchas obras dignas y valiosas, no nos extendemos más.

El discípulo tiene que ser instruido en forma práctica sobre la plenitud del Espíritu y llevado al punto de recibirla, para luego continuar renovándose en ella a través del tiempo.

La fundamental importancia de esta plenitud de que hemos hablado, tiene aplicación en realidad para *todo lo demás* de este libro, especialmente para los capítulos sobre el amor, la fe, la santidad, la humildad, la oración y la palabra, y asimismo para el siguiente sobre la victoria en la prueba y la tentación, que constituye el vigésimoquinto peldaño. Y de hecho esto nos señala que no se trata de una experiencia meramente extática, sino de algo que nos debe acompañar, y regir nuestra vida y conducta en todos sus más variados aspectos.

#### Preguntas.-

- 1) ¿Ha sido Ud. consciente de haber sido lleno del Espíritu por primera vez? ¿Cuándo?
- 2) Desde entonces ¿es consciente de haber sido renovado en esa plenitud?
- 3) Actualmente ¿se siente y se sabe lleno del Espíritu en su servicio o trabajo para el Señor?

#### Oración.-

Padre Celestial, muchas gracias por la maravillosa realidad de que mi vida pueda ser un templo sagrado en el cual moras Tú por Tu Espíritu Santo, y más aun, que yo pueda

sentirme y saberme lleno de Tu Espíritu. Comprendo la gran responsabilidad que esto supone, y te pido que sigas derramando Tu gracia sobre mí, para que, lejos de contristar al Espíritu, me pueda seguir renovando en todo el resto de mi carrera en esa dichosa plenitud. Amén.

----- ( ) -----

### **PARA RESPUESTAS A LAS PREGUNTAS**

- 1)**
- 2)**
- 3)**

### **PARA REFLEXIONES DEL LECTOR**

## **CAPÍTULO XXV – Venciendo en la prueba y la tentación.-**

En este penúltimo capítulo abordamos esto que es tan importante: vencer en la prueba y la tentación.

Necesariamente, todo discípulo debe ser probado y tentado. Como en todo, Jesús, nuestro Maestro, es también en este aspecto nuestro modelo perfecto.

Él tuvo que enfrentar la tentación en el desierto esos 40 días. Satanás había vencido a Adán, nuestro primer padre, y así se había convertido en el hombre fuerte del planeta tierra. Jesucristo, como cabeza de la nueva creación que iba a surgir como resultado de Su obra expiatoria en el Calvario y Su resurrección posterior, tenía necesariamente que vencer primero a Satanás el hombre fuerte, atándolo con Su victoria en una confrontación en el desierto, y en todo el resto de Su trayectoria terrenal.

Notemos que inmediatamente después de Su bautismo en el Jordán, en el cual el Espíritu

Santo descendió sobre Él para unirlo para Su ministerio, fue llevado por el mismo Espíritu al desierto para enfrentarse primero con Satanás. Recién después de Su victoria en esa confrontación pasó a desarrollar Su ministerio público, en el cual, entre muchas otras cosas, iba a liberar a los que el enemigo y sus huestes tenían cautivos.

La forma en que ató a ese hombre fuerte no fue pronunciando palabras como “*Te ato*” o “*Te reprendo y te mando que te marches*”, sino vencéndolo en la tentación, lo cual de hecho pasó a atarlo, privándolo de todo terreno en Su propia vida.

En realidad, fue reparar el tremendo daño que el primer Adán había causado a la raza humana, al claudicar ante la serpiente y permitir así que se desatase su poder para actuar en el mundo. Adán había perdido su señorío sobre la tierra que Dios le había dado al crearlo, el cual pasó a manos de Satanás, que se convirtió así en el príncipe de este mundo, tal como lo llama Jesús en Juan 14:30.

Pero – gracias infinitas sean dadas a Él – Cristo recuperó ese señorío para la raza humana. Esa primer victoria, seguida por el resto de Su vida y ministerio, en que nunca cedió un ápice al maligno, y Su glorioso y supremo triunfo en la arena del Calvario, sirvieron para despojarlo a Satanás de todo poder y autoridad.

Es decir, que no tenemos que tratar de atar ni hacer caer al enemigo. Si tratamos de hacerlo, sin darnos cuenta estamos declarando nula e inválida la victoria total que Cristo ya logró, y de la cual tenemos amplio testimonio en las Escrituras. (Ver, entre otros pasajes, Colosenses 2:15 y Efesios 1:21-22.)

En cambio, lo que sí debemos hacer es mantenerlo atado en cuanto a nuestra propia vida, no dándole ningún lugar (Efesios 4:27) y permitiendo, por nuestra cumplida y continua obediencia, que Él nos guarde, para que así el maligno no nos pueda tocar. (1ª. Juan 5:18)

Muchos no entienden esto, y descuidándolo, se empeñan en atar, reprender o echar del lugar a los demonios, el hombre fuerte, la reina del cielo o la diosa pagana de la región, los cuales, como ya se ha dicho, ya están atados y vencidos por la total victoria de Cristo sobre ellos. Ahora bien, si en sus vidas, no andando con absoluta limpieza, le están dando lugar al diablo, al hacer eso están entrando en un terreno muy peligroso.

Por supuesto que al afirmar estas cosas no desconocemos que hay una gran actividad de Satanás y sus huestes diabólicas, que continuamente causan estragos y desgracias entre los hombres y las mujeres de este mundo, y que además están en constante acecho contra la iglesia y el pueblo de Dios.

Sin embargo, es necesario comprender bien las cosas. En el mundo actúan casi diríamos cómodamente, por el amplio lugar que le dan la mayoría de los seres humanos inconversos, con su amor y entrega al pecado en sus múltiples ramificaciones: el materialismo, la mentira y la trampa con el fin de ganar más dinero y no pagar la renta que debieran, la lujuria, el ocultismo, que busca en fuentes corrompidas y diabólicas lo que se debería buscar y encontrar en Dios, y un largo etc.

Reprender y pretender echar a los espíritus diabólicos de zonas o estratos de la sociedad donde todo eso prolifera, es un abierto contrasentido que revela una crasa falta de criterio. En realidad, a veces pensamos que ellos - los demonios - se deben reír para sus adentros, cuando cristianos se pasan horas tratando de echarlos con sus continuas reprensiones, sabiendo que están operando en un terreno que a ellos les pertenece, y que, por otra parte,

Dios mismo les reconoce.

En verdad, se trata de una cuestión legal :– el hombre elige el pecado y prescindir totalmente de Dios, y al hacerlo lo hace *con todas sus consecuencias*, aunque sin comprenderlo plenamente, porque el pecado es muy engañoso. Estas consecuencias se pueden resumir diciendo que queda ubicado en el terreno contrario a Dios – el del mal y las tinieblas, que le pertenece al maligno.

Para salir de él, la única forma es el arrepentimiento y la vuelta a Dios, y en esa línea deben estar enfocadas nuestras oraciones y esfuerzos. Es decir, *no tratar de expulsar a los demonios de un lugar que por derecho les pertenece, sino quitarles ese lugar y derecho, lo cual sólo se puede lograr con el verdadero arrepentimiento y abandono del pecado.*

Para mayor abundamiento, en todas las genuinas manifestaciones del obrar de Dios, esto último es lo que ha sucedido por el poder y la virtud del Espíritu Santo. Y así las fuerzas del maligno han perdido su autoridad, derecho y poder sobre las almas, que han pasado a convertirse en hijos de Dios, bajo Su tutela y protección.

En cuanto a los que ya son creyentes y forman parte de la verdadera iglesia de Cristo, la norma general es que no pueden ser tocados por el enemigo, a menos que se dé alguno de los tres siguientes factores.

Se le esté dando lugar, por consentir el pecado, tomarse libertades indebidas en cuanto a cosas mundanas o dudosas, o desobedecer al Señor en alguna manera.

Por cosas del pasado que no han sido debidamente tratadas, tales como vínculos con el ocultismo en cualquiera de sus múltiples ramas, prácticas deshonestas, lascivia y otros pecados groseros de la vida anterior, que si bien ya no se siguen practicando, nunca ha habido en cuanto a ellos un arrepentimiento profundo con renuncia total. Esto dejará lugar, a veces insensiblemente, a que en una forma u otra en ocasiones el enemigo se infiltre y haga de las suyas.

Situaciones especiales en que Dios lo permite, pero sabiendo que a la larga redundará para beneficio, purificación y riqueza espiritual. Entre otros tenemos el caso de Job y el de Pablo. A este último el Señor permitía que por medio del aguijón en la carne, el mensajero de Satanás lo abofetease, pero todo con fines de bendición y mayor virtud de lo alto, a la par que para inocularlo contra el envanecimiento.

Debemos recalcar que casos como estos son bastante excepcionales, y cada uno se debe cuidar de no caer en la trampa de creer que ocasiones en que es oprimido o atacado por el maligno entran en esta categoría, cuando en realidad corresponden a uno de los dos puntos anteriores.

Todo esto lo presentamos como una introducción práctica, que, bien comprendida y asimilada, le permitirá al discípulo afrontar las pruebas o tentaciones que se le presenten con buen entendimiento y un criterio sano y correcto.

“Viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí.” (Juan 14:30)

Ése era el estado óptimo en que Jesús se encontraba en forma permanente. Aun

reconociendo sus limitaciones, falibilidad y puntos débiles, cada discípulo debe proponerse esa misma meta: la de ser una persona en la cual el maligno *nada tiene*.

En línea paralela con esto va la exhortación de Pablo en 2ª. Corintios 7:1 que ya hemos citado en un capítulo anterior:

*“Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios.”*

Debemos tomar conciencia con toda claridad que cuanto sea carnal, egoísta, mundano o deshonesto, siempre le brinda lugar al maligno para atacarnos. Por consiguiente, la obediencia a esta exhortación a que progresemos decididamente en cuanto a la santidad, tendrá, además de otros beneficios muy valiosos, el de predisponernos mejor para la prueba y la tentación, al robarle posibilidades al enemigo de encontrar fisuras o grietas en nuestra armadura espiritual.

Parte de la experiencia – casi diríamos normal – de cada discípulo, es la de tener algún traspié aquí y allá. Si reacciona rápidamente y en forma favorable, le puede resultar de mucho provecho. En efecto: con un sano espíritu de autocrítica y autocorrección podrá determinar la causa o causas, establecer uno o más puntos débiles en su disposición o carácter, y buscar reforzarse en ellos, a la par que prestar mucha atención y estar en guardia en el futuro, para evitar que el o los problemas puedan repetirse.

Aquí tenemos una lista de debilidades o puntos flojos que un discípulo puede tener:

Propensión a ser atraído al sexo contrario más de lo normal.

Tendencia a no ser estrictamente formal y puntual en el pago de compromisos económicos.

Proclive a la pereza o al desánimo.

Inconstante y con la tendencia de querer cambiar en sus actividades, incluso queriendo traspasarse a otras iglesias, tales como una nueva recién formada, y donde piensa rendir mayor fruto o tener un cargo más importante.

No gustarle que el discipulador lo corrija y le señale fallos y defectos.

Atracción indebida hacia ciertas cosas mundanas.

Debilidad en el carácter y falta de fuerza de voluntad.

Hacer las cosas con el fin de que se lo vea y valore.

Tendencia a envanecerse al lograr algún éxito en sus tareas.

No cumplir con las tareas prácticas o trabajos por escrito que se le asignan.

Falta de control y discreción en el hablar, a menudo diciendo más de lo necesario y sin que tenga peso ni sustancia, ni edifique a los demás.

Inclinación excesiva a chistes y bromas, y a veces de mal gusto.

Poca oración personal.

Propenso a quejarse y criticar, sobre todo cuando no hay mayor bendición en la iglesia a que asiste.

El discípulo que tiene una sana disposición de autocrítica podrá identificar de esta lista algunos de sus puntos débiles, y quizá agregar algunos más que no están consignados. Y lo más correcto y consecuente será que, con oración y búsqueda de Dios, y con la ayuda de su discipulador cuando sea necesario, se proponga superar todas esas

deficiencias y convertirse en una persona plenamente estable y responsable.

No obstante, aún después de eso, en ocasiones volverá a ser probado y tentado, y será necesario que cultive el hábito de no “bajar la guardia”, sino mantenerse vigilante y en la disciplina del Espíritu siempre.

La diferencia entre ser probado y tentado creemos que es bien entendida, pero en beneficio de alguno que no la tenga muy clara, pasamos a definirla a continuación.

La primera – la prueba – proviene directa o indirectamente de Dios, ya sea *disponiendo o permitiendo* situaciones y circunstancias en que, en medio de la adversidad y aun el dolor, se nos brinda la oportunidad de demostrarle al Señor, y a la vez a nosotros mismos, nuestra fidelidad y amor a Él aun en las malas. El móvil divino detrás de todo ello es buscar nuestro bien, purificándonos a través de la prueba, la cual, una vez superada, se ha de convertir en un trampolín que nos permitirá proyectarnos a un nivel de mayor solidez y enriquecimiento espiritual.

En cuanto a la segunda – la tentación – aun cuando permitida por Dios, tiene su origen en el maligno, y su intención siempre lleva en sí la malicia de querer hacernos caer, para así apresarnos y causarnos el mayor daño posible.

Santiago 1:13 define bien las cosas al decir:

*“Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie;”*

Así que, en resumidas cuentas, Dios nos prueba y el enemigo nos tienta, aunque esto último para el verdadero hijo de Dios, está bajo el control o la autorización permisiva del Señor.

Seguidamente consignamos algunos comentarios y consejos sobre cada una de estas dos cosas.

#### La prueba.-

Como decimos, proviene de Dios y tiene la motivación de purificarnos, confirmarnos y enriquecernos.

Dado que nos conoce perfectamente, Él tiene plena conciencia de aspectos de nuestra vida en los cuales, por debilidades que aún subsisten, necesitamos ser fortalecidos y perfeccionados. En Su sabia economía, generalmente eso que permite que se presente como una prueba, va dirigido precisamente a esos puntos débiles que todavía tenemos, con la mira de que, apoyándonos en Él, en Su palabra y en Su gracia, podamos salir airosos. El resultado de todo ello será que donde teníamos huecos o lagunas, los mismos se vayan llenando o superando; que lo viejo de nuestras deficiencias pase a ser reemplazado por lo nuevo de una hombría genuina en Cristo, y que, progresivamente, Él sea formado más y más en nosotros.

Al discernir y reconocer con claridad estas cosas, el discípulo podrá colaborar más conscientemente con el Espíritu Santo, sabedor de que, al ser un hijo redimido que en verdad ama a Dios, todas las cosas se conjugarán para su bien, según Romanos 8:28.

Hacemos la salvedad, ya puntualizada en alguna ocasión anterior, que ese bien no es el de nuestra mayor comodidad, prosperidad o bienestar, sino el de asemejarnos más a Cristo, que es el propósito más alto y bendito que el Señor nos tiene señalado.

Ahora bien, aun comprendiendo todo esto, sucede a veces que al presentarse la prueba, por lo sorpresiva, dura o imprevisible que nos resulta, podemos considerarla como algo muy extraño y hasta pensar que no es una prueba permitida por Dios, sino algo fraguado por el diablo para dañarnos o destruirnos.

1ª. Pedro 4:12 nos pone algo que apunta en ese sentido al decirnos:

*“Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese,”*

Algo que nos ayudará en tales situaciones será saber que amamos a Dios de verdad, y que le hemos entregado nuestras vidas en forma total e incondicional. Sobre esta base, y con tal que no le hayamos cedido terreno al enemigo por desobediencia o por meternos en cosas que no corresponden a un hijo de Dios, podemos y debemos tener por cierto que cuanto nos acontezca está permitido y aun dispuesto por Su buena mano. En esta forma, por más que nos pruebe o traiga contrariedad, y aun dolor o sufrimiento por algún tiempo, bien enfrentado, y con nuestra aceptación plena de Su señorío y dominio sobre nuestras vidas, a la larga redundará en nuestro beneficio y mayor desarrollo y enriquecimiento.

En cambio, si no comprendiendo esto nos rebelamos contra esas circunstancias que nos prueban, achacándolas a Satanás y poniéndonos en guerra contra él y los demonios, sólo nos traerá desconcierto y frustración. *Y además, eso supondrá una abierta falta de fe, pues habiéndole dado nuestra vida totalmente al Señor, ahora pasamos a creer que ella no está verdaderamente controlada y protegida por Él, y que le está dejando al diablo hacer de las suyas con nosotros.* Como vemos, un evidente contrasentido y contradicción desde cualquier punto de vista sensato en que se lo mire

Para ilustrar esto, más de una vez hemos usado el sencillo pero significativo ejemplo de un padre normal y un hijo suyo, al cual naturalmente ama con el cariño propio de un buen padre.

En caso de ver a un individuo malvado que lo está molestando o mortificando ¿se quedaría de brazos cruzados, sin hacer nada y permitiendo que su hijo sufra injustamente a manos de él?

¡Por supuesto que no!

¡Y cuánto más nuestro Padre celestial nos habrá de defender y mantener a buen resguardo de esas huestes diabólicas, por más que rujan e intenten dar sus malvados zarpazos!

Donde estriba realmente el problema es que, a pesar de todo ello, en no pocos casos, ya sea de creyentes y aun de siervos predicadores, se manifiestan situaciones en que padecen depresiones reiteradas, pesadillas, temores que van más allá de lo normal, o fuertes ataques en determinadas áreas, que apenas si los pueden resistir. Y muchos lo achacan todo a los demonios, como si esta protección de que hablamos no existiese.

La verdad es que la misma por cierto que existe y es muy real y efectiva. Pero lo que sucede en la gran mayoría de los casos, por no decir en todos, es que, consciente o inconscientemente, se ha desatendido la exhortación de Efesios 4:27 de no dar lugar al diablo.

Entre las muchas formas en que se le puede dar cabida consignamos tres:

El tomarse libertades indebidas, consintiendo “pecadillos”.

Por cosas del pasado como ocultismo y demás que no han sido debidamente tratadas. Por estar fuera de la voluntad de Dios.

Esto último, en muchos casos expone a no estar bajo la cobertura protectora ideal que se experimenta cuando uno está exactamente donde Dios quiere, y haciendo Su voluntad con todo amor. También expone al engaño o bien a una falta de claridad para discernir lo que viene de Dios y lo que no viene de Él.

#### La tentación.-

Son muchas las cosas que hay que aprender y tener bien presentes en este terreno.

Una de ellas – muy importante – consiste en la necesidad de estar siempre atentos y vigilantes, y de no subestimar al enemigo y tener una confianza excesiva y falsa :- “Satanás es un derrotado y conmigo no hay diablo ni demonio que pueda”, o bien “Yo estoy tan ungido, que el diablo me teme y huye ni bien me ve llegar.”

Aquí resulta oportuno recordar el conocido dicho *“el diablo sabe por diablo, pero más sabe por viejo.”* En este tema de atacar, herir y dañar a hijos de Dios, él lleva siglos y siglos de experiencia y su astucia infernal diríamos que es casi increíble.

Una de sus muchas trampas es la de tratar de hacerle pensar y sentirse a uno muy fuerte, con una confianza excesiva, al punto incluso a veces de dirigirse a él en forma despectiva, casi burlándose de él :- “Yo me río del diablo – él sabe bien el poder que hay en mí para hacerlo temblar y huir lleno de pánico.”

Cuando encuentra a alguien con esta actitud tan necia y peligrosa, con mucho sigilo intenta alimentarla más todavía, dándole muestras aparentes que le confirman que es así, justo como él piensa. Pero inevitablemente, llegado el momento y conociéndole bien sus puntos débiles, le asesta un golpe feroz que lo echa en tierra, gravemente herido y, desde luego, puesto totalmente fuera de combate.

Esto es algo que se ha absorbido, al verlo y aprenderlo por la experiencia amarga y trágica de otros que han andado por ese derrotero tan nefasto.

Notemos que, si alguno jamás podría haber enfrentado al diablo desbordando seguridad y confianza, y aun despreciándole como un ser inferior al cual habría de vencer fácilmente, ése no podía ser otro que Jesús.

En efecto: como el Hijo de Dios omnipotente, bien cabe pensar que Él podría haber encarado la tentación en esa forma. Sin embargo, con Su espíritu sabio y austero, no hizo nada de eso, sino que por el contrario ayunó 40 días, para estar así en óptimas condiciones espirituales para esa gran confrontación y no cederle al enemigo ni el menor ápice. Sabía muy bien que, de haber fallado Él por descuido o exceso de confianza, entre muchas otras cosas, el plan divino de salvación se habría derrumbado y no habría esperanza de redención para el género humano.

Además, una actitud como la que hemos señalado – arrogante, con exceso de confianza y hasta burlona – contraría claramente muchas advertencias expresas de las Escrituras. Citamos solamente dos de ellas:

*“Sed sobrios y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar; al cual resistid firmes en la fe...”* (1ª. Pedro 5:8-9)

Aquí no hay ninguna nota de confianza excesiva, ni de despreciarlo burlándose de él como un infeliz derrotado, sino de cautela y estricta vigilancia.

“...y mayormente a aquéllos que, siguiendo la carne...desprecian el señorío. Atrevidos y contumaces, no temen decir mal de las potestades superiores, mientras que los ángeles, que son mayores en fuerza y en potencia, no pronuncian juicio de maldición contra ellas delante del Señor.” (2ª. Pedro 2:10-11)

Tengamos en cuenta que al dejar que seamos tentados, el Señor sabe que es necesario que así sea, y Él no deja que llegue a un punto mayor del que podemos soportar, según se nos asegura en 1ª. Corintios 10.13.

Ahora pasamos a comentar algunas de las tácticas del maligno.

1) Según el grado de madurez y solidez de cada uno.-

En el caso de nuestro Señor Jesús en esos 40 días en el desierto, Satanás no intentó tentarlo con lo que llamaríamos un pecado grosero y evidente, como fornicar o adueñarse de una fortuna ajena. Sabía bien que era totalmente impensable e inimaginable que Jesús cayese en ninguno de esos terrenos.

En cambio, enfiló su primer ataque en la línea de hacer un milagro para satisfacer su gran hambre, que a los 40 días había alcanzado su punto álgido.

El segundo, según San Mateo, lo encaminó hacia arrojarle del pináculo del templo, para llamar la atención de todos, alegando falsamente una cita de las Escrituras para justificarlo.

En el tercero, lo incitó a aceptar la gloria de todos los reinos de la tierra, a cambio de inclinarse y adorarlo a él.

En todo esto había una astucia muy sutil e infernal, que no queremos analizar en detalle acá para no extendernos en demasía. Baste señalar que el diablo descartó por completo aspectos en que otros son muy propensos o vulnerables, sabiendo bien que Jesús ni por asomo caería por ese lado. En cambio, profundizó al máximo en sentidos mucho más sutiles, y que suponían tentarlo a Jesús a pasar a servir primero Sus propios beneficios personales, anteponiéndolos a la voluntad pura y expresa del Padre.

Felizmente, nada de esa astucia tan perversa y malvada logró confundir a Jesús, o hacerlo dudar o vacilar en lo más mínimo. Por el contrario, en la forma más decidida y contundente rechazó de plano cada una de las tres propuestas venenosas que se nos consignan expresamente.

Por último, agreguemos que evidentemente, hubo un buen número más de tentaciones presentadas por el diablo, según surge claramente de Lucas 4:13:

“Y cuando el diablo hubo acabado toda tentación, se apartó de él por un tiempo.”

Estas dos palabras – “toda tentación” - nos dan a entender que Satanás agotó todos los recursos maléficos con que contaba para esa confrontación. Por otra parte, al decirse que “se apartó de él por un tiempo”, se denota que no se daba por vencido y volvería al ataque más adelante, seguramente tratando de cargar su arsenal con nuevas armas, más sutiles y engañosas aun.

Ataques a los menos fuertes.-

Nos trasladamos ahora a la esfera de la tentación a los siervos y discípulos. Con muchos de ellos, conociendo su debilidad y que algunos son proclives en áreas elementales de pecado grosero, busca el momento oportuno para tender el lazo.

Esto puede ser un momento de desánimo o descuido, o bien una situación en que les va mal en la vida matrimonial, o en el ámbito de las finanzas. Conociendo bien sus puntos débiles, los demonios actuantes tienden la red en esa ocasión crítica, buscando hacerlos caer en algo grueso y grave como lo señalado más arriba, para así dejarlos totalmente manchados y fuera de combate.

La forma engañosa en que lo hacen queda de manifiesto por el hecho de que sus víctimas, en un primer momento, no se dan cuenta de la gravedad de lo que ha pasado. Normalmente, les lleva un tiempo el poder tomar plena conciencia de ello, y en ciertos casos, tristemente siguen en forma permanente en ese estado de engaño, pensando y aun afirmando que todo sigue bien y que todavía están habilitados para seguir actuando como antes, como si nada hubiese sucedido.

#### Ataques a los que tienen más firmeza y solidez.-

El enemigo sabe que para éstos la tentación debe ser más fina y sutil, comprendiendo bien que no será nada fácil ni probable que caigan de repente, así como así, en pecados gruesos y graves.

Una de las líneas que a veces persigue, es la de procurar alimentar el ego de siervos o creyentes, sobre todo en la hora del éxito. Esto muy bien puede llevar a “bajar la guardia” y dejar de lado la disciplina de la oración y de mantenerse en plena mansedumbre, a los pies de la cruz. Como resultado de ello, ha de surgir un engreimiento que los lleve a pensarse por encima de los demás y, a la vez, los conduzca a un exceso de confianza.

Así las cosas, no será nada improbable que caigan apresados muy pronto en alguna locura, desvarío o torpeza de las graves. Y como ya hemos puntualizado en un capítulo anterior, al ser el envanecimiento algo tan sutilmente engañoso, es muy corriente que los que lo padecen no se den cuenta de ello y de los peligros que acarrea.

Muchas veces hemos advertido, ya sea por experiencia propia o por la de otros, que después de un tiempo de bendición especial, han sobrevenido pruebas y presiones, a veces muy intensas. En esto hemos discernido la mano sabia del Señor, permitiéndolas a fin de que uno no se quede “engolosinado”, congratulándose por el éxito y la gran bendición, y en cambio busque a Dios con ahinco y fuertes clamores, para poder superar esas adversidades y tensiones. De esta manera, las mismas se transforman en un eficaz preventivo contra el envanecimiento, guardando esto una estrecha relación con el aguijón en la carne que afligía a Pablo, si bien la dimensión o el grado en que se presentan, normalmente puede ser mucho menor que lo que le tocó padecer a Pablo.

#### La cuña por el lado más fino.-

Ésta es otra táctica, y de las más arteras y sutiles. Nos explicamos: siempre pensando en creyentes y siervos con firmeza y solidez, el enemigo descarta – tal como ya hemos dicho – las cosas gordas y pecados evidentes. En vez de ello, en algún momento de relajamiento y descuido a la vez, procura incitar a tomarse una pequeña libertad – algo que

en realidad no está del todo bien, pero que parece una pequeñez que no tiene trascendencia.

En la zona de Málaga, al Sur de España, es muy bien conocido como plato sumamente sabroso lo que se suele llamar “pescaítos”. En realidad, son muy apetitosos y tentadores.

Ahora bien: el maligno, entre sus muchos ardides, no pocas veces emplea el de la imitación de lo bueno, con un gran parecido o semejanza, pero siempre con una trampa y una buena dosis de veneno.

Y en esto, la única diferencia que establece – nos tienta acotar, haciéndose pasar por “un buen andaluz” – es la de comerse la s, pasando a ser, no pescaítos, sino *pecaítos*, muy atractivos y tentadores, pero, como decimos, con mucho veneno.

Pero la astucia no termina ahí. Logrado su primer objetivo de que en un momento de descuido se “pique el anzuelo” en esa aparente pequeñez, procede a procurar que se borre todo rastro, tratando de que se olvide lo que pasó, o bien que no se le atribuya ninguna importancia.

En esta forma consigue introducir una cuña por su extremo más fino, pero que queda así firmemente fijada, aunque desde luego, todavía no ha penetrado en su totalidad. Posteriormente, y llegada la ocasión propicia, intentará consolidar y ampliar la cuña, al punto que ya le brinde una importante ganancia de terreno y ventaja para operar en contra de su víctima.

A menos que a ésta se le abran los ojos y proceda con un arrepentimiento cabal a quitar esa cuña, podrá quedar atrapada y seriamente dañada.

No podemos entrar en más detalles, porque cada caso particular varía en cuanto a los síntomas y su mayor o menor desarrollo. Pero sí cabe enfatizar la exhortación del Señor a que velemos en todo tiempo. (Lucas 21:36) no dándonos nunca a la pereza ni a la inercia, a fin de no permitirle al maligno que gane ni siquiera un milímetro de terreno.

En el lenguaje coloquial y corriente, cuando uno se encuentra en un lugar peligroso en el cual no se puede fiar de nadie, se suele decir “aquí hay que andar con cuatro ojos.”

En la esfera de la lucha contra el enemigo y sus maquinaciones, tan astutas como malvadas, eso no es suficiente – necesitamos más: hay que contar con los siete ojos del Espíritu Santo, que todo lo escudriña y todo lo ve. (Apocalipsis 5:6b y 1ª. Corintios 2:10) Y para nuestro estímulo, podemos recalcar que ese mismo Espíritu también es el del Vencedor, que asimismo nos ha sido dado a los suyos de verdad. De modo que, contando con que seamos fieles y plenamente obedientes, nuestra victoria estará asegurada.

----- ( ) -----

#### Preguntas.-

Lea otra vez la lista de posibles debilidades y puntos flojos dada en este capítulo. ¿Cuáles de ellos reconoce que son suyos?

¿Puede pensar en otros que Ud. tiene y no están en la lista?

¿Piensa que puede superarlos, buscando para ello Ud. solo al Señor?

O para alguno de ellos ¿necesita ser ayudado por su discipulador o pastor?

Cite por lo menos dos versículos que contienen para el cristiano fiel, una clara promesa de

victoria sobre el enemigo de nuestras almas.

Oración.-

Señor Jesús, cuánto te agradezco y te alabo por Tu triunfo total y completo sobre todas las huestes de maldad. Me anima mucho saber que Tu Espíritu mora en mí – el del Vencedor absoluto.

No obstante, soy consciente de que debe conducirme siempre con mucha humildad y prudencia, en la más tierna dependencia de Ti en todo momento.

Me siento muy pequeño y sencillo, y por eso te pido me des la gracia y percepción suficientes para detectar todo lazo con que el enemigo busque enredarme o apresarme. Y también ayúdame a recordar y tener bien presentes las enseñanzas de este capítulo, y a velar con tal perseverancia, que el diablo nunca pueda ganar el menor terreno en mi vida.

Así, por tu gracia y sólo por ella, yo también seré un vencedor en la lid. Amén.

----- ( ) -----

En una de las primeras ocasiones en que expusimos verbalmente, aunque en una forma mucho más breve y condensada, lo que constituye el tema de este libro, concluimos con una alusión al famoso soneto Violante, en el cual Lope de Vega describe genialmente lo que es un soneto. Por ser de nuestra predilección, lo transcribimos a continuación:

Un soneto me manda a hacer Violante,  
¡Que en mi vida me he visto en tal aprieto!  
Catorce versos dicen que es soneto,  
Burla, burlando van los tres delante.

Yo pensé que no hallara consonante,  
Mas ya estoy en la mitad de otro cuarteto,  
Y si me hallo en el primer terceto,  
No hay cosa en los cuartetos que me espante.

En el primer terceto voy entrando,  
Y aun presumo que entré con pie derecho,  
Pues fin con este verso le voy dando.

Ya estoy en el segundo, y aun sospecho,  
Que estoy en los trece versos acabando;  
Contad si son catorce ¡y está hecho!

Al principio de esta obra listamos los 25 peldaños del discipulado, a tratarse a través de los distintos capítulos. No contamos con nada que se asemeje ni remotamente al genio de Lope de Vega. No obstante, con la prosa más breve y sencilla, y haciéndonos eco de él, no sin una cierta dosis de satisfacción, concluimos diciendo:

**Contad los veinticinco ¡y está hecho!**

----- ( ) -----

**PARA RESPUESTAS A LAS PREGUNTAS**

**1)**

**2)**

**3)**

**4)**

**5)**

**PARA REFLEXIONES DEL LECTOR**

**CAPÍTULO XXVI – El álbum de fotografías.-**

Sin embargo, y a pesar de las últimas palabras del capítulo anterior, ¡todavía no está hecho!

*¡Falta el álbum de fotografías!*

El nombre que se ha dado al quinto libro del Nuevo Testamento es muy significativo: el libro de *Los Hechos*.

El mayor o menor valor de nuestras palabras, está dado por la realidad de lo que somos y lo que hacemos en nuestra vivencia cotidiana. En la ministración de la palabra de Dios, este mayor o menor valor estará indicado por la medida en que se traduce en hechos concretos en la vida de quienes nos escuchan, o se alimentan de nuestro ministerio en una forma u otra.

Así, tenemos el sencillo pero fundamental principio de que lo que somos y vivimos, expresado a través de nuestras palabras – orales o escritas – pasa a reproducirse en aquéllos que, por así decirlo, beben de la fuente de nuestro ser y nuestro hablar y actuar, y se nutren de nosotros. Lo uno se vuelve en la causa – lo otro en el efecto.

Quizá no hay donde esto esté más fiel y exactamente reflejado, que en la relación que encontramos entre el libro de Los Hechos y los cuatro evangelios que lo preceden. En éstos tenemos presentado, con el viso de cuatro biografías, lo que Jesucristo fue y ejemplificó a la perfección a través de toda Su vida, acompañado del verbo, sencillo pero muy rico y abundante, de Su hablar incomparable.

Y como resultado de esta *causa*, tan feliz como sólida y fundamental, tenemos el *efecto* de lo que encontramos en el libro de Los Hechos: una legión de discípulos de verdad, auténticos y por cierto que de buena ley.

Habiendo completado en el capítulo anterior nuestra escalera imaginaria de 25 peldaños, consideramos que no puede haber mejor forma de poner punto final a nuestra obra, que la de presentar lo que llamamos en el título “el álbum de fotografías” de los primeros discípulos.

En efecto: en la rica y variada gama de sus múltiples virtudes, encontramos fielmente reflejada esa gloria pristina de la iglesia del primer siglo. No se nos ocurre mejor manera de inspirarnos e incentivarnos a proseguir con el mayor ahinco y tesón nuestra marcha ascendente, que examinar detenidamente, con oración y búsqueda de Dios, algunos de los muchos ejemplos que nos han sido dados. Que para eso ha sido: para que los consideremos y estudiemos con toda atención, a fin de que lo mucho que nos muestran y enseñan, se plasme en realidad y se encarne en nosotros.

Las fotografías, claro está, nada tienen que ver con los rasgos físicos, sino que – como ya se ha adelantado – nos presentan las cualidades y virtudes morales y espirituales de esos primeros discípulos.

Empecemos pues por la primer foto:

#### *Hermanos hermanísimos.-*

*“Y queriendo él pasar a Acaya, los hermanos le animaron, y escribieron a los discípulos que le recibiesen; y llegado él alla, fue de gran provecho a los que por la gracia habían creído.”* (Los Hechos 18:27)

Mientras que cualquier diccionario normal estable una clara diferencia entre discípulo y hermano, vemos como, bajo la inspiración divina, Lucas, que como se sabe es el autor de Los Hechos, utiliza los dos vocablos prácticamente como si fueran sinónimos.

De donde sacamos la sencilla pero preciosa conclusión – por supuesto avalada en muchas otras partes del Nuevo Testamento – que los verdaderos discípulos son también verdaderos hermanos, y además, hermanados triplemente. Esta triple hermandad proviene de tener el mismo Padre celestial, el mismo Hermano Mayor como Maestro y Señor, y por tener también la misma procedencia celestial, en razón de haber experimentado un genuino renacimiento por el Espíritu de Dios.

Todo esto da lugar a un vínculo real y profundo, que los une entrañablemente, y que es, como ya hemos comentado detalladamente con anterioridad, más fuerte que el vínculo

de carne y sangre propio del primer nacimiento.

Es por eso que podemos afirmar con toda propiedad, que los verdaderos discípulos son hermanos hermanísimos. De lo cual también tenemos pruebas inequívocas en el mismo libro de Los Hechos. Tomemos una de ellas:

*“En aquellos días unos profetas descendieron de Jerusalén a Antioquía. Y levantándose uno de ellos, llamado Agabo, daba a entender por el Espíritu, que vendría una gran hambre en toda la tierra habitada; la cual sucedió en tiempo de Claudio.”*

*“Entonces los discípulos, cada uno conforme a lo que tenía, determinaron enviar socorro a los hermanos que habitaban en Judea...” (11:27-29)*

Otra vez acá las dos palabras aparecen utilizadas como sinónimos, y esta vez con una proyección de solidaridad muy práctica y real. Se trataba de una situación de necesidad material, que iba a afectar en una manera mayor y más particular a los discípulos de Judea; y los de Antioquía – *aunque mayormente sirios de nacimiento* – ven en ellos a sus verdaderos hermanos. Y como prueba fehaciente de ello, no vacilan en demostrarles su amor en la forma más elocuente de todas: ¡metiendo la mano bien hondo en el bolsillo!

#### Otro sinónimo de discípulo.-

*“Y como Lida estaba cerca de Jope, los discípulos, oyendo que Pedro estaba allí, le enviaron dos hombres, a rogarle: No tardes en venir a nosotros.”*

*“...Pedro se puso de rodillas y oró; y volviéndose al cuerpo, dijo: Tabita, levántate. Y ella abrió los ojos, y al ver a Pedro, se incorporó. Y él, dándole la mano, la levantó; entonces, llamando a los santos y a las viudas, la presentó viva.” (9:38, 40 y 41)*

Contándonos este relato, tan hermoso como conmovedor, ahora la pluma de Lucas se desliza de discípulos a otro sinónimo: ¡santos!

Fueron los *discípulos* de Lida los que lo mandaron llamar a Pedro. Llegó él, y después de orar por Dorcas y verla resucitada, se dirige a esos mismos para presentarla viva, pero lo hace llamándolos *santos*.

Resulta curioso que a esta palabra santos se le suele tener una pronunciada alergia cuando se trata de referirse a los que están en la fe. Se usan con fluidez términos tales como hermanos, discípulos, ovejas o creyentes, pero en cuanto a llamarlos *santos*, encontramos una marcada timidez.

El autor recuerda su viaje transatlántico de Buenos Aires a Inglaterra inmediatamente después de sus bodas y luna de miel. En aquellos tiempos todavía se viajaba en barco, y fue una experiencia nueva y muy interesante por muchas razones.

Pero a nuestros fines, el recuerdo que más le quedó fue una pregunta de un siervo de Dios de la iglesia-comunidad del Sudeste de Londres, donde él y su flamante esposa se hospedaron a su llegada.

Después de inquirir acerca del viaje en sí, les preguntó:

¿Había otros santos a bordo?

En un sentido, casi diríamos que la pregunta no tenía nada de particular. Y sin embargo...nunca había oído esa palabra *santos* en forma tan directa y referida a personas concretas. Sabía bien que la Escritura nos dice que somos llamados a ser santos, y que el Señor a los Suyos nos escogió antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos

y sin mancha delante de Él, etc.

Pero este uso puntual de la palabra, aludiendo específicamente a los que llamaríamos creyentes normales, le resultaba nuevo, y desde luego le llamó la atención, si bien no hizo ningún comentario al respecto.

En el hablar corriente se dice: estuve con los hermanos – con la iglesia– o con los creyentes de tal parte, pero rara vez, con los santos de tal y tal lugar.

¿Habrá alguna razón significativa detrás de esta alergia? ¿Será que sí – sabemos que son creyentes – discípulos – hermanos - pero *santos*...hasta por ahí nomás?

Pero no debemos ser negativos en nuestro enfoque. A esos discípulos de Lida Pedro los llamaba santos sin ninguna vacilación. ¿Por qué hemos de ser menos los discípulos de la actualidad? Tomémosnos bien en serio el cuarto peldaño – el de la santidad, tratado en el capítulo V, y por la gracia de Dios, nosotros también lo seremos.

#### La rueda de amor.-

*“...y habiendo apedreado a Pablo, le arrastraron fuera de la ciudad, pensando que estaba muerto.”*

*“Pero rodeándole los discípulos, se levantó y entró en la ciudad; y al día siguiente salió con Bernabé para Derbe...” (14:19-20)*

Lucas nos cuenta este episodio en forma muy concisa, casi lacónica. Sin embargo ¡cuánto y cuán conmovedor es el contenido que hay en el mismo!

Las palabras de Jesús a Ananías:- *“Yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre,”* (9:16) aquí están alcanzando un cabal cumplimiento. El bizarro abanderado de la cruz está pagando un precio muy alto, pero lo hace con valentía ejemplar, plenamente consciente de que, como resultado de ello, habría glorias futuras sin par e imperecederas para él y para muchos más, bendecidos por su vida y ministerio.

En esa ocasión tan singular y emotiva, los discípulos no atinan a nada más sencillo y real que rodearlo en una sentida rueda de amor, estrechamente unidos a su alrededor.

No se nos dice que el más distinguido de ellos haya presentado una poderosa oración, reclamando su resurrección o recuperación. Se deja librado a nuestra imaginación lo que puede haber pasado por las mentes y corazones, y salido de la boca de esos discípulos tan solidarios, que lo rodeaban con su amor, mientras yacía golpeado y herido, al punto que se lo daba por muerto.

Lo cierto es que, de esa identificación tan particular con él, seguramente acompañada de ruegos profundos de cada corazón a su favor, algo subió a lo alto y tocó el trono de la gracia, y el oportuno socorro no se hizo esperar.

Y así fue como el que había sido dado por muerto se levantó, y al día siguiente, como si nada hubiera pasado, partió con su consiervo y camarada Bernabé para Derbe, para contiuar con espíritu indómito en la cruzada para la cual habían sido llamados por el Espíritu Santo.

Sin duda, se trata de un milagro sobresaliente que la mano poderosa del Señor hizo para Su siervo esforzado y aguerrido. No obstante, no se nos debe pasar por alto el papel noble y humilde de esos discípulos – anónimos en el escueto relato de Lucas – pero bien conocidos en lo alto por su fe y amor al Señor. Y esa fe y ese amor los demostraron

vívidamente al volcarlo en la persona de Su amado siervo, en esa rueda de amor, cuando yacía inerte, cruelmente golpeado y herido por las pedradas de sus perseguidores.

Llenos de gozo y del Espíritu Santo.-

*“Y los discípulos estaban llenos de gozo y del Espíritu Santo.” (13:52)*

El contexto es el de una feroz persecución en Antioquía de Pisidia (no Antioquía de Siria, donde estaba la iglesia madre de la cual habían partido). Los judíos que los resistían habían levantado una fuerte oposición contra Pablo y Bernabé, expulsándolos de la región.

Otra vez en su estilo tan conciso, Lucas nos hace ver la forma en que esto afectó a los discípulos: lejos de atemorizarse o desanimarse, “estaban llenos de gozo y del Espíritu Santo!”

Cuando Dios permite tiempos de tribulación o de pruebas, siempre es fiel para comunicarnos una gracia especial, adecuada a los momentos o las horas difíciles porque atravesamos. Y esa gracia les permitía a esos preciosos discípulos no solamente enfrentar la situación con entereza, sino también experimentar un desborde de gozo y plenitud del Espíritu Santo. Así, esas pruebas y tribulaciones se convertían en un bendito trampolín, que les impulsaba a esas alturas de plenitud tan benditas.

Recordemos, para recoger los dos puntos principales de este pantallazo en que estamos:

*“Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución.” (2ª. Timoteo 3:12) y*

*“Mas a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús...” (2ª. Co-  
rintios 2:14)*

Los verdaderos discípulos necesitan ser confirmados y exhortados.-

Ese primer viaje misionero de Pablo y Bernabé fue realmente maravilloso en todo sentido. Pero no debemos dejarnos tentar a escribir sobre él en detalle, pues sería desviarnos del tema. Baste decir que, en un todo de acuerdo con la gran comisión de Mateo 28:19-20, en Derbe hicieron muchos discípulos. (Los Hechos 14:21)

A esa altura, y habiendo alcanzado el punto más distante, al comenzar el viaje de regreso sintieron la inquietud de visitar a su paso las ciudades en que habían estado anteriormente levantando iglesias, a saber Listra, Iconio y Antioquía de Pisidia. Y lo hicieron con el fin concreto y específico de consolidar a esos nuevos discípulos, que en realidad estaban haciendo sus primeras armas en la lid a la cual habían sido llamados tan recientemente.

Lucas lo expresa otra vez con su consabida concisión, la cual tiene, no obstante, el arte de impregnar con el más rico contenido:

*“...confirmando los ánimos de los discípulos, exhortándoles a que permaneciesen en la fe, y diciéndoles: Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios.” (14:22)*

No resulta difícil imaginar a esos discípulos tan nuevos, atravesando por pruebas de las más diversas. La incomprensión de sus viejos amigos y de sus familiares, la burla y el

menosprecio de sus compañeros de trabajo, o bien el ser marginados y aun perseguidos tanto por éstos como por aquéllos. Además, las presiones y tensiones de otra índole que a menudo nos toca enfrentar a nosotros y que también golpearían a las puertas de ellos.

Por esto y quizá mucho más, muchos de ellos se encontrarían de capa caída, y tal vez algunos hasta pensando en claudicar. Mas providencialmente vuelven a presentarse estos dos heroicos siervos de Dios.

Con su palabra encendida y llena de santa unción, les hablan largo y tendido, con voz limpia, clara y potente, y como sólo saben hablar quienes están ardiendo en sus pechos con la llama celestial. Sus palabras, cargadas de la fe y convicción más profundas, y aderezadas con la salsa de su ardiente amor para con ellos, penetran hasta lo más hondo del ser de cada uno, y los resultados se echan de ver de inmediato.

En efecto: rostros que anteriormente reflejaban el desánimo y en algunos casos hasta síntomas de depresión o marcada frialdad, ahora resplandecen con el brillo del gozo y la fe renovada. Muchos se ponen de pie mientras se pasa a entonar los himnos favoritos con unción y fervor, denotando que otra vez se disponen a marchar hacia adelante en la carrera cristiana que han emprendido.

Pero la fiesta, lejos de terminar, sigue, y por largo rato. No están condicionados por un horario, y como estos dos amados siervos del Señor pronto han de marchar, se olvidan del reloj, y con gran avidez, se disponen a escuchar y recibir más del torrente que fluye de su hablar tan cargado de cosas buenas y sustanciosas.

Ahora, éste se torna en una exhortación extensa y vibrante. Con amor, pero con toda claridad y firmeza, se les señalan los múltiples peligros que presenta el mundo, con su gran variedad de tentaciones y sus luces, tan atractivas como engañosas. Seguidamente se pasa a advertirles de los ardides ponzoñosos del maligno y sus secuaces, que siempre están al acecho, en espera del momento de debilidad, descuido o depresión, para lanzar sus dardos de fuego.

Y por último, en los términos más claros y expresivos, y con energía y unción auténtica, propias de dos varones realmente llenos del Espíritu Santo, les lanzan el reto de aferrarse con voluntad tenaz a la fe bendita y gloriosa que han abrazado, y no flaquear ni apartarse de ella por nada del mundo.

A esas alturas, la atmósfera del recinto en que se encuentran reunidos está tensa, saturada de la presencia divina. Nadie está distraído ni ajeno en lo más mínimo a eso tan maravilloso que está aconteciendo. Y sin que Pablo ni Bernabé lo propongan, unos tras otros se van poniendo de pie hasta no quedar ninguno sentado, y en la forma más elocuente testimonian que responden afirmativamente a ese reto - y en la manera más categórica.

También se les ha advertido que no estarán exentos de pruebas y tribulaciones, y que por el contrario, ellas serán necesarias para purificarlos y para que se compruebe que son moneda auténtica y no falsa. Pero esto, en vez de asustarlos o amilantarlos, los enciende de un redoblado ánimo de luchar y ser fieles hasta el final y vencer en la lid.

Y así, los discípulos quedan plenamente confirmados y fortalecidos, y los dos insignes misioneros, llenos de gozo y de la más íntima satisfacción, pueden emprender el regreso a su lugar de origen. Allí, tras compartir las proezas y milagros que habían visto – producto no de sus propios recursos, sino de la virtud y del poder divinos – se toman un

bien merecido descanso.

Entretanto, en cada ciudad en que han estado, se han constituido asambleas de discípulos exhortados, renovados y confirmados – es decir, de los genuinos de verdad.

Quizá a algunos, los párrafos precedentes les suenan como una dramatización o exageración de las cosas. No obstante, otros que en su experiencia ministerial han vivido y paladeado ocasiones y coyunturas semejantes, no dejarán de comprender y concordar plenamente.

#### Ananías sale del anonimato.-

En medio del relato de la conversión de Saulo de Tarso, encontramos algo precioso en cuanto a Ananías, que hasta entonces había sido, por así decirlo, el discípulo anónimo, o uno más entre los muchos. Poco o nada se sabía de él, si bien en su testimonio posterior, muchos años después, al estar apresado en Jerusalén, Pablo afirma que era varón piadoso y de buen testimonio. (22:12)

Lo cierto es que el Señor evidentemente vio en él algo tan digno y fiel, que lo escogió para un cometido muy maravilloso: imponerle las manos al que iba a ser el gran apóstol Pablo, nada menos que para que recobrase la vista y fuese lleno del Espíritu Santo. (9:17)

Esto, de paso, echa por tierra la postura extrema de algunos que, queriendo crear una jerarquía especial, sostienen que el Espíritu Santo sólo puede ser mediado por la imposición de manos de quien ostente el título de apóstol. Bien es cierto que esto había sucedido previamente en Samaria, donde Felipe el evangelista había abierto brecha predicando a Cristo con poderosas señales de liberación y sanidad. Al ser enviados Pedro y Juan y discernir que el Espíritu Santo no había descendido sobre los nuevos convertidos, les impusieron las manos mediándoselo.

Esto se nos narra en el capítulo 8, pero para que no se fije como una norma permanente e invariable, el mismo Espíritu Santo, inspirando a Lucas, nos presenta en el capítulo siguiente un caso totalmente inverso: un discípulo al que podríamos calificar como soldado raso, que no posee títulos ni galones, pero que es fiel y de buen testimonio, media la plenitud del Espíritu, acompañada del gran milagro de la recuperación de la vista, al que había de ser quizá el más eminente de los apóstoles del primer siglo.

Como tantas veces se ha dicho, a Dios no lo podemos encasillar ni ceñir a moldes ni esquemas rígidos. Su genio creativo se desliza libremente y muy por encima de todo eso.

Pero el caso de Ananías sirve además de aliciente para todo discípulo fiel y consecuente, que no ha alcanzado notoriedad. En cualquier momento Dios le puede llamar a algo importante y hermoso que, por ser totalmente inesperado, resultará doblemente maravilloso.

Mi memoria se remonta a unos 60 años atrás. Llevaba solamente un año de convertido y alguien me obsequió una biografía de Charles Spurgeon, uno de los grandes predicadores del siglo XIX. De su lectura lo único que recuerdo con claridad es el relato de su conversión.

Era bastante joven y en su corazón albergaba un gran deseo de encontrar a Dios, ser salvo y poseer la vida eterna, de lo cual seguramente se le habría hablado desde su niñez y adolescencia.

Ese deseo tan vivo lo llevó a visitar diversas iglesias en que predicaban buenos siervos de Dios, pero en ninguna de ellas pudo encontrar ni recibir lo que tanto anhelaba.

Por fin, en una ocasión posterior se encontró con un grupo sumamente reducido de personas, que en una pequeña rueda al aire libre estaban escuchando la proclamación del evangelio.

El predicador era tartamudo, pero a pesar de esa enorme desventaja, y con el riesgo de que se lo despreciase y aun que se burlasen de él, salía valientemente a la calle a llevar el mensaje de vida eterna.

Su texto en esa oportunidad fue: “*Mirad a mí y sed salvos...*”, tomado de Isaías 45:22.

En medio de su predicación fijó la mirada en el joven Spurgeon, y discerniendo por el Espíritu que estaba buscando con sinceridad a Dios, le dirigió la palabra directamente a él, diciéndole, según creemos recordar, algo así:

“Joven, tú estás buscando...”, agregando con voz balbuceante lo que en castellano sonaría como: “Mi- mi – mira; mi – mi – mira.”

Y esta palabra *mira*, entrecortada en la boca del predicador tartamudo, fue el dardo certero que el Espíritu Santo hizo dar en lo más profundo de su ser, y así y allí se convirtió al Señor, encontrando la paz y seguridad que tanto había buscado.

Fue así como Dios se valió de ese discípulo y siervo suyo, tartamudo, pero fiel a carta cabal, para llevar a la luz y el conocimiento de la verdad al que más tarde iba a ser conocido como el príncipe de los predicadores.

Ánimo, querido joven discípulo. Aunque estés prácticamente en el anonimato como Ananías, vive muy cerca de Dios y sé fiel aun en lo más pequeño, con la más estricta honradez y limpieza. No busques grandezas para ti, sino agradar en todo a Aquél a quien le debes todo – el buen Señor Jesús. A su tiempo, Él te sabrá premiar.

*“Cosas que ojo no vio, ni oído oyó,  
Ni han subido en corazón de hombre,  
Son las que Dios ha preparado para los que le aman.”* (1ª. Corintios 2:9)

*Hay cabida para todos.-*

*“había entonces en Jope una discípula llamada Tabita...”* (9:36)

*“Después (Pablo) llegó a Derbe y a Listra; y he aquí, había allí cierto discípulo llamado Timoteo...”* (16:1)

*“Y vinieron también con nosotros de Cesarea algunos de los discípulos, trayendo consigo a uno llamado Mnasón, de Chipre, discípulo antiguo, con quien nos hospedaríamos.”* (21:16)

La primer cita se refiere a una discípula (mujer), la segunda a un discípulo llamado Timoteo (un joven) y la tercera a un anciano de nombre Mnasón, también discípulo.

Entre otros recuerdos del servicio militar, cumplido hace muchos años, como ya se ha dicho anteriormente, en la provincia de Entre Ríos, en la República Argentina, se encuentra el de una ocasión en los ejercicios finales, que tuvieron lugar en el mes de Agosto, en los rigores del invierno del hemisferio Sur. El autor era conductor de caballos

de repuesto en una compañía de zapadores montados.

Entre todos los soldados había el deseo de que la conscripción se terminase pronto, para así volver a la libertad de la vida civil. A menudo se quejaban de la vida militar y la disciplina del cuartel, pero, sin embargo, en las jornadas de marcha se oía con frecuencia el cantar y reír propios de esa juventud dorada de los veinte abriles.

En un momento dado, un campesino de unos cincuenta años de edad, que se encontraba en una granja que lindaba con el camino por el que íbamos, se detuvo a contemplar nuestro paso. Avanzando al trote marcial de los corceles, la muchachada aparentaba estar muy feliz y se oían las canciones y las risas, y se captaba la alegría que denotaban sus rostros risueños.

Fue entonces que el autor recuerda oír a ese querido campesino exclamar con acentos de admiración y lamento a la vez, palabras como éstas:

“¡Quién pudiera tener veinte años para ir con un Remington (referido a la carabina máuser que llevábamos) gozándola con esos dichosos.”

Su lamento era que, por su edad avanzada, estaba descalificado y desde luego que no podría ingresar en las filas del ejército, para disfrutar como aparentábamos hacerlo los soldados a nuestro paso.

Lo que nos lleva a la reflexión de un contraste muy grande con el ejército de Cristo. En él siempre hay lugar para todos, sin distinción de sexo, edad, condición social ni nacionalidad. Con tal que tengan un corazón para el Maestro y General en Jefe, y una buena disposición de obediencia y lealtad, hombres y mujeres, jóvenes, de edad media o ancianos, todos tienen la puerta abierta.

Y nuestro recuerdo todavía va más hacia atrás, a unos diez meses antes, al tiempo de nuestra incorporación. A la llegada, una de las primeras cosas a enfrentar era la de someterse al peluquero, que con la máquina cero a todos nos dejaba bien pelados!

Personalmente, para mí eso no supuso ningún problema, pero para algunos resultaba muy desagradable. Despojarse de su abundante cabellera, que a veces tenía una marcada ondulación en la parte delantera – comúnmente llamada “jopo” en el argot popular de esas tierras – y aparecer como un cordero trasquilado – eso era un suplicio para ellos. Y ¡qué pensaría la novia lejana si los viera en esas condiciones!

Seguidamente había que despojarse de la ropa en que uno había venido, muy diversa en color y estilo en unos y otros, para pasar a vestir todos las prendas del uniforme militar que se nos iban dando.

No hace falta mucha imaginación para visualizar la comparación entre esto y el ingresar en las filas de Cristo. La máquina cero nos pone a todos en un denominador común:- pecadores necesitados, reducidos a eso – a cero, en cuanto a nuestras capacidades, calificaciones y méritos. Y el trueque de la vestimenta nos habla a las claras de lo que es despojarnos de nuestra propia justicia, que al final de cuentas, ante los ojos de un Dios tres veces santo, es como trapo de inmundicia, según dice en Isaías 64:6. En vez de ello, pasamos a vestir todos, en estricta uniformidad, por la gracia divina, las vestiduras de gala que se nos otorgan, por el infinito amor de Dios a través del sacrificio perfecto de Cristo en el Calvario.

Hay quienes sostienen que el discipulado es, si no exclusiva, sí mayoritariamente

para la gente joven, aduciendo que todavía tienen toda una vida por delante, y además su carácter es más fácil de forjar que el de una persona anciana o de mediana edad.

Algo de razón hay en estos dos factores, pero nunca debemos poner límites a la gracia de Dios y el espíritu del evangelio. Las palabras de Jesús en Marcos 16:15 – “*Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura*” - abren bien grande los brazos del amor de Dios. Y éstos todavía hoy se extienden bondadosos para abrazar a cuantos de veras quieren amarle y servirle, invirtiendo sus vidas – o lo que quede de ellas, mucho o poco – en la forma más noble y sublime: es decir, como una ofrenda encendida, del todo quemada, a Aquél que tanto nos amó, y nos ama y amará eternamente.

### Preguntas.-

¿Con cuál de los cuadros de discípulos primitivos que hemos presentado se siente más identificado?

¿Con cuál no se siente identificado ni le agrada? ¿Por qué?

¿Siente Ud. que hasta ahora ha aprovechado bien su vida para servir al Señor? ¿o siente que no, pero se propone, de ahora en adelante, darse de lleno a Él y a Su servicio?

Y con esto llegamos al fin de nuestra obra...

La concluimos con una sencilla oración, que pretende dar a cualquier lector que todavía no ha empezado a hacerlo, un amoroso empujoncito para que empiece con ánimo resuelto y voluntad firme, a escalar los peldaños que lo harán ascender, poco a poco, al aposento alto donde ya muchos moran, según lo expresamos al principio.

**Padre celestial, perdóname por el tiempo y las oportunidades de servirte que he perdido en años pasados de mi vida. Me conmueve y anima saber que Tus brazos de amor *todavía* se me extienden para recibirme, y darme aún ahora, la oportunidad de trabajar por la comida que permanece para vida eterna.**

**Profundamente arrepentido y humillado, vengo de verdad a Tus pies, para darte de lleno lo que aún resta de ésta, mi única vida. Recíbeme con la gracia que has prometido y ayúdame a ir escalando con pie firme, sin prisa pero también sin pausa, los 25 peldaños que habrán de asemejarme más a Tu Hijo Amado, y hacer de mi pequeña vida algo que produzca valores eternos e imperecederos para Ti, mi Padre, mi Dios y mi todo. Amén.**

----- ( ) -----

### **PARA RESPUESTAS A LAS PREGUNTAS**

**1)**

**2)**

3)

**PARA REFLEXIONES FINALES DEL LECTOR**

PÁGINA 1

-----()-----

PÁGINA 123